

CRISTINA REDONDO



CLANDESTINA

CALIGRAMA

CLANDESTINA

CLANDESTINA

CRISTINA REDONDO

Clandestina

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417321208

ISBN eBook: 9788417505844

© del texto:

Cristina Redondo
www.redondocristina.com
info@redondocristina.com

© fotografía de la autora:

Victor Soto

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis padres y a mi hermana,
por estar siempre junto a mí*

«Nothing lasts forever. Neither laughter nor lust, even life itself.
Forever, no. So we took the most juice to what we have...
Let's face the facts: life is a zero sum game and it is through politics
that decide who wins and who loses.
And we like it or not, we are all players...».

Michael Dobbs, *House of Cards*

«Men injure either from fear or hatred».

Niccolò Machiavelli, *The Prince*

1

Irina Paulova tenía más ganas de matar que nunca. Apretó la Makarov con todas sus fuerzas contra la sien de César Rivelles. El informe que había leído minutos antes sobre el veterano político, con todas esas imágenes de sus crímenes, le bombardeaban la cabeza y la inundaban de ira y odio. Sería un motivo de orgullo enviar al otro barrio a ese viejo.

Con sus trabajos, Irina quería saldar cuentas. Matar le ayudaba a serenar el dolor que aún sentía por la muerte de su familia, asesinada brutalmente en Rusia años atrás. Había buscado a los asesinos durante mucho tiempo y aún no había dado con ellos. Sin embargo, aprovechaba cada día para perfeccionar su técnica preparándose para cuando llegara el momento. Sabía que tarde o temprano llegaría.

Por sus habilidades, a Irina solían asignarle trabajos tan exigentes como el de Rivelles: era perfecta matando, porque había sufrido tanto dolor que apenas sentía empatía o compasión por sus objetivos. Cuando se topaba con un hombre cruel y corrupto como Rivelles, sacaba a relucir su propia vena sádica, sobre todo en esos momentos en los que era necesario tener sangre fría.

Sin embargo, César Rivelles ya no se dedicaba a violar chicas sometiéndolas y degradándolas sin piedad. El informe que Irina había leído relataba hechos acontecidos años atrás: el joven violador era ahora un anciano y no le hacía daño a nadie, por lo menos no daño físico. Por supuesto, seguía robando a cuatro manos, burlándose del sistema que él mismo había instaurado durante su gobierno, al amparo de una legislación que le permitía hacerse cada día más rico. Pero, con el tiempo, había acabado disfrutando del dolor que él mismo solía infligir. La vida cambia la perspectiva del placer. Ahora, solo sintiendo dolor conseguía disfrutar. «Estará tratando de limpiar su alma», había pensado Irina al leer el informe. Muchos deseaban que, tras su muerte, se fuera a las calderas más ardientes del infierno.

Un viejo amigo que conocía sus preferencias más íntimas le había recomendado a César los servicios de Irina Paulova, a sabiendas de que sería su último deleite. Para ella, era un encargo ideal: odiaba a los hombres que se aprovechaban de su rango para pisotear a los más débiles, sobre todo cuando habían alcanzado ese rango con negocios sucios y corruptelas, abusando y engañando a esa misma sociedad que les confería un trato de distinción. Asesinarlo, bajo la falsa identidad de una puta de lujo, completaba aquel dulce cóctel de placer, dinero y deber.

Rivelles contempló temblando a aquella mujer escultural que, sobre unos tacones de vértigo, desplegaba su voluptuosidad a través de la lujuriosa lencería negra. Un instante antes Rivelles ardía en deseos, pero ahora la chica sexy y guapa empuñaba una pistola. Se quedó frío, pálido de

miedo. «Puto viejo verde», pensó Irina y sonrió al detectar el terror en sus ojos. Era el instante que más disfrutaba: justo cuando sus víctimas, casi a punto de correrse, pasaban a casi palmarla de miedo en milésimas de segundo. No, Rivelles no había contratado a una puta cualquiera. Estaba pagando a la gran puta que acabaría con su vida.

En un último destello de inteligencia, César dejó de resistirse y se abandonó a la sensación de aquellos pechos torneados, tan bien definidos, que presionaban contra su espalda.

—Buen viaje, viejo cabrón —le susurró Irina con su marcado acento ruso, y apretó el gatillo.

La bala atravesó el cráneo y la sangre brotó roja e intensa. Irina sintió un placer casi sexual, pero al momento reculó para no mancharse. Observó luego el cadáver del que un día fuera presidente. Una vez más, había hecho justicia. Con un poco de paciencia, podría hacerla también con los asesinos de sus padres y su hermano pequeño.

Se ocupó de limpiar, fría y meticulosa, cualquier huella suya. Con sus guantes de médico cambió todo de lugar y sacó una segunda Makarov PM. La colocó en la mano de Rivelles para que ni la familia ni los forenses tuvieran duda alguna: el idolatrado expresidente había decidido poner fin a su historia, abrumado por el esfuerzo de seguir ocultando la cara oscura de su antiguo gobierno, por el peso de tantos crímenes, martirizado por la voz de su consciencia.

Una hora más tarde, felina como ella sola, Irina Paulova recorría los pasillos del aeropuerto de Barcelona en dirección a su *jet* privado. Su próximo destino: Venecia.



Mientras el *jet* remontaba el vuelo, echó una mirada al *skyline* de Barcelona. Recordó aquel día ya lejano en el que había llegado de vacaciones a la ciudad con su familia. Habían paseado juntos por las Ramblas. Misha, su hermanito, contemplaba encandilado los puestos de periódicos y suvenires de Colón y correteaba a las palomas riendo a carcajadas. Sus padres iban cogidos de la mano como dos enamorados. En el aeropuerto les habían perdido las maletas, pero aún sin ellas allí estaban, disfrutando de las vacaciones. Eran los cuatro tan felices... Ahogó un suspiro y se limpió una lágrima involuntaria. Sintió una vez más el nudo del dolor cerrándose dentro de su cuerpo. Un nudo que apretaba cada vez más fuerte y no la dejaba respirar tranquila.

Allí estaban los tres otra vez. Su padre. Su madre. Misha. Tendidos en el suelo de su casa, en medio de un charco de sangre. ¿Quiénes los habían asesinado? ¿Y por qué? Al cabo de años de averiguaciones aún no lograba encajar las piezas del puzzle. Sólo conseguía piezas independientes que no tenían nada que ver la una con la otra. Al menos de momento, no veía nada claro. ¿Qué relación podía existir entre su familia y una sociedad secreta de asesinos?

Cuando había pasado todo ella aún era muy joven. Sin embargo, sabía que su padre había sido un hombre trabajador, muy devoto, que no solía meterse en problemas. A su madre la recordaba callada, también trabajadora y devota... Aún retumbaba en su cabeza la voz rota de su padre, suplicándoles, jurándoles que se equivocaban. El grito desgarrador de su madre. El silencio de Misha.

Ella se había salvado escondiéndose en un armario, pero lo había oído todo. Una y otra vez, el recuerdo de esa noche volvía a torturarla. Solamente quería matar, eliminar, aniquilar todos aquellos hijos de puta que le habían arrebatado lo que más quería en la vida.

El momento llegaría, sí. Un día, ella haría justicia.

2

Venecia despertaba de su letargo nocturno y se despedía de la niebla con timidez. Las palomas jugueteaban en las ventanas de los *palazzi* a orillas del Gran Canal. Tras la fachada de uno de esos edificios, restaurado como aparente hotel de lujo, funcionaban las oficinas del Centro Internacional de Inteligencia (CII) dirigido por Eleanore Taylor. O como la llamaban sus amigos y sus más estrechos colaboradores: Lea.

Lea era una de las agentes secretas más reputadas del sector. Desde muy joven, había trabajado al servicio de monarquías, gobiernos y magnates del mundo empresarial. Alcanzó tal nivel de excelencia en su trabajo que sus compañeros y los jefes de sus compañeros la llamaban para formar a otros agentes y eso la llevó a crear el Centro Internacional de Inteligencia, una entidad privada que, además de ofrecer servicios de inteligencia, formaba agentes secretos en su propia escuela al norte de Belfast. A menudo, las misiones que le encargaban las llevaban a cabo sus reclutas más brillantes.

Entre esos reclutas figuraba Ingrid Freya, hija de dos policías de élite que habían tenido mandos de responsabilidad en los cuerpos de seguridad del Estado español. Había crecido entre policías, detectives y abogados, y desde pequeña quería ser investigadora privada. Lea la contrató primero para un caso, como investigadora privada, y luego la animó a acabar de formarse en Irlanda como agente del CII. Desde entonces, era una de sus más estrechas colaboradoras.

Ingrid había llegado la noche anterior de Belfast, a donde acudía entre caso y caso para reciclarse y entrenar. Se había registrado en el hotel como una turista más, siguiendo el protocolo de las agentes del CII, y había resuelto tomarse la mañana libre. A mediodía, el secretario de Lea le había programado una reunión con su jefa.

Se desperezó despacio en la cama, disfrutando del pequeño gran placer que significaba despertar en Venecia. Los rayos del sol se colaban por la ventana y, en la distancia, alcanzaba a oír los ecos de las campanas de San Marcos. Alguien llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, deslizó una tarjeta por la ranura y entró con un carrito de comida. Era el mayordomo personal de Lea, que cuidaba de sus agentes más cercanos cuando estaban en el Centro. Dejó el desayuno al lado de la cama y se marchó sin decir palabra. Ingrid acabó de incorporarse y devoró las tostadas, planeando ya el paseo que daría por los callejones venecianos. Se dio una ducha rápida, se vistió con ropa informal y salió a Venecia.

Caminó por la calle Larga XXII de Marzo, mirando los gondoleros del Campo de San Moisés. No eran una novedad para ella, pero siempre se quedaba embobada viéndolos llegar a bordo de

sus góndolas magníficas, gastándose bromas. Pasó luego por delante del Hotel Saturnia y de las numerosas tiendas de lujo, se detuvo a contemplar el escaparate de alguna galería de arte, dobló a mano izquierda por un puente pequeñito, uno más de los muchos que unían las callejuelas. Enfiló hacia el mercado de Rialto entre pequeñas joyerías de vidrio soplado de la vecina isla de Murano, boutiques de marroquinería, alguna pastelería y varios bares repletos de turistas desayunando.

El puente de Rialto estaba abarrotado de gente tratando de hacerse *selfies* con el fondo del Gran Canal. Ingrid subió las escaleras centrales y pasó de largo, sin ganas de pelearse por un sitio con esa multitud hambrienta de fotos. Se internó en el colorido mercado por el Campo de la Pescaría, como siempre que venía a la ciudad. Le encantaba perderse por entre los puestos de verduras y la zona del pescado, con su eterno bullicio y sus gaviotas del tamaño de un caniche. Llegó finalmente a una plaza llena de mesitas donde los turistas se mezclaban con los trabajadores locales. Desde lejos, le pareció reconocer a su viejo amigo Piero.

Piero trabajaba también para Lea en el CII. Habían coincidido por primera vez como infiltrados en un caso para el Parlamento Europeo. Había sido una de las primeras misiones de Ingrid en el ámbito político y Piero, que tenía más experiencia, le había enseñado mucho. Con el tiempo, ella se había acostumbrado a pedirle consejos sobre cómo moverse, sobre todo en Barcelona, donde él había trabajado durante años. Era como un hermano mayor al que siempre podía acudir.

Comprobó que era él y, para asegurarse de que no estaba trabajando, le preguntó en un italiano muy turístico

—*Excusi... ¿per andare a la Salute?*

Piero se giró al reconocer su voz y soltó una carcajada.

—*Non sto al lavoro adesso.*

No estaba trabajando, por suerte. Se fundieron en un gran abrazo.

—Pero ¿qué haces aquí? —le preguntó él algo sorprendido—, ¡ah!, espera... ¿te ha convocado Lea?

—Sí, yo tampoco sabía que estabas aquí, no te he visto esta mañana por casa...

Era así como los agentes se referían a las oficinas centrales del CII.

—Estoy en casa de mi familia. —Piero era un veneciano auténtico y su familia disponía de un palacete en el Dorsoduro donde él y sus hermanos solían quedarse cuando estaban en la ciudad—. Me alegro mucho de verte, Ingrid, pero ¿estás en un caso en Italia?

—No lo sé aún, acabo de llegar, precisamente Lea me ha convocado a una reunión a mediodía.

Piero hizo un gesto extraño.

—Ah.

—¿Nos vemos luego?

—Sí, lo intentaré. La verdad es que estoy bastante liado estos días.

De repente, Piero guardaba distancias. Ingrid podía percibirlo enseguida, al cabo de tantos años de amistad.

—*Ok*, estaré en el CII por si encuentras un hueco para quedar.

—*¡Ci vediamo, bella!*

—*¡A presto, caro!*

El encuentro inesperado la dejó confusa. Algo en la reacción de Piero no encajaba, no era propio de él. Siguió paseando por la parte trasera del Dorsoduro y caminó a lo largo del canal de la Giudecca, donde los restaurantes ponían ya manteles para el servicio del mediodía. Desde la Punta della Dogana, contempló a lo lejos el CII. Más allá estaban San Marcos, el Campanile y, del otro lado, San Giorgio Maggiore.

Como siempre, miraba a Venecia con ojos de enamorada. Hasta los destellos del sol en el agua le parecían de una belleza exquisita. Se sentó unos momentos en la escalinata de la Salute y volvió a pensar en la curiosa reacción de Piero. ¿Por qué se había mostrado tan distante de un momento a otro? Volvió sobre sus pasos hasta la parte trasera de la Academia y cruzó el puente. Para cuando entró de nuevo en el CII, había llegado a una conclusión: Piero sabía algo que ella no sabía.

Lea había ubicado las oficinas del CII en la última planta del hotel. Su despacho era de estilo minimalista, blanco y espacioso, equipado con lo último en tecnología digital. Esa mañana, estaba trabajando sentada en el gran sofá de piel blanco. A su lado tenía su inseparable taza de té. Abandonó los expedientes confidenciales que estaba revisando cuando su secretario le anunció la llegada de Ingrid.

—Adelante, Ingrid, pasa. Espero que hayas disfrutado de tu paseo porque tenemos mucho trabajo que hacer.

—Siempre es un placer pasear por Venecia. Además, me he encontrado con Piero.

A Lea se le tensó el gesto un instante. Para disimular, la invitó a sentarse, cogió uno de los expedientes y se lo tendió. Ingrid se fijó en el anillo que llevaba: un precioso anillo de oro blanco, con una gran aguamarina casi traslúcida. Impresionante, como todos los anillos que lucía Lea.

El expediente correspondía a su nuevo caso. Lo leyó con atención y lo clasificó enseguida: uno de esos casos en los que el objetivo parecía imposible y solo podía alcanzarse con muchísimo trabajo. Esbozó una sonrisa al terminar.

—¿En serio, Lea?

—¿Has visto alguna vez que yo no fuera en serio? Los dos vendrán por sí solos a ti, porque ambos están contra las cuerdas. Y es necesario que ambos salgan del mapa político, cueste lo que cueste. La orden de mi cliente es barrerlos a todos.

—¿A todos?

Lea asintió.

—Lea —Ingrid dudó unos segundos—, ¿quién está detrás de todo esto? Alguna de esta gente es muy importante.

—La basura hay que barrerla, Ingrid. Y como imaginarás, no puedo revelarte quién es nuestro cliente. Tu cometido es llevar a cabo la misión. Cumplir las órdenes. Como siempre.

—Me conoces, Lea. Si hay que hacer la limpieza, la haré.

Ingrid hizo gesto de levantarse, pero Lea la retuvo.

—Tendrás una colaboradora. —Pulsó el manos libres del teléfono y le ordenó a su secretario—: Haz pasar a Irina, por favor.

Irina Paulova e Ingrid habían sido compañeras en varios casos. Se conocían desde el paso de ambas por la unidad formativa en Belfast y desde entonces mantenían una gran amistad.

—¡Irina! —dijo Ingrid al verla entrar—, no sabes cómo me alegro de verte...

—Yo también me alegro —contestó Irina—. Buenas tardes, Lea.

Lea respondió el saludo.

—Bien, chicas, como ya sabéis, quiero que colaboréis en este caso. Hay mucho por hacer, y, creo que ambas haréis muy buena pareja. Moveremos algún hilo desde aquí para que Irina pueda situarse en primera línea política. Ingrid, tú tendrás un perfil menos público. No quiero quemar tu imagen. Estoy segura de que entre ambas lo haréis muy bien. No olvidéis que tenéis el equipo del CII a vuestra disposición.

Lea se despidió de ambas. Sabía que podía confiar en las chicas. Ella misma las había entrenado para llevar a cabo misiones aún más difíciles.

Una vez fuera, Irina e Ingrid se miraron sonrientes:

—¿Nos vemos dónde siempre? —preguntó la rusa, siempre directa.

—A la hora de siempre —le confirmó Ingrid encantada.

En el despacho, Lea seguía bebiendo su té a sorbos, contemplando a lo lejos la fachada de San Giorgio Maggiore. Al cabo de unos minutos, oyó los golpes en la puerta.

—¿Sí?

Piero se asomó al umbral.

—*Buongiorno*, Lea. ¿Cómo va todo?

—Bien, muy bien. Siéntate por favor. ¿Un té?

Él asintió y se sentó en el sofá. Lea le preparó ella misma el té en su mesa bar.

—Irina Paulova ya ha realizado el encargo inicial —le informó—. Y ha preparado la escena del crimen para que parezca un suicidio. Puedes informar a tu cliente.

—Contactaré con él —Piero sorbió el té—. Ahora tenemos que ocuparnos de los siguientes en la lista. La limpieza debe ser total.

—Por eso hemos empezado por el viejo Rivelles. Tu cliente tenía razón: era el más fácil y nos facilitará el resto. —Lea hizo una pausa—. Qué ironía. Nos contratan para limpiar la mierda en otros países, a miles de kilómetros, y nada más volver nos encontramos con más. ¿Cómo puede haber tanta?

—Desde luego, mi cliente está metido también en ella. Odia a la familia Rivelles porque excluyeron siempre a su familia de los negocios y los cargos más rentables. ¿Recuerdas que uno de sus hijos se suicidó? Pues tampoco fue un suicidio. A César Rivelles le pareció que amenazaba la continuidad de su saga...

—Lo sé, Piero, lo sé, me llegaron informaciones al respecto. Tu cliente busca una justicia que no pueden darle los juzgados. Ojo por ojo, diente por diente. Además, borrados los Rivelles,

desaparece el partido que dirigen y cambia el gobierno.

—Exactamente.

—Así son los verdaderos juegos del poder. Los políticos vulgares se creen que mueven los hilos y no se dan cuenta de que son solo otras marionetas y los verdaderos titiriteros permanecen en la sombra. Por ejemplo, ¿cuándo aparece tu cliente en los medios? ¿Alguien sabe realmente el valor aproximado de su inmensa fortuna?

—Esa ha sido la clave de su éxito.

—Estoy segura de que nuestras agentes le darán un nuevo triunfo. Díselo.

—Se lo diré, sí. —Piero dudó un momento—. A propósito. Esta mañana me he encontrado con Ingrid en Rialto. Supongo que ella es la otra infiltrada. Francamente, no sé si es tan buena idea... Acuérdate de que la última vez se enamoró del hijo de Rivelles.

—Ingrid ya ha aprendido de ese gran error. E Irina la ayudará a ser más fría. Son un tándem ganador. El CII confía en ellas.

Piero hizo un gesto de resignación

—De acuerdo, Lea.

—Dile a tu cliente que vaya preparando el pago. Por cierto, me gustaría invitarlo a una de mis cenas y conocerlo personalmente. Dile eso también. Gracias por todo, Piero.

Piero volvió a asentir. No parecía demasiado satisfecho. Se había acercado a Ingrid y a Irina, pero sobre todo porque las veía como rivales para un ascenso. Lea lo sabía, pero aún no podía alejarlo de ellas, pues además de aportarle casos como ese, Piero disponía de ciertos contactos que le interesaban para el futuro empresarial del CII.

Echó otra mirada a través del ventanal. A esa hora del día, la vista del Gran Canal era sublime. Un espectáculo reservado a los elegidos.



Irina había entrado en el CII poco después de perder a su familia. El gobierno ruso había pedido ayuda a Lea para investigar los asesinatos y, tras conocer a la chica huérfana, Lea había vislumbrado inmediatamente su potencial. Le ofreció una plaza en su escuela de formación cerca de Belfast, aunque Irina todavía era joven, y acordaron que le daría un trabajo después. Irina se había quedado sola en el mundo, sin familiares cercanos ni amigos en los que pudiera confiar. Además, tenía el perfil perfecto. Estaba obsesionada con vengar a su familia.

Los examinadores que evaluaban a los futuros agentes en Irlanda se quedaron perplejos al ver sus tests. Lea ya les había avisado, pero no dieron crédito hasta no corroborarlo con sus propios ojos: los niveles de psicopatía de Irina eran tan altos que, si Lea no la hubiera descubierto y educado en el CII Belfast, probablemente habría acabado convirtiéndose en una de las delincuentes más peligrosas de Europa. Además, poseía una inteligencia prodigiosa, un activo invaluable para el CII.

Tras leer el Informe de valoraciones, Lea decidió hacerse cargo de ella y diseñó personalmente su currículo. El plan de trabajo incluía horarios inflexibles y entrenamientos físicos extenuantes, también cursos intensivos de los principales idiomas europeos, japonés, chino mandarín y árabe internacional. Para llenar el vacío de su familia, Lea le buscó una compañera de cuarto que

pudiera estar a su mismo nivel intelectual y se convirtiera, a su vez, en su amiga y confidente. Ingrid había sido la elegida.

Lea conocía a Ingrid desde que Ingrid era una niña, porque también conocía a su familia. Sus padres eran miembros de la Red Atlas, una asociación de unidades especiales de policía con la que Lea había colaborado en diversas acciones antiterroristas en Europa. Ingrid sabía lo que significaba pertenecer a un cuerpo de élite porque lo había vivido en su familia desde niña. Lea estaba segura de que su amistad le vendría bien a Irina y le ayudaría a sobrellevar los sacrificios que exigía convertirse en una agente del CII. Por lo demás, Ingrid era una apasionada investigadora del crimen organizado y Lea contaba con que Irina se contagiara de esta pasión.

Las dos chicas encajaron a la primera. No solo porque fueran de la misma edad, y tuvieran un coeficiente intelectual parecido, y sus perfiles psicológicos se complementaran: fue uno de esos encuentros, fruto del destino y la casualidad, que en ocasiones suceden en la vida. Ingrid ayudó a su nueva amiga a familiarizarse con el mundo de los servicios de seguridad, que conocía desde la infancia. Irina encontró en ella un apoyo, aunque, por su historia personal, sus reacciones y opiniones fueran a menudo diferentes. En los entrenamientos, tanto físicos como mentales, era mucho más fría y decidida. Poco a poco, Irina estaba transformándose en una de las agentes más duras y calculadoras de toda Europa y Oriente Medio.

Cuando Lea empezó a asignarles casos en pareja, todos sus pronósticos se cumplieron: eran una de las parejas más eficientes del CII.



Las dos amigas atravesaron la plaza de San Marcos rumbo a la *trattoria* de los gondoleros, a la que solían acudir siempre que estaban en la ciudad. Iban haciendo bromas y espantando a las palomas mientras, en el trasfondo, oían los compases de *Fly with me* de Frank Sinatra, interpretado por la orquesta del Caffè Florian. Hacía algunos meses que no coincidían en un caso y las dos estaban felices. El ambiente en plaza San Marcos era bastante animado a esas horas. Los turistas se hacían fotos con el Campanile de fondo, otros hacían cola para visitar San Marcos, los camareros servían las mesas de las terrazas de los bares, las palomas revoloteaban de una forma casi perfecta, tanto que parecían haber ensayado mil y una veces.

Al entrar en la *trattoria*, los camareros las acogieron con una gran sonrisa y les dieron su mesa de siempre, en una sala más pequeña y resguardada del barullo del local. En la barra de la entrada, había ya algunos gondoleros charlando animadamente y comiendo las *polpette* típicas de la ciudad. Era el lugar de encuentro del gremio al final del día.

—Estoy feliz de trabajar de nuevo contigo, Ingrid —dijo Irina, jugando con los contraluces del Spritz que había pedido de aperitivo—. Pero, sinceramente, no me gustaría que te volvieran a cazar.

Ingrid la miró divertida, pues sabía a qué se refería.

—¿A cazar? Vamos, Irina, eso ya es historia antigua... No pienso volver a enamorarme nunca de ningún investigado.

—Yo solo te digo que no me gustaría, Ingrid. Es más, creo que procuraría librarte cuanto antes del problema. Ya sabes. —Irina hizo el gesto de cortar el cuello y le guiñó un ojo.

—Venga, Irina... —Ingrid la miró de pronto seria—. ¿Serías capaz?

La rusa enarcó las cejas y ambas se rieron.

—Has leído el informe, ¿verdad? —prosiguió Ingrid—. ¿Qué te parece si yo me encargo de Pol y tú de Marc? Así podré demostrarte que no habrá problemas de amor.

—De acuerdo, acepto el reto. Además, Marc tiene su punto... ¿Cómo diríamos? ¿Divertido?

—¿Divertido? —Ingrid sonrió de oreja a oreja.

—Sí, divertido —le confirmó Irina carcajeándose.

Hicieron un brindis en el aire y cada uno bebió un sorbo de Spritz. De repente, Ingrid miró pensativa a Irina:

—Yo creo que Lea está escogiendo a su futura sucesora.

Irina la miró algo incrédula.

—¿También te has dado cuenta?

—Creo que Piero sería una buena opción.

—Claro que no, Ingrid —se rio otra vez Irina—. Tú eres una buena opción. Pero por eso mismo no puedes volver a mostrar ninguna debilidad.

—Vuelta a lo mismo... Que estuviera a punto de pasar algo con Pol no significa que vaya a volver a pasar algo parecido. De hecho, nunca pasará.

—Mejor. Hemos trabajado muy duro y no quiero que pierdas tu oportunidad. —Irina dio otro meditado sorbo al Spritz—. Ahora podemos hacer un buen trabajo para que Lea y el cliente queden contentos. Así que, Ingrid: *¡let's do it!*

Irina guardó la carpeta del caso en el bolso. El camarero ya se aproximaba con los platos.

La playa de Nova Icaria estaba casi vacía. Con el cielo encapotado y ese viento de tormenta, no daban muchas ganas de pasear por la playa. Justo lo que Pol Rivelles e Ingrid necesitaban para encontrarse con discreción.

Se saludaron sin tocarse, como siempre que se citaban en un espacio público. Nadie podía pensar que eran amigos o que, de hecho, en otra época habían sido más que amigos. A Pol le encantaban esos pequeños juegos de apariencias. Ingrid estaba inquieta, porque sabía que ponía en riesgo su trabajo.

En esa época, Pol era ya candidato a la presidencia, además de ser el hijo del expresidente César Rivelles. Sin saber que era una agente infiltrada, se había encaprichado con Ingrid y tonteaba con ella siempre que podía. Ella aprovechaba para sonsacarle información: sabía que la historia no iría a más, primero porque se trataba de un caso y ella desaparecería de la vida de Pol en cuanto terminara, y segundo porque los hombres como Pol, por muchas aventuras extramaritales que tuvieran e intensas que estas fueran, nunca dejaban a su mujer. En el entorno social del joven político, un divorcio estaría mal visto y podía costarle votos. Tal vez incluso el gobierno que su familia tanto ansiaba conservar.

—Estás muy guapa, Ingrid. —Los ojos de Pol se cruzaron con los suyos—. No nos veíamos desde...

—Gracias, Pol, tú también estás bien.

Era una mentira ligera. Él se había transformado en un hombre maduro y a pesar de su aspecto jovial parecía agotado. La juventud que en otro tiempo había jugado en su contra en la política se había esfumado. Ingrid fue al grano:

—¿Qué necesitas de mí, Pol?

—Que colabores conmigo, Ingrid —respondió él igual de rápido.

—No quiero volver a la política —dijo ella sin titubeos.

Sabía muy bien qué tenía que hacer para que él picara el anzuelo.

—No pretendo que vuelvas a la política... al menos, no de manera definitiva. Hay demasiada mierda para alguien como tú. Pero necesito que me ayudes a eliminar a alguien del mapa. Y eso te obligará a volver al ambiente en el que nos conocimos.

—¿Eliminar a alguien? —Ingrid impostó una risita sarcástica—. Eso lo puedes hacer muy bien tú solo, Pol. Deja de convocar a esa persona a más reuniones de trabajo. Ignórala. Y espera a que pase el tiempo. ¿No es así como se elimina a la gente de la política?

Pol había sido siempre un tipo listo. Además, se había criado viendo las triquiñuelas de su padre para mantenerse en el poder. Ahora era él quien movía los hilos, aunque bajo la mirada atenta de su familia. Según las encuestas, era el candidato favorito para ganar las siguientes elecciones generales.

—No es suficiente, Ingrid. Necesito hundirlo profesionalmente. Las elecciones serán en breve y quiero a esa persona fuera del escenario. Permanentemente. Si no, acabará estorbándome, haciéndome sombra, robándome el poder poco a poco... ¿Me ayudarás?

Ingrid sonrió, pero por dentro sintió asco. Le repugnaban esas intrigas, esos delirios de vanidad. Recordó por un momento la época en que se había infiltrado en el partido de los Rivelles: todos los políticos que había conocido tenían traumas infantiles o complejos de inferioridad, alguna clase de problema psicológico que los empujaba a pelear por un cargo como leones hambrientos, capaces de matar con tal de no compartir su presa. Solo los más allegados estaban al tanto del problema, pero ninguno llegaba a ser suficientemente sincero como para decírselo al susodicho: la sombra del poder es muy larga y nadie quiere quedarse fuera. Todos tienen miedo a sentir la solitaria desprotección que te hace sentir ser rechazado por el poder.

—Quieres que te ayude a eliminar a alguien —repitió Ingrid, como si hablara sola. Al fondo se oía el sonido del viento y de las olas—. ¿Qué me darás a cambio?

Lo miró a los ojos, desafiándolo. Todo había cambiado ya entre ellos, pero aun así era triste que él volviera a buscarla para pedirle un favor de ese tipo.

—Veo que es cierto lo que dicen —dijo Pol—, te has endurecido con el tiempo. Solo dime cuánto quieres. Como sabes, el dinero no es problema.

Avanzó medio paso y volvió a retroceder. Aún se sentía atraído por Ingrid, pero tenía que controlarse.

—No aceptaré un no por respuesta, Ingrid —dijo serenándose—. Quiero que seas tú quién lo haga. Se trata de Marc Llach.

Ingrid lo miró atónita. No podía ser verdad. Pol sabía que ella había sido asesora política de Marc, aunque nadie supiera que lo asesoraba por órdenes de Lea. Por otro lado, Pol no podía saber que Marc figuraba en la lista que Lea les había dado a ella y a Irina.

Pol avanzó de nuevo medio paso. Ya estaba tan cerca que Ingrid alcanzaba a percibir su olor. La besó en las mejillas, casi rozándole los labios, y se fue a toda prisa. Ella lo siguió con la vista, paralizada por la sensación. A lo lejos, los guardaespaldas de Pol se pusieron firmes al verlo volver al coche.

El viento soplaba más fuerte que antes. Las gaviotas volaban muy bajo. El coche oficial arrancó y se perdió rápidamente por la autopista, e Ingrid reparó en que lo escoltaban otros dos coches de paisano. Quizás la tormenta estaba más cerca de lo que parecía.



La política era una puta mierda. Pero también era una gran maestra. Durante su estancia anterior en Barcelona, Ingrid había visto por sí misma cómo el poder cambiaba a la gente. Desde el primer día de la campaña electoral, unos y otros se daban codazos para salir en la foto al lado del candidato. Más tarde venía el mercado de favores, el reparto de los sillones y los despachos. Las habilidades profesionales pesaban poco dentro del partido de los Rivelles: eran mucho más importantes los contactos y las artimañas. Un partido de mierda, eso era lo que era. Y la mierda solo generaba mierda.

Durante la campaña, Ingrid había hecho algunos amigos. Obviamente, con el tiempo vislumbró que no eran auténticos amigos, sino fieles sabandijas que se arrastraban por donde fuera a cambio de unas migajas de poder en un despacho con fecha de caducidad, o simplemente para jactarse de que tenían una reunión con no sé quién. Tras ganar las elecciones, a esos supuestos amigos les habían dado altos cargos con sueldos astronómicos y habían empezado a ignorarla. De hecho, ignoraban a todos aquellos que no les parecían influyentes. A veces se preguntaba qué habrían hecho si hubieran sabido que ella era una agente infiltrada, y no una militante base más. Seguro que más de uno habría vuelto a acercarse para presumir de que la conocían y darse aires. En el partido de los Rivelles, la norma era el posturo.

Por fortuna, su adiestramiento en el CII la había preparado para la montaña rusa de devaneos y sorpresas desagradables que era la política. También la había protegido de los subidones de adrenalina y los arranques de euforia, que eran especialmente peligrosos: podían hacerte creer que estabas en la cresta de la ola cuando, en realidad, ocurría todo lo contrario.

Tras el encuentro con Pol, Ingrid sabía que recibiría una llamada de control. Por muy secreta que hubiera sido la reunión, sin duda alguien más acabaría por enterarse. El partido era un puto patio de vecinas en el que todas las vecinitas fisgoneaban la vida de todas y los rumores se convertían rápidamente en noticias confirmadas. Tarde o temprano, algún miembro del partido la invitaría a tomar un café. «¿Cómo estás, Ingrid? Haces mala cara y quiero saber qué te ocurre, los amigos estamos para hablar». Tratarían de sacarle información, para luego tratar de usarla en su beneficio. No estaban interesados en ella, ni en nadie, sólo en sacar algún beneficio de todo aquello que sucedía a su alrededor.

El teléfono sonó al mediodía siguiente. En un primer momento dudó en cogerlo, pero enseguida pensó en la misión: responder con el silencio no sería nada útil. Para sorpresa de Ingrid, la estaba

llamando el propio Marc Llach. «Qué casualidad», pensó Ingrid. Y, además, no había mandado a ningún tercero a llamarla. Al fin y al cabo, era uno de los políticos más arrogantes y directos que se había topado jamás Ingrid.

La petición fue directa y sin rodeos:

—Hola, Ingrid, tengo un trabajo para ti. Y quiero que lo hagas tú.

Era justo lo que le había dicho Pol. Marc debía estar al tanto de sus movimientos. O por lo menos debía adivinarlos. También había adoptado ya el tono de estadista, como si él mismo ya fuera presidente. De momento, ni siquiera era el candidato del partido.

—No aceptaré un no por respuesta —añadió, duplicando al milímetro a su rival.

—Marc, qué sorpresa —contestó Ingrid con ironía—. Desde que estás en el gobierno no sé nada de ti... ¿Por qué me llamas ahora?

Marc tomó aire al otro lado de la línea. No se esperaba esa reacción.

—Necesito que te encargues de algo, Ingrid. Es un tema muy importante para mí.

A Marc le costaba pedirle ayuda. Desde que había prescindido de ella en su equipo, apenas habían tenido relación. La distancia había hecho que pasaran de colegas de partido a auténticos desconocidos. También él, como Pol, desconfiaba de cualquiera que pudiera hacerle sombra en su camino hacia la dirección nacional del partido y esa desconfianza se había extendido a ella. A pesar de ser una militante de base más, sin ningún tipo de influencia, Ingrid había recibido una patada muy disimulada: primero la vetaron en reuniones, luego la erradicaron de las listas de las elecciones locales y, finalmente, la expulsaron fuera de lo que consideraban los círculos de poder.

Lo divertido era que nadie sabía que ella no militaba por ambición, ni para conseguir un puesto. Cuando Marc Llach empezó a vetarla y sus supuestos amigos empezaron a alejarse, Ingrid los dejó hacer con toda naturalidad. En realidad, estaban facilitándole la salida. Había llegado el momento de cerrar el caso.

El verdadero poder no estaba en manos de cuatro políticos que se creían los reyes del mundo. De hecho, nadie en aquel partido de mierda conocía la realidad. Estaban tan cegados por el poder que apenas podían verla.

—Necesito que me ayudes a quitar de en medio a Pol Rivelles —le soltó Marc—. Sé que tenéis buena relación, aunque hagáis ver que os conocéis poco.

Ingrid disimuló la sorpresa.

—Y... ¿por qué quieres quitarlo de en medio?

—Tú sabes cómo funciona esto. Me molesta en mi trayectoria. Si él sigue subiendo en apoyo, yo puedo perder mis posibilidades, y también puedo dar por perdido mi futuro en la política. Necesito que me deje el camino libre.

Era justo la respuesta que esperaba Ingrid. Para variar, como en tantas otras misiones, ella estaba en el ojo del huracán.

—¿Y yo qué ganaría? —preguntó, Ingrid esperando oír una mentira, que era lo habitual en Marc—. Bloquear a Pol no será fácil, su padre es el fundador del partido.

—Un puesto a mi lado en el gobierno.

Una vez más, Ingrid sintió asco. ¿Cómo podía ser tan cínico? Por eso nunca había llegado a ser presidente y nunca pasaría de candidato: seguía siendo el mismo ser repulsivo con el que ella misma había trabajado codo con codo años atrás. Sin embargo, las órdenes de Lea la obligaban a aceptar la propuesta. También quería dar por concluida la descarada llamada de control.

—Cuenta conmigo, Marc.

—Gracias, Ingrid. —Marc se disculpó porque tenía que colgar.

—Por supuesto, Marc, hablamos cuando puedas.

3

Una gran nube con matices anaranjados caía sobre el atardecer de Barcelona. El skyline de la ciudad refulgía en tonos metalizados y dorados con los últimos rayos del Sol de la tarde.

Ingrid e Irina estaban en el apartamento que el CII les había alquilado en la zona alta de Barcelona. Habían trabajado durante todo el día, analizando investigaciones del partido e informes sobre sus militantes. Luego habían puesto el canal autonómico catalán para analizar al panorama electoral desde el punto de vista de la opinión pública. Ingrid diseccionaba noticia tras noticia, fijándose en cada persona que aparecía detrás o al lado de Pol o detrás o al lado de Marc. Comentaba la jugada con Irina, que tampoco perdía detalle. El canal transmitía veinticuatro horas de noticias ininterrumpidas y las más destacadas podían volver a verlas *online*. Guardaban los vídeos y volvían analizar el papel de cada figurante: comunicación no verbal, proximidad con el candidato, tono de la noticia. Los comicios auguraban importantes movimientos de personal. Algunos serían muy rápidos, casi clandestinos.

Tras repasar los principales vídeos y releer el informe del CII, decidieron mantener el trato que habían hecho medio en broma en Venecia: Ingrid se haría cargo de Pol y de su entorno, e Irina de Marc. A Irina no la conocía nadie, así que era fácil que el CII le fabricase una coartada. Por contraste, Ingrid debía andar con mucho cuidado y tener muy presente su antigua coartada en Barcelona. Iba a toparse con muchas personas con las que había coincidido en el caso anterior. De hecho, ya había visto a algunas por televisión: habían progresado y ahora ya salían en las noticias. Por lo general, era gente mediocre, sin ningún tipo de inteligencia. Sin embargo, ahora tenían un cargo. Y habían militado durante años en el partido de los Rivelles. Esa mezcla las hacía especialmente peligrosas, así que Ingrid tendría que andarse con cuidado con ellas.

Se imaginó las caras que pondrían algunos al verla aparecer de nuevo por las reuniones. Ya solo por eso la misión valía la pena. «Cree el ladrón que todos son de su misma condición», recitó mentalmente, mientras marcaba el teléfono de Pol, ante la mirada calmada de Irina.

Lola, la secretaria de Pol, le dijo que su jefe estaba ocupado en la otra línea pero que se encargaría de que contestara su llamada.

—Me alegra que hayas vuelto, Ingrid —añadió la secretaria.

—Gracias, Lola.

Ingrid tendría que acostumbrarse de nuevo a aquella hipocresía hiriente que imperaba en la política.

Al cabo de un rato sonó su móvil. Era Pol.

—No has tardado mucho en contestar —le dijo él con tono de buen humor.

—Bueno, ya sabes que soy rápida para tomar decisiones.

—¿Te apetece que nos veamos esta tarde?

—Ni hablar —respondió rotunda Ingrid—. De amores clandestinos nada.

Pol soltó una carcajada. La ironía de Ingrid le gustaba. Casi tanto como ella. En algún magazín dominical, había leído que las personas irónicas interpretaban con más agudeza la realidad. Le hubiera encantado tener un *affaire* con Ingrid y recordar viejos tiempos de coqueteos y seducción. Ingrid había sido dulce con él y eficaz en el trabajo que desempeñaba en el partido. Eso le había ganado la enemistad de muchos, recelosos de su proyección.

—Pero acepto tu encargo —acabó de confirmarle Ingrid—. Voy a ayudarte.

—Es una buena decisión. ¿Cómo quieres empezar?

—Primero dame un puesto en el gobierno. —Ingrid hizo un silencio estudiado—. También necesito que vuelvas a convocarme a las reuniones y los actos del partido, como si fuera una militante activa. Eso me permitirá acercarme a Marc Llach y eliminarlo o por lo menos conseguir que pierda posiciones.

—No me gusta que vuelvas a la política —respondió Pol, casi por reflejo—. Pero tal vez tengas razón. Sí. Tienes que volver a estar activa... Déjame mirar qué puesto puedo ofrecerte. Es posible que tenga que cortar alguna cabeza. Una pena, ya tenía toda la baraja repartida.

—Tú siempre te guardas varios ases bajo la manga, no tendrás problema en repartir de nuevo. De ti depende Pol, si quieres que haga un buen trabajo debe ser de esta forma.

Pol volvió a reír.

—De momento, Lola te convocará a las reuniones estratégicas para que te vayas acercando a Marc. Haremos ver que quieres volver a ser una militante activa y vuelves a colaborar con nosotros. De todos modos, ten en cuenta que él suele rodearse solo de gente de su confianza. Si te incorporo yo directamente sospecharía, así que iremos despacio. Sin que nadie se dé cuenta de que soy yo quién te ayuda a progresar dentro. Respecto al puesto en el gobierno, dame unos días. Creo que puede haber un lugar ideal para ti. Haré unas llamadas. Cuídate, Ingrid.

Pol colgó sin esperar su respuesta.

Ingrid lo había aprendido de joven: leer a los clásicos griegos podía ahorrarle a uno media vida de sufrimientos. Además, eran maestros de la estrategia. Ella se adentraría en la ciudad amurallada del partido como el caballo de Troya, con pasos sigilosos, haciéndose pasar por una más, hasta encontrar el punto más vulnerable, el más sencillo de destruir. Ese que haría caer toda la estructura, como un castillo de naipes abatido por el viento.

Pasados unos días, Lola llamó a Ingrid para informarle que había conseguido agendarle una reunión con un alto funcionario. Ingrid ya conocía la noticia por un mensaje de Lea, pero obviamente había fingido no saber nada. Su jefa se encargaría de mover los hilos para que el funcionario la nombrara cargo de confianza y eso la acercaría a sus objetivos.

La víspera de la reunión, repasó los informes sobre el departamento en el que iba a trabajar. Al parecer, no la esperaba el mejor ambiente. Ernesto, su futuro jefe, era un personaje chulesco sin

particular competencia en su área y además un pésimo líder. En alguna ocasión, los empleados incluso habían montado una revuelta para echarlo, alegando que la oficina estaba hecha un caos y que Ernesto era un incompetente. Sin embargo, él era un hombre protegido: se había ganado la confianza de la cúpula al cabo de años de fidelidad, primero a César Rivelles, después a Pol y, últimamente, dado que Marc tenía cada vez más peso, también a él. Era el típico personaje que se había metido en política para asegurarse una buena jubilación, después de sentarse en un cómodo sillón toda la vida.

Por lo demás, sus subalternos inmediatos tampoco eran precisamente brillantes. Los había seleccionado a dedo y no tenían ni idea de su trabajo. No obstante, se las habían arreglado para instalar micrófonos y tener vigilados a los empleados. El resultado de aquellas escuchas era sorprendente: los propios empleados vivían criticándose unos a espaldas de los otros, aunque fingían ser grandes amigos. A Ernesto eso lo tenía sin cuidado: solo le importaba quedar bien de cara a la galería y subir puestos en el partido para así tener un mejor puesto en el gobierno. Por supuesto, el departamento no había llegado a generar ningún proyecto productivo mientras Ernesto era el jefe.

Ingrid notó el ambiente tóxico nada más entrar en el edificio. La recepcionista le lanzó una mirada inquisitorial, escaneándole de arriba a abajo. Ingrid disimuló su malestar con una sonrisa.

—Buenos días, tengo una reunión con el director.

—Suba a la octava planta —le espetó la recepcionista.

Encontró a Ernesto dándole instrucciones a su secretaria, una chica joven y agobiada que trataba de tomar notas en medio de un caos de papeles. Era una escena de otra época: el viejo poder arcaico y asfixiante, opresor y deprimente, que aún sobrevivía como un zombi en ciertas oficinas y empresas del país. Ernesto se detuvo al verla bajo el umbral:

—Adelante, Ingrid, adelante —dijo con gesto petulante, invitándola a entrar en un despacho revestido en maderas nobles, con un escritorio soberbio en el centro—. ¿Has visto, Ingrid? ¡Fíjate qué pedazo de despacho tengo! No está mal, ¿verdad?

Ingrid sonrió, de nuevo diplomática. «¿Qué quieres que te diga, Ernesto? Esa pobre secretaria a la que maltratas probablemente hace más de la mitad de tu trabajo mientras tú te vanaglorias, realmente tu secretaria es mucho más válida profesionalmente que tú».

—Bueno, amigo, ¿quién te ha visto y quién te ve! ¿Cómo estás? ¿Qué tal todo? Hacía mucho que no nos veíamos.

Ernesto sonrió complacido e Ingrid tomó nota de que estaba aún más gordo que la última vez.

—Pues aquí estamos. Esperando a ver qué pasa en las elecciones. Y qué nos depara entonces el destino.

Lo decía como si ya lo supiera pero no quisiera decirlo. Una reacción muy típica del burócrata ávido de aferrarse a su poltrona o cambiarla por otra más grande. Ernesto era un escalador más de la administración, siempre pendiente de trepar más alto. No le importaba cuántas cabezas tenía que pisar ni cuántas cuerdas tenía que tirar para llegar arriba.

—Según las previsiones puede haber algunos cambios —insinuó Ingrid.

—Sí, eso dicen —admitió él, meciéndose en su butaca, todavía con la sonrisa estúpida en la cara.

Ingrid dejó pasar un segundo esperando alguna reacción por parte de Ernesto, pero él siguió meciéndose de manera infantil en su asiento de piel.

—Me han comentado que necesitas ayuda aquí en el departamento —dijo más seria.

Ernesto dejó de sonreír apenas un instante.

—Bueno, ayuda, ayuda... El trabajo se va haciendo un poco solo. Pero queremos mejorar la gestión interna. A mí eso me aburre, sinceramente. Además, fue Pol el que nos mandó tu currículum. Te ha recomendado mucho.

La traducción era clara: solo la habían llamado porque Pol la había recomendado. Era increíble que un gobierno así, integrado por mediocres y corruptos, aspirara a liderar una de las primeras potencias de Europa.

—También necesito que acudas a algunas reuniones en mi nombre. A la primera iré contigo para que todo el mundo te conozca y sepa que estás en mi equipo, pero ya después te dejaremos ir sola.

Ingrid hizo otro esfuerzo para disimular. «¿Te dejaremos ir sola?». ¿Qué creía?, ¿que ella era una niña pequeña y él su padre?

—Eso sí, no podrás realizar aportaciones independientes en las reuniones. Quiero que me comentes todo a mí, personalmente. Si tienes alguna idea ya valoraremos cómo las proponemos o si las proponemos. No siempre es conveniente lanzar propuestas en público delante del resto de compañeros. Quizás nos convenga más hablar en privado con el consejero de gobierno o con su secretario, me entiendes, ¿verdad? No me gustaría que nadie me robase una buena idea de mi departamento.

—Por supuesto —sonrió una vez más Ingrid.

Si a ella se le ocurría una buena idea, le quedaba claro que el gordo Ernesto se ocuparía de que la medalla se la pusieran a él, y ella pasaría desapercibida una vez más dentro del partido.

—Te pasaré un informe con mis propuestas en cuanto vea un poco qué hay por aquí —prosiguió Ingrid, siguiéndole la corriente—. Por cierto, ¿podrías indicarme mi despacho?

Ingrid ya solo quería largarse de allí y darle caza a Marc Llach cuanto antes.

—Ah... sí... tu despacho. Te prometo que te lo montaré en cuanto pueda. De momento, andamos mal de presupuesto. Con esta crisis económica, ya sabes. La jefa de recursos humanos te está preparando un sitio en la primera planta o en la segunda, ya no me acuerdo. Con el resto de los empleados.

—Perfecto —dijo educadamente Ingrid.

Ernesto cogió el teléfono y llamó a su secretaria, que apareció al instante en la puerta.

—María, por favor, acompaña a nuestra nueva compañera a su ubicación. Recuerdas, ¿verdad? ¿Dónde te dijo la jefa de recursos humanos? Acompáñala, por favor. Ingrid, bienvenida al equipo.

—Gracias, Ernesto.

«Vas listo, inútil —pensó Ingrid con la última sonrisa—. Cabronazo».

Escuchó desde lejos las voces y las risas de los que serían por unos días sus compañeros de trabajo. Todos callaron cuando ella y María recorrieron el pasillo hasta el lugar que le tenían preparado. Era una oficina triste, anticuada, con un tubo fluorescente que irradiaba una luz más bien gris. En el pasillo, había de nuevo voces y risitas, como si fueran los ecos de fantasmas divagando en el tiempo. Varias sombras se dispersaron cuando María salió y la dejó sola. Ingrid se asomó un momento al umbral. Otra vez silencio. Apenas el repique de los teclados de los ordenadores. El empleado más cercano tenía una carpeta sobre el escritorio, pero la había puesto al revés y él mismo no podía leerla. Menudos hipócritas.

Con el paso de los días, la antipatía de sus compañeros se fue haciendo más descarada. Sabían que ella venía de arriba, recomendada por el partido, y automáticamente la rechazaban. Ingrid había lidiado con ambientes bastante más hostiles. Estaba acostumbrada a enfrentar la adversidad y salir fortalecida. Incluso le habían pegado varios tiros y allí estaba viva. No tenía ninguna intención de deprimirse porque cuatro mediocres maleducados habían decidido hacerle el vacío y no dirigirle la palabra. Finalmente, una mañana, una mujer entrada en años, bastante afeada y con aires de mandamás, se acercó a su escritorio:

—Hola —dijo, sin darle a Ingrid tiempo de responder—. Tienes que archivar estas carpetas. Las cajas de archivo son estas. Solo tienes que organizar los contratos de subvenciones públicas y ponerlos por fechas.

—¿Quién te lo ha dicho? —contestó Ingrid sorprendida—. Debe haber una confusión... Ernesto me hizo una propuesta diferente.

—¿Una propuesta? ¿Ernesto? —La chica la miró con los ojos desorbitados—. Aquí abajo tu jefa soy yo. No sé quién te habrá recomendado, nena, pero por si te interesa, el mismo Ernesto me ha dicho que no sirves para nada. Ni siquiera para archivar. Eso es lo que piensa de ti el gran jefe.

Ingrid lo entendió todo enseguida. Ernesto quería quedar bien con Pol, pero también quería quitársela de en medio, porque si trabajaba con ella como habían quedado él mismo tendría que trabajar, que era lo último que le apetecía. Efectivamente, era un calzonazos, como ella ya había intuido en su caso anterior dentro del partido.

—Perfecto —le contestó a su aparente jefa.

La mujer la miró un tanto desconcertada por su respuesta, y, al mismo tiempo, desafiante. Sin duda, era la típica persona que había estado deseando emprender una batalla de oficina en todo momento.

«No sabes qué favor me haces —pensó Ingrid—. Nada mejor que poder husmear en los archivos para buscar la mierda que necesito».

Por los informes, sabía que aquella chica de cara horrorosa era también una inepta. Sus subordinados la odiaban, pese a que casi todos le hacían la pelota. Tenían miedo a perder su empleo, a no poder pagar sus hipotecas, los pañales de sus hijos, sus escapadas de fin de semana... Lo único que la sorprendió fue que, a medida que pasaban los días, todos siguieran siendo igual de antipáticos con ella. Al fin y al cabo, también Ingrid era una empleada y no tenía la culpa de nada. Era como si el hecho de venir recomendada por el partido fuera un estigma que la marcara a fuego lento en aquella tenebrosa oficina.

En realidad, Ernesto estaba muy ocupado en otras cosas, según los informes que le enviaban a Ingrid del CII. Pasaba el día abriendo y cerrando su correo electrónico personal, a la espera de una orden de Marc Llach, como si no tuviera nada mejor que hacer. Al parecer, un grupo de inversores rusos quería construir un gran centro comercial y estaban pendientes de la recalificación de unos terrenos para poder edificarlos. Por facilitar la recalificación, Ernesto se llevaría una suculenta comisión con la que planeaba comprarle un piso a su hijo. Por lo demás, lo jubilarían con grandes honores públicos, en reconocimiento a su buena gestión. Naturalmente, a nadie le interesaba si el proyecto era beneficioso para la ciudadanía, aquí solo se tenían en cuenta los intereses personales y de partido.

Tampoco a nadie parecía importarle que una persona tan preparada como Ingrid anduviera archivando carpetas mohosas. Ni siquiera se preguntaban por qué había ido a trabajar allí con ellos.

⊗

Ingrid examinaba cada expediente que tenía que archivar. Los leía hoja por hoja. Detenidamente. Algunos estaban llenos de polvo e incluso tenían manchas de humedad. Un buen día, encontró uno con la fecha borrada. Primero pensó que el borrón era también una mancha, pero luego vio que habían rayado el papel con unas tijeras o algo parecido. Se detuvo en el documento y lo analizó con extrema atención. Se trataba de una subvención para una consultoría, que tenía que valorar la renovación de unas instalaciones en una zona comercial. Ingrid memorizó el nombre de la consultora para continuar buscando más información a posteriori. Estaba segura de que aquellas roturas en el expediente no eran accidentales. Las fechas del documento no seguían un orden lógico y los conceptos tampoco encajaban. El error parecía premeditado y la aprobación de la subvención la firmaba Marc Llach. Como supervisor, también con su firma, figuraba nada menos que Pol Rivelles.

Las demás subvenciones que estaba archivando eran del ejercicio anterior. No obstante, aquella era de la época en que aún gobernaba César Rivelles y Pol estaba en un cargo inferior. Además, el monto subvencionado era extravagante, sobre todo, en un período de crisis. Con extremo cuidado, dobló los papeles y se los guardó en el bolsillo interior de la americana. Se los llevó consigo al salir de la oficina, sin que nadie sospechara nada.

Una vez en casa, Ingrid puso Google en navegación privada, y empezó a surfear la web en busca de información adicional sobre la consultora a la que había ido a parar la subvención. Primero averiguó a quién pertenecía aquella sociedad, que, curiosamente, según los datos, había sido creada sólo seis meses antes de que le otorgaran la importante subvención económica. Algo muy extraño. Ingrid continuó investigando a través de la web en busca de más información, localizó el nombre del único inversor que formaba la empresa: Ana María, una mujer que, según intuía Ingrid, tenía una relación personal con algún miembro del gobierno. Copió el nombre y lo tecleó en Google: ahí estaba, tal y como Ingrid había sospechado. Ana María era la esposa de Ernesto, o al menos, ambos aparecían juntos en lo que parecía una escapada romántica a una isla paradisíaca. La chica había compartido las fotos en Instagram con el mayor postureo posible.

Ingrid compartió con Irina sus avances. Irina también veía algo fuera de lo cotidiano en aquella documentación. Ambas acordaron llamar a Lea por videoconferencia e informar del avance en las

investigaciones. Concertaron la llamada con su secretario y encendieron el Mac. En la pantalla, apareció la imagen radiante de la bellísima ex agente internacional.

—Buenas noches, Lea. Disculpa las horas de reunión, pero creemos que esta mañana he encontrado algo. Puedo enviarte los archivos para que los veas. Irina y yo los hemos analizado y creemos que pueden ser el hilo que tire de toda la madeja.

—Buenas noches, chicas. No quiero que me enviéis nada *online*. No es un canal seguro, ni siquiera con el encriptado. ¿Qué tal si me lo traes tú en persona, Ingrid? Mientras tanto, tú empezarás a asistir a las reuniones del partido, Irina. Ya he conseguido abrirte algunas puertas. Serás bastante visible Irina, era necesario para llegar a nuestro objetivo.

—De acuerdo, gracias, Lea, nos vemos en breve.

—Sí, gracias, Lea —intervino Irina—. Ya tengo toda la información.

—Hasta pronto, chicas. *¡Buon lavoro!*

Ingrid cerró el Mac y le lanzó una mirada de complicidad a Irina. Brindaron por el hallazgo con un estupendo cava Brut Nature. Si todo iba bien, Ingrid no tendría que volver jamás a sufrir el ambiente de aquella oficina tóxica. Y, además, iba a volver a Venecia.

Venecia, siempre Venecia.

4

A César Rivelles lo había encontrado muerto su guardaespaldas. Irina había hecho tan bien su trabajo que la policía científica no dudó en certificar la muerte como un suicidio. Según el informe policial, se había quitado la vida con un arma de origen ruso, probablemente comprada en el mercado negro en uno de sus viajes por Europa.

El guardaespaldas confesó que no había oído el disparo, que ni siquiera sabía que su jefe disponía de un arma y mucho menos un arma de origen ruso. Se había quedado dormido encima de una mesa fuera del despacho de su jefe porque, en los últimos días, andaba agotado: hacía muchas horas extras y estaba preparando las oposiciones para entrar al cuerpo de policía. Ignoraba que Irina había estado siguiéndolo y le había deslizado unas gotas de sedante en el café que se había tomado en el bar de la esquina. Cuando despertó de la involuntaria cabezada, tocó a la puerta para comprobar si Rivelles estaba bien. Y se encontró con el cadáver del expresidente.

La familia había vivido el drama en el más absoluto secreto. Se esperaban la muerte de César, porque ya era mayor y su salud estaba muy deteriorada, pero nadie podía imaginar que pudiera suicidarse. Ni a Pol ni a ninguno de los miembros del clan les interesaba que los pormenores trascendieran. De hecho, la primera reacción de Pol había sido coger el teléfono para mover contactos y comprar los silencios necesarios. Nadie más allá de la familia cercana debía enterarse de cómo había muerto realmente el gran César Rivelles.

Julia, la madre de Pol, no paraba de lamentar su muerte. Sus lamentos eran silenciosos, intensos vacíos llenos de dolor. Lloraba más por la soledad que había vivido junto a su marido que por la soledad que le quedaba por vivir en su ausencia. Solamente en la intimidad se atrevía a reconocer que no había sido el mejor padre de familia y tampoco un marido ideal. Aún recordaba el día en que su propio padre le anunció que le había encontrado un marido que convenía mucho a sus intereses. «Un hombre como tiene que ser» fueron las palabras de su padre. Cuando se lo presentó, la boda ya tenía fecha. Desde entonces, Julia le había sido ciegamente fiel a César. Con el tiempo, incluso había logrado enamorarse de aquel hombre bajito y autoritario que una y otra vez le ponía los cuernos en sus viajes como representante del gobierno. Sabía que dejarlo significaría caer en una vida con menos dinero, menos posición, menos influencia: la gente la envidiaba por estar casada con él, pero, además, ella misma ostentaba bastante poder por el solo hecho de ser la señora Rivelles. Tal vez no fuera el marido ideal, pero sí el marido que todas sus amigas querían para ellas.

El suicidio, por todo eso, le había roto el corazón. Estaba ya demasiado mayor para iniciar una relación con otro hombre. Además, si la noticia trascendía y se conocía la verdadera causa de su muerte, supondría un gran fracaso personal. Una vergüenza.

—Vuestro padre se merece todos los honores —les dijo a sus hijos entre lágrimas, limpiándose los mocos con un pañuelito bordado con una pequeña flor de lis—. Nadie debe saberlo.

La familia había discutido entonces los detalles del funeral. Todos habían sido criados en la frialdad y en el sentido del deber. Todos conocían sus obligaciones, sus deberes en la familia y cuál era su lugar en cada momento. Ahora tocaba honrar a su padre. Aunque no lo mereciera.

Con la muerte de César, Pol se había convertido en el líder del clan. Era él quien debía cargar con el peso de todas las decisiones, aunque las consultara con el resto de la familia. La primera, desde luego, era preservar a toda costa la memoria de su padre. César Rivelles era un personaje histórico. Figuraría en los libros que estudiarían los niños en los colegios. Nadie podría evitarlo. El gobierno y el partido en pleno ya tenían órdenes de organizar un gran sepelio. Debían honrar no sólo al padre, sino también a la personalidad política que había sido.

El taxi acuático esperaba a Ingrid a la salida del aeropuerto Marco Polo de Venecia. Siempre que montaba en una de esas lanchas color caoba, le entraban unas ganas imperiosas de ponerse al timón. Le apasionaba la velocidad sobre el agua, aunque sabía que en aguas de la ciudad había serias restricciones para proteger a los edificios antiguos. Se sentó en la cómoda banqueta como si fuera una turista más camino de su hotel. Al entrar en el Gran Canal, incluso sacó el móvil y empezó a tomar fotos de los magníficos *palazzi* de las orillas.

Ya en el CII, subió directamente al despacho de Lea. Su secretario la hizo esperar unos minutos, tras los cuales Lea la hizo pasar:

—Y bien, Ingrid, muéstrame qué tenemos.

Ingrid le entregó un informe con todo el trabajo que había llevado a cabo hasta entonces. En un anexo estaba la documentación que había encontrado y que comprometía a Ernesto, a Pol y a Marc Llach.

—Ummm —musitó Lea, revisando los papeles.

—Aún nos falta investigación, pero a simple vista es todo un poco curioso. Esa cantidad no es la que se estipula para ese tipo de subvención, las fechas están trucadas y además mira quién firma: por un lado, Marc Llach y, por el otro, Pol Rivelles. La consultora, casualmente, es propiedad de la esposa de Ernesto, el alto cargo que Pol puso a dedo en el gobierno. Con lo que puedes imaginar el tráfico de influencias que hemos descubierto. Tanto Irina como yo hemos estado analizando la información y creemos que si tiramos del hilo podemos obtener más pruebas denunciabiles.

—Es todo un hallazgo, Ingrid. Felicidades. —Lea la miró orgullosa—. Sin embargo, tienes que volver a Barcelona para no levantar sospechas. Al menos, hasta que Irina haga su parte.

—De acuerdo, pero dime que a esa oficina no. —Ingrid hizo gesto de vomitar con los dedos—. Puedo seguir yendo al partido y ya está.

—Ingrid...

—Lea, por favor... esa oficina es lo peor que he vivido en mi vida —dijo y soltó una risita.

Ambas sabían perfectamente que había estado en situaciones peores.

—De acuerdo. No te voy a torturar. Además, por lo que dices, no tardarán en cerrar ese departamento, ¿para qué seguir con el teatro ahí? —Lea se quedó pensativa—. Vuelve a Barcelona, busca una excusa tú misma para no regresar a ese trabajo, pero sigue asistiendo a los actos del partido como si nada. Y dale cobertura a Irina en todo lo que puedas.

—Hecho. Gracias, Lea. *¡Ci vediamo a presto!* —sonrió antes de salir por la puerta del despacho.

El cielo comenzaba a encapotarse. Se aproximaba una de esas tormentas que es mejor mirar desde casa, a través de la ventana. La luz de Venecia se oscurecía por momentos sin dejar de mostrar su hipnótica belleza.



Al día siguiente, todavía seguía lloviendo. La ciudad se había sumido en un silencio sepulcral. Siempre era así: primero, unas gotas escasas pero atrevidas y juguetonas que empezaban a espantar a los turistas; luego, caía el aguacero sin piedad y, como por arte de magia, no quedaba rastro de vida. Solo algún comerciante en la puerta de su negocio o un gato negro cruzando un callejón o un galerista melancólico admirando la danza de las gotas de agua tras la vitrina de su galería. Apenas el chapoteo de la lluvia sobre los canales rompía el silencio en las calles.

Piero se asomó al ventanal del despacho de Lea. Le gustaba la lluvia, la sensación de frescor que dejaba en su ciudad. Por momentos, recordaba su adiestramiento cerca de Belfast, bajo la lluvia nórdica de Irlanda. Qué remoto parecía todo aquello. Ahora él estaba allí, al lado de Lea, pisaba ya las cumbres que tanto le había costado alcanzar y con las que soñaba de joven en aquellos duros días en Irlanda.

Se acercó al mueble bar y se sirvió un té verde helado. Lea levantó la mirada del informe que estaba leyendo.

—La documentación que trajo Ingrid va a ser muy útil. Vamos a matar dos pájaros de un tiro.

—Mi cliente va a estar muy complacido —dijo Piero.

Sabía que era Lea la que mandaba, pero aún se hacía la ilusión de que el cliente seguía siendo solo suyo.

—Por cierto, Piero, lo he invitado a cenar. Quiero contarle yo misma lo que hemos encontrado. He dudado entre almuerzo o cena, pero dada su importancia mejor cena, ¿no crees?

Piero decidió ignorar la pregunta. Lea le tendió el informe.

—Esto tiene pinta de desvío de fondos públicos y cobro de comisiones ilegales —comentó Piero, revisando el documento—. Si se confirma que es así, ya podemos sacar del juego a Pol Rivelles. El otro, ese tal Ernesto, es una simple marioneta y a mi cliente, sinceramente Lea, no le importan lo más mínimo esos daños colaterales.

—Tengo a mis informáticos de confianza tratando de confirmarlo. —Lea paladeó su té y prosiguió como pensando en voz alta—. Sin embargo, aún es pronto para lanzar el anzuelo. Tenemos el gusano, pero aún no está listo para que lo devoren los tiburones. Entiendo que eso es lo que quiere nuestro cliente, ¿no? Una venganza servida en bandeja, fría y bien aderezada.

—Ni más ni menos. Pero, de todas formas, con la muerte de César Rivelles ya hemos avanzado mucho. Pol ha perdido peso dentro de su propio partido. Las mujeres lo siguen idolatrando, pero su partido está dominado por hombres, y la muerte del padre supone un riesgo para todos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lea con interés.

—Creo que ya lo sabes. Pol ha perdido la votación interna y Marc Llach le ha ganado por unos pocos votos. Él será el candidato a las elecciones.

—Ya. Sí. Pero en política esos movimientos son muy comunes. Estoy segura de que todavía es Pol Rivelles el que mueve los hilos, aunque hayan puesto a Marc Llach a dar la cara.

—Tienes razón, aunque, tras la muerte de César, los detractores de la familia Rivelles están saliendo de la tumba como zombis con sed de venganza y eso le está dificultando mucho las cosas a Pol—admitió Piero—. En todo caso, eso a mi cliente ya lo tiene encantado.

—Y lo va a estar todavía más. Espera a que Irina haga su trabajo con Marc Llach.

Piero rio con Lea. Sí, todo iba por muy buen camino. Lo único que no acababa de gustarle era que ella hubiera invitado a cenar a su cliente.

5

Ingrid avistó a Irina Paulova entrando al mitin por entre el público. Saludaba a los asistentes con tal efusión que la propia Ingrid casi se lo creía: era un placer ver la naturalidad con que su amiga representaba su papel, aunque, sabiendo que era un papel, también resultaba un poco cómico. Lea había conseguido posicionar perfectamente a su agente dentro del partido: iba caminando al lado de Marc Llach, el nuevo candidato.

Los mítines de final de campaña siempre eran como un baile de final de curso: todos querían bailar con la reina del baile, si era posible besarla y, sobre todo, dejarse ver besándola. La reina, por supuesto, era el candidato con el que todo el mundo quería salir en la foto. Y los mirones los pesos pesados del partido, que decidían quiénes iban en las listas y quiénes seguían de meros militantes. No importaba que hubieras trabajado, que fueras el más listo o el mejor preparado: solo importaba si sabías moverte entre la mierda.

Por supuesto, también la reina tenía que fingir que era la reina. Y en el caso de Marc Llach, era todo un esfuerzo. Aunque ahora todos lo proclamaran el candidato ideal, distaba mucho de serlo. Pocos conocían sus inseguridades, sus complejos de inferioridad, sus problemas matrimoniales, los resultados nefastos de su gestión en el gobierno, que habían maquillado tantos técnicos con carné del partido para que sus errores no salieran a la luz pública. Llevaba más de veinte años de militancia: más de veinte años de meteduras de pata, más de veinte años cubriendo su mierda para que ni siquiera se oliera.

Cuando pasaron al lado de Ingrid, Marc ni siquiera la miró. Tampoco prestaba mucha atención a nadie: siempre se había comportado como si fuera un ser superior que estaba por encima del bien y del mal. Pero esa actitud ya no importaba, Ingrid ya contaba que Marc tenía perdidas las elecciones: nunca había podido ganar solo y tampoco podría ganarlas ahora, aunque contara con ayuda. Por lo demás, Irina se encargaría de sacarlo del ring antes de que pudiera hacer realidad sus delirios de grandeza.

Avanzaron los dos envueltos en los aplausos de los asistentes. Tras ellos, en triunfal comitiva, venía el resto de miembros de la lista electoral. Irina seguía regalando sonrisas por doquier y seducía sin remedio a los votantes del partido, que le estrechaban la mano y le daban palmadas en la espalda. Era increíble hasta qué punto de fanatismo podía llegar la idolatría en la política. Finalmente, Marc subió a la tarima e Irina se sentó a escucharlo en el sitio reservado para ella en primera fila. Por un instante, se volvió y cruzó una mirada con Ingrid. Luego volvió la vista al

frente y cruzó las piernas. Unas piernas largas y seductoras. En la tarima, a Marc se le escapó una sonrisa cómplice.

La mujer de Llach, Marta, sentada en la misma fila, no pudo evitar buscar a la destinataria de la sonrisa. Sentada en las filas de atrás, con un magnífico ángulo de visión, Ingrid contempló divertida la escena. La partida de reinas estaba servida. ¿Se lanzaría el rey en busca del jaque mate? ¿A cuál de las dos sacrificaría? Esas jugadas estratégicas eran uno de los motivos por los que Ingrid admiraba tanto a su amiga.

El candidato empezó a desgranar las mentiras que conformaban su programa político. Tras el discurso, fue llamando uno por uno a todos los miembros de su lista electoral. Evidentemente, y pese a sus promesas, no había contado con Ingrid a la hora de conformar aquella lista. Por fortuna, a Ingrid aquello no tenía por qué preocuparle. Uno por uno, los elegidos fueron subiendo a la tarima henchidos de orgullo. Los votantes, aún más ignorantes que ellos, los recibían con nuevos aplausos. Se sentían soldados de mil batallas, camino de la victoria. No sabían que estaban destinados al peor de los fracasos, que marchaban obedientemente hacia la derrota más absoluta.

Llegado el momento, Marc llamó a la propia Irina al escenario. Aunque era prácticamente una desconocida, había acabado de número dos en la lista. Como siempre, los contactos de Lea parecían casi mágicos.

Los aplausos al ver subir Irina al estrado se magnificaron entre el público. Marta, la mujer de Marc, había enrojecido como si la ira del infierno ardiera en su interior. Acababa de identificar a su nueva enemiga número uno dentro de la campaña particular que libraba para no perder a su marido. En realidad, hacía tiempo lo había perdido, pero seguían casados y, como mujer, se resistía a admitir la derrota. Comparada con la espléndida Irina, por supuesto, no tenía nada que hacer. La agente infiltrada, por su parte, ya había avisado a Lea que tenía a Marc en el bolsillo.

El mitin estaba llegando a su fin. En la tarima, Marc se dejaba abrazar ahora por militantes y simpatizantes. Irina seguía a su lado hablando con unos y con otros, en medio de la avalancha de abrazos, besos y peloteos varios. Ingrid consiguió acercarse por entre el tumulto y saludó a Marc con dos besos.

—Tu encargo está hecho —le susurró como pudo al oído.

El estúpido de Marc respondió con una sonrisa.

—Gracias. Mi secretaria te llamará para concretar una reunión.

Se alejó luego por entre la gente y solo miró atrás para buscar a Irina. Por lo visto, no tenía intención de reencontrarse con su esposa.

Concluido el mitin, Ingrid vio a la mujer de Marc buscándolo, vagando entre la gente que se había quedado a recoger. Parecía un alma en pena perdida en el inframundo. Marc había subido al coche oficial hacía largo rato, de la mano de Irina.



Las elecciones estaban cada vez más cerca e Irina ya tenía a Marc comiendo de su mano. Esa tarde, habían salido los dos a hacer campaña por los pueblos del interior. El candidato no dejaba de mirarla de reojo. Ella le devolvía las miradas y no dejaba de dedicarle sonrisas seductoras.

Marc Llach tendría que haber sido muy listo para percatarse de sus verdaderas intenciones. Pese a haber llegado tan alto, la perspicacia no era una de sus virtudes.

En privado, Lea le había dado licencia a Irina para disfrutar de su trabajo. La agente no veía la hora de estar a solas con Marc Llach. Por eso sonreía sin cesar, y no solo a él sino a todos: además de hacer justicia, sabía que iba a disfrutar muchísimo. Solo le faltaba decidir qué método de dulce aniquilación emplearía con él.

Entre tanto, Ingrid había hecho el trayecto en su moto y estaba ya en el hotel donde se hospedaría el equipo de la campaña. Tras colarse en la habitación donde dormiría Marc aquella noche, había camuflado una docena de cámaras diminutas, calculando los ángulos de visión para poder ocultar más tarde la identidad de su amiga. Antes de que el equipo llegara al pueblo, ya tenía todo instalado para retransmitir en directo al CII.

El equipo de campaña llegó por fin y todos se instalaron en sus habitaciones. Después de la cena, Marc se excusó alegando que estaba exhausto:

—Ya no sé si doy la mano o sonrío o si hablo o qué es lo que digo y mañana el día también será duro. Me retiro a dormir. Buenas noches a todos.

Le lanzó una última mirada a Irina y ella asintió en silencio. Esperó a que Marc desapareciera tras la puerta del ascensor, dio un último trago a su *gin-tonic* y prácticamente reprodujo sus palabras:

—Chicos, es hora de descansar por hoy. Hasta mañana.

Prefirió subir por la escalera, para no crear asociaciones ópticas en sus compañeros. La habitación de Marc estaba justo al lado de la suya. Se acercó y tocó a la puerta. El candidato acudió enseguida a abrir.

—Te esperaba.

La cogió del brazo con fuerza y la arrinconó contra la pared. Luego le dio un beso prolongado y empezó a tratar de subirle la falda. Irina soltó una risita. Jugaron el uno con el otro hasta que cayeron en la cama, bailando en horizontal, cuerpo contra cuerpo. Irina se puso encima de Marc y le colocó las esposas antes de que él se diera cuenta. Las imágenes estaban quedando grabadas en los equipos del CII en Venecia.

Marc estaba tan excitado que solo tenía ojos para Irina. Ni siquiera notaba que las esposas le hacían daño, porque no eran de las que se venden en los *sex shops*, sino las reglamentarias de los cuerpos de élite. Irina se desvistió y se quedó en sujetador: un sujetador negro de encaje que revelaba sus pechos perfectamente operados, que hacían arder de deseo a Marc. Luego lo desnudó por completo, entre juegos eróticos y gestos lascivos. Ahora lo tenía donde quería. Allí estaba el gran Marc Llach, pequeño e indefenso.

Empezó a recorrerle el cuerpo con la lengua.

—Te apetece que... —lo provocaba, y hacía un alto, sin acabar de llegar al bajo vientre—. Pues no, ahora mismo no puede ser, querido futuro presidente.

Irina sabía que, después de esa velada, Marc nunca llegaría a la presidencia. Sin embargo, no hay mayor placer que hacer creer a un tonto que tiene razón y verlo sonreír inocente como si fuera

el amo del mundo. Lo dejaría escapar con vida esa noche y más tarde ya le daría caza, para matarlo como se merecía.

Como casi todos los políticos del partido, Marc tenía un matrimonio de cara a la galería, para reforzar su imagen como candidato. Luego la realidad era muy distinta. También sus promesas de hacer realidad los sueños que sus conciudadanos habían anhelado durante décadas eran más que patrañas. Más que pasar a la historia, aspiraba a llenarse los bolsillos de por vida. Marc pensaba que, para manipular a la opinión pública, solo hacían falta recursos y una buena campaña de comunicación, según había aprendido en el partido desde muy joven. Los políticos más veteranos le habían enseñado que si los mensajes estaban bien diseñados, la gente bailaba al son de la música y votaba por el que fuera.

Sin embargo, Marc había cometido un error, el mismo que cometían tantos otros malos políticos. Había olvidado que la opinión estaba conformada por personas que tenían cinco sentidos y un pensamiento propio. No tardaría en descubrir que el más tonto puede ser el más listo y el menos amenazador puede ser el más peligroso. En el momento menos pensado, le arrebatarían las riendas de su propio destino.

Irina se echó a reír a carcajadas. Sabía que Marc sentía placer al oírla reír. También ella disfrutaba haciéndolo sufrir, viendo su cara de deseo. Sacó la pequeña fusta de piel que traía escondida en el bolso y él se excitó todavía más al verla. Empezó a implorarle que le pegara. Irina estaba encantada de complacerlo. Los latigazos y los gritos se oían hasta el pasillo, pero nadie podía imaginar que aquel hombre que se retorció entre el placer y el dolor era Marc Llach, el candidato ideal, ni que quien le pegaba era Irina Paulova. En la habitación de al lado, Ingrid seguía toda la escena en directo desde el portátil, con los auriculares puestos.

De repente, Irina se detuvo. Ya había reunido material suficiente para Lea, sin necesidad siquiera de desnudarse por completo. Definitivamente Marc era un hombre fácil, en todos los sentidos. Por un instante, la agente pensó en todas las desgracias que iban a sucederle al político en cuanto aquellas imágenes salieran a la luz. Cuando todo eso hubiera pasado, ella remataría la fiesta como deseaba: matándolo muy lentamente.

Lo liberó de las esposas y las volvió a meter en el bolso. Lo besó luego con cruel dulzura.

—Nos vemos mañana, amor —dijo, y en un abrir y cerrar de ojos se vistió y salió del cuarto.

Al entrar en su habitación, ella e Ingrid no pudieron contener la risa. Al amanecer, ambas recibieron en su móvil el mismo mensaje cifrado desde las oficinas del CII: «Todo OK». Sus respectivas campañas electorales habían finalizado y debían regresar ese mismo día a Venecia. Mientras se duchaba, Irina repasó la escena y no pudo evitar masturbarse bajo el chorro de agua. Se corrió imaginándose otra vez la lenta agonía de Marc Llach. También ella se había quedado ardiendo de deseo. Tenía un capricho: matarlo.

Antes de que nadie despertará en el hotel, subieron las dos a bordo de la moto de alta cilindrada de Ingrid y pusieron rumbo al aeropuerto. Por el camino, se cruzaron con el jefe de campaña de Marc, que regresaba de su sesión de *running* diaria. El asesor reconoció a Irina a pesar del casco y le pareció extraño que estuviera marchándose. Se preguntó luego quién sería la otra mujer que

conducía la moto. Por la velocidad a la que iban, realmente llevaban prisa... Aquello era una huida clandestina en toda regla.

—••—

Marta, la mujer de Marc Llach, había hecho lo imposible por perder esos quilos de más para seguir resultándole atractiva a su marido. Esa noche, sin embargo, había dormido sola otra vez. Medio despierta, medio dormida, cogió el móvil y comprobó con ojos legañosos que le había llegado un correo. En el remitente decía «donotreply». Sin pensar, abrió el *email* y el archivo adjunto. Le dio al *play* casi por instinto. Reconoció enseguida a Marc atado en aquella cama, a los pies de una mujer escultural.

Reprodujo el vídeo llorando, temblona, en estado de shock, una y otra vez. Se levantó despacio, como mareada, y al pasar frente al espejo se miró sin darse cuenta: su ser había quedado sepultado bajo aquel cuerpo deforme y feo. En un instante, su vida se tambaleó ante sus ojos y se hizo añicos.

—Despierta, despierta —se decía en voz muy baja.

Pero su mente todavía seguía en las imágenes del vídeo. Y ella que creía que Marc estaba agotado, trabajando, luchando por esa campaña que les había costado a ambos tantos sacrificios... Recordó en un *flash* la época en la que se habían conocido, cuando eran adolescentes y militaban en las juventudes del partido. Se encontraban en los mítines, en las reuniones. Un día de verano muy caluroso, mientras que organizaban un campamento para las juventudes del partido, se habían dado su primer beso. Ambos jugaban a ser políticos profesionales. Sólo eran dos niños con ansias de ser protagonistas.

Había venido luego el largo noviazgo a la antigua. La gran boda, el comienzo de su lenta muerte como joven promesa del partido: al fin y al cabo, era una mujer en un partido de hombres, y además se había convertido en «la mujer de». En algún momento se habló de incluirla en las listas, de cumplir la ley de paridad. Poco a poco, le dieron a entender que era más útil apoyando a su marido.

Entre tanto, Marc había ido perdiendo interés en ella. Desde el nacimiento de su hijo, ni siquiera tenían relaciones sexuales. Ella luchaba por seducirlo, pero él seguía mostrándose reacio e indiferente. Lo que Marta desconocía era que Marc hacía realidad sus fantasías en una de las casas de sexo más famosas de Barcelona, donde sus excesos lo habían ascendido a la categoría de cliente vip. Sabía que él le había puesto los cuernos varias veces, pero, hasta entonces, había sido siempre muy discreto. En casa, seguía haciendo el papel de esposo ejemplar, como si no deseara más que compartir con ella el resto de su vida.

El teléfono de Marta empezó a sonar. Era Marc. Ella descolgó por inercia

—Buenos días, cariño —le dijo su marido al otro lado de la línea.

Marta no sabía qué decir.

—¿Estás ahí? —insistió Marc—. ¿O durmiendo todavía?

Ella decidió disimular y hacer de tripas corazón, fingir que no había recibido ningún correo electrónico.

—Buenos días.

—Hola, cariño. Estoy agotado. Ya tengo ganas de volver a casa contigo y con el niño.

Marta respiro hondo. Quería llenarse de fuerzas para aguantar.

—Claro.

Al fondo, alcanzaba a oír al jefe de campaña hablando por otro teléfono.

—Te tengo que dejar. Tengo trabajo, amor —dijo de pronto Marc—. Te quiero.

Marta rompió a llorar otra vez. No podía soportar más humillación sobre sus espaldas, se sentía traicionada y rechazada. Dolida por el desamor del único hombre al que había amado en toda una vida que ahora le parecía lamentable.

En el hotel, el teléfono del jefe de campaña estaba ardiendo. No paraba de recibir llamadas de la prensa: una escena del vídeo circulaba ya por las principales redacciones del país. Los periodistas estaban alucinando y el estallido era inminente. Marc acababa de enterarse, tras colgar con su mujer. Para completar, Irina Paulova, la número dos de la lista, había desaparecido.

El jefe de campaña ya había atado cabos. Prefirió guardarse su propia espalda y no le comentó nada a nadie. Tenía muy presente la cercanía entre Marc y su recién llegada número 2. La complicidad entre ambos no era normal. Ahora lo entendía todo, incluida la fuga a toda velocidad en la motocicleta... Observó de reojo a Marc. Parecía destrozado por la ausencia de su amante. No había parado de llamarla. Al parecer, ella ignoraba sus llamadas.

Sin embargo, ese ya no era asunto suyo. Aquello se le escapaba de las manos. Ciertamente, no hacía parte de su trabajo como jefe de campaña. Sí, había visto a Irina huir con otra persona a bordo de una moto... Sin embargo, nadie más tenía por qué enterarse.

Tras una improvisada reunión de crisis en el equipo, acordaron optar por el silencio. Ni desmentir ni confirmar. No decir ni una palabra. Suspender apariciones públicas y al cabo de unos días retomar la campaña como si nada hubiera pasado, obviando cualquier pregunta venenosa sobre el tema.

Sin embargo, la mente de Marc no paraba de pensar.

—No podemos rendirnos ahora —decía exasperado—. Esto es un montaje de la competencia, lo sé, lo presiento...

—Investigaremos de dónde ha salido esa información... —El jefe de campaña ya no pudo contenerse—: ¡pero por Dios, Marc! ¿En qué demonios estabas pensando, tío? Eres un personaje público y estás felizmente casado... Bueno, tal vez no tan felizmente como creíamos... Vamos a perder votos con esto, muchos votos, ¡hasta puede que perdamos las putas elecciones!

Marc ya había dejado de oírlo. «Felizmente casado...». No pudo evitar pensar en su mujer y volvió a llamarla *ipso facto*. El teléfono timbró una y otra vez. Intentó con el fijo de casa. Tampoco nadie respondía. «Joder, joder, joder, coge el teléfono, por favor», rezaba mentalmente Marc. Al parecer, su mujer había optado también por el silencio.

En Barcelona, entre tanto, Marta había salido a la calle sin saber a dónde ir. Estaba subiendo al metro cuando sonó la llamada de Marc. De todos modos, no pensaba cogerlo. En el vagón, la gente ya estaba comentando el vídeo colgado en las redes sociales. En menos de una hora, la noticia se había convertido en un tsunami mediático que inundaba todos los canales. En plena

campana electoral, las imágenes del candidato Marc Llach sometiéndose en un juego sexual con una desconocida misteriosa estaban rompiendo todos los índices de audiencia.

Por suerte para Marta, nadie en el metro la había identificado como la infeliz mujer del candidato. Era conocida en el ambiente político, en los círculos empresariales, donde ella misma se había ocupado de marcar su terreno. Sin embargo, el común de la gente no sabía ni quién era. Podía moverse libremente por la ciudad, anónima, clandestina. Escuchaba los comentarios de sus compañeros de vagón mientras el metro avanzaba por los túneles de la ciudad. Por momentos, su vida entera le parecía una película en blanco y negro sin fin.

Para cuando consiguió reaccionar, estaban pasando por el puerto de Barcelona. Decidió bajarse y dar un paseo, sin saber que paseaba justo por el lugar donde Pol le había pedido a Ingrid que eliminara a su marido. La brisa invernal del mar le acariciaba la cara. Siempre le había ayudado a reflexionar, sobre todo en los momentos difíciles. Cuando llegó al final del paseo, todavía no había tomado una decisión. Sin embargo, tenía algo muy claro: no permitiría que le pasara algo así otra vez.

6

Lea acostumbraba a celebrar sus cenas más exclusivas en el hotel que servía de fachada al CII. A sus clientes les encantaban y ella se divertía mirándolos: muy pocos sabían que los demás invitados eran también clientes de la agencia y que cada uno de ellos había contratado en algún momento sus servicios. Para esa noche, había mandado decorar al estilo romántico el salón de baile. Con sus espejos barrocos de pan de oro y los tapices venecianos en tonos carmesí, los grandes floreros y las velas, parecía un lugar de ensueño.

Los invitados a la velada no pasaban de una selecta docena. Entre ellos había un hombre de unos cincuenta años, alto, canoso y con cuidada barba blanca. Vestía un elegante smoking negro, como exigía la etiqueta, y le sonreía afablemente a Lea mientras paladeaba una copa de vino blanco. Era el señor Sainz de Reyes, el cliente que le había encargado el caso a Piero. Piero aprovechó que estaba solo para hablar con él.

—Es una mujer fantástica, ¿verdad? —le dijo al verlo mirando a su jefa.

—No le voy a negar lo evidente, Piero —asintió Sainz de Reyes—. No se encuentran mujeres como ella a menudo.

Lea se excusó con otras personas y se acercó también.

—Buenas noches, señor Sainz de Reyes, muchas gracias por aceptar mi invitación de esta noche.

—Estaba deseando conocerla —dijo Sainz de Reyes, mirándola fijamente—. Y enterarme de cómo avanza la investigación, Piero me ha comentado que su equipo está haciendo un trabajo excelente, pero prefiero que me lo cuente usted misma.

—Yo también quería contárselo en persona —dijo ella sosteniéndole la mirada—. Su encargo es uno de los más interesantes que hemos tenido en los últimos dos años.

Con un gesto elegante, cogió del brazo a Sainz de Reyes y lo llevó a una esquina del salón. Piero fue con ellos.

—Como ya sabe, nos hemos encargado de César Rivelles. Su hijo Pol Rivelles ha perdido mucha influencia, aunque todavía tiene algún margen de maniobra. A Marc Llach le hemos confeccionado un pequeño vídeo viral, que espero le haya resultado entretenido —Lea le guiñó un ojo y Sainz de Reyes lanzó una carcajada—. Creo que estará fuera de combate un tiempo muy largo. Y he dado libertad a mi agente para que haga lo que considere pertinente.

—Ha hecho usted un trabajo fantástico —confirmó Sainz de Reyes impresionado.

—Y lo vamos a terminar. El plan es que el partido de los Rivelles quede destruido por dentro y desaparezca en unos meses, tal y como nos ha pedido. —Lea hizo una pausa y se puso un poco más seria—. Sin embargo, aún me falta hacer algunos trámites. Necesito investigar ciertos movimientos bancarios que pueden comprometer a Pol y a uno de sus colaboradores en un asunto muy turbio. Como mínimo irán a prisión. ¿Usted podría facilitarme una petición administrativa oficial para realizar esa investigación de manera legal?

Piero disimuló la sorpresa. Sabía que Lea podía arreglárselas perfectamente para conseguir sola esa petición.

—Por supuesto —contestó Sainz de Reyes—. Déjeme que hable con mi secretaria mañana. Haremos los trámites necesarios para que pueda proceder de manera legal. —Volvió a mirarla de hito en hito—. Me gusta mucho su manera de trabajar. Y también la discreción con la que consigue los objetivos. Nunca pensé que César Rivelles pudiera suicidarse.

—Es mérito de mis agentes, no mío, créame. —Lea pensó orgullosa en Irina. Y enseguida cambio de tema—: ¿Cenamos?

Los camareros habían entrado en la Sala de Baile y los comensales iban ocupando sus asientos. Piero aprovechó para susurrarle en voz baja a Lea:

—Le has pedido ayuda para que se sienta importante, ¿verdad?

Lea le sonrió tenaz. Y se embarcó en el discurso de bienvenida. De vez en cuando respondía con discreción a las seductoras miradas de Sainz de Reyes.



Marcos Arias y Miriam Serra estaban en Venecia. Eran dos reputados ciberdetectives y además viejos amigos de Lea, que los conocía desde la época en que habían sido instructores en su centro de Belfast, hacía más de una década. Por lo que sabía Lea, habían venido a la ciudad para participar en una reunión secreta del G8 sobre cibercriminalidad. Ella los había invitado a visitarla para pedirles un favor y disfrutar de su compañía.

Los esperó tocando el piano, como siempre que estaba relajada. Esa tarde había elegido una pieza de Chopin, uno de sus compositores preferidos. Miriam y Marcos entraron sin pedir permiso en la gran sala. Lea se levantó y le dio un abrazo a Marcos y dos besos a Miriam.

—Me alegro mucho de veros. Y Pascual, ¿cómo está?

Pascual, el hijo de la pareja, estudiaba en un internado en Suiza. Sin embargo, Lea lo había cuidado muchas veces cuando era más pequeño. Aprovechaba para vivir con él su lado más maternal, dado que no había tenido hijos por las exigencias de su carrera. También la impresionaba la habilidad del niño para montar y desmontar un arma, aunque fueran armas de juguete. Era incluso más rápido que algunos agentes en prácticas del CII.

—Como siempre, te manda muchos recuerdos —dijo Miriam—. Ya sabes que eres su tía preferida.

Lea los invitó a sentarse. Miró sonriente a sus amigos. Miriam seguía igual de guapa que siempre: con su pelo rubio, su estatura y su cuerpo atlético, parecía más alemana o sueca que española. También Marcos estaba en plena forma. Nadie diría que era un forense informático veterano, que había recibido ya la Medalla de Honor de la Policía Nacional de España.

—Ya me he enterado de que mañana tenéis una reunión muy importante en la ciudad —les dijo Lea—. He visto a alguien aquí en estos días relacionado con el G8, pero no sé si irá a la misma reunión.

Por su eficiencia, Miriam y Marcos se habían ganado la confianza de varios mandatarios internacionales. De hecho, uno de los miembros del G8 había exigido su presencia en la reunión del día siguiente.

—No nos han dado ningún avance sobre el contenido de la reunión —comentó Marcos, siempre diplomático.

—Si nos han llamado será algún caso difícil —soltó Miriam, que siempre lo aterriza dulcemente en la realidad.

Pasaron al comedor, donde el mayordomo tenía preparado un pequeño piccolabis y les sirvió unas copas. Brindaron por el reencuentro.

—Por cierto, Lea —dijo de pronto Marcos—. Me he enterado de que tienes a una chica en misión en Barcelona, en plena campaña política.

Lea lo miró y decidió ignorar decididamente la pregunta implícita.

—Yo tengo un pequeño tema que comentaros. Uno de mis agentes ha encontrado una documentación interesante y necesito confirmarla a nivel informático. Lo haría yo misma, pero prefiero confiaros el trabajo. Acabareis antes que yo, sin duda.

—¿No quieres saber cómo me he enterado? —insistió Marcos, sorprendido a su vez por la petición de Lea.

—No, en absoluto. Si sabes algo al respecto, es porque alguien que está al tanto ha confiado en ti y te lo ha contado. Y ese alguien solo puede haber sido mi cliente.

—En Belfast comentan que una mujer misteriosa ha liado a un político en un gran escándalo sexual. Con un vídeo viral o no sé qué. El rumor es que es obra de una exalumna de nuestra unidad formativa. Por eso pensamos que estarías informada. El tema parece digno de estudio.

—Ja, ja, ja... —A Lea la divertían ese tipo de rumores—. Como si en Belfast aún no supieran lo buenos que pueden llegar a ser nuestros exalumnos, sobre todo, con un poco de experiencia laboral... ¿En serio se dedican a hablar de esos temas?

—Nosotros damos por hecho que es tu protegida, aquella agente rusa tan tenaz —arremetió Marcos—. Sabemos muy bien de lo que es capaz.

—En ese caso no hace falta que yo os dé más datos, ¿verdad?

Lea no pudo reprimir cierta mirada de desafío, aunque recordó enseguida que estaban en confianza, entre amigos, y relajó la mirada. Por lo demás, no estaba nada segura de que Marcos y Miriam supieran hasta dónde era capaz de llegar Irina.

—Por supuesto que no —dijo Miriam con su característica rapidez—. Más bien cuéntame que me tienes en ascuas, ¿cómo podemos ayudarte como investigadores?

—Quiero que rastreis un dinero que se otorgó en una subvención pública. Tengo la petición oficial para que no haya problemas, pero debemos ser más cautelosos que nunca con la información, porque hay altos cargos involucrados en ciertas irregularidades. ¿Podréis hacerlo?

—Déjanos primero mirar la documentación. Si hay movimientos financieros informáticos podríamos colaborar con Sergei, ¿no, Miriam? —Marcos le guiño un ojo discretamente a su pareja—. Mientras tanto, ¿por qué no tocas algo al piano para nosotros, Lea?

—¿Algo de John Barry, por ejemplo? —sugirió Lea—. ¿*James Bond*?

Todos rieron al unísono.

—Venga, vamos —la animó Marcos.



Irina estaba dejando pasar un tiempo prudencial. Ansiaba verse de nuevo con Marc y acabar el trabajo. No veía la hora. En sus fantasías, lo hacía temblar y llorar suplicando por su vida, con el miedo palpitándole en las venas... Justo entonces, le concedería la lenta y dulce muerte que se merecía. No podía evitar excitarse cada vez que le daba *play* al vídeo viral. Realmente no iba a privarse del capricho de matarlo.

Entre tanto, en la campaña de Marc estaban desesperados. Los días pasaban y la noticia no desaparecía de los medios. La estrategia de silencio no había tenido el efecto buscado. De hecho, gracias a los buenos oficios del CII, el vídeo se había viralizado hasta el punto de traspasar las fronteras y convertirse en un fenómeno internacional. Era como si alguien estuviera multiplicándolo sin descanso por el ciberespacio, para que todo el mundo se enterara de que el candidato ideal era un cabrón que le ponía los cuernos a su esposa.

La mujer misteriosa, por lo demás, seguía siendo un enigma. Muchos medios de comunicación habían intentado localizarla, para tentarla con millones de euros por aparecer en televisión. Sin embargo, Irina no solo era irreconocible en el vídeo: no había dejado ni el menor rastro. Si alguien lograba encontrarla, y ya eso era dudoso, la oficina de Lea se encargaría de que la volvieran a perder.

Finalmente, Marc le dio a su jefa de prensa la orden que ya muchos esperaban:

—Convoca a los medios. Dimíto.

Su subalterna se quedó sin palabras. La verdad, no era muy buena como jefa de prensa y Marc llevaba algún tiempo pensando en echarla. Sin embargo, la había contratado cuando ella aún estaba en prácticas universitarias y al principio se habían entendido bien. Le tenía un cariño inusual.

El jefe de campaña se quedó estupefacto: él también se quedaba sin trabajo. Hizo hasta lo imposible para que cambiara de opinión, pero finalmente comprendió que ya no había más remedio. Marc reunió luego al resto de su equipo y se disculpó con ellos por lo que iba a hacer. Salieron juntos a la rueda de prensa para apoyarlo. Solo faltaba Marta, su mujer: era la primera vez que no estaba allí a su lado.

En la gran sala de prensa, se apiñaban más de ochocientos periodistas acreditados de todo el mundo. Era el momento que Pol Rivelles aguardaba en la sombra: la dimisión de Marc Llach.

—Buenos días —empezó Marc con dificultad—. Dimíto. Lo siento mucho. No he estado a la altura de la confianza de los votantes.

Los periodistas empezaron a bombardearlo con preguntas. Marc no conseguía responderlas. Impotente, derrotado, no pudo contener las lágrimas. Le había fallado a su esposa, a sus amigos, a

su familia, al partido, a todos... y todo por vanidad, por un desliz de la lujuria.

El jefe de campaña se abrió paso hasta el estrado, lo abrazó y lo sacó de la sala para protegerlo de aquella última humillación pública. Había llegado el final de la vida política de Marc Llach.

En su casa, Marta miraba entre sollozos la transmisión de la rueda de prensa de su marido. Todos esos años de carrera, todos los sacrificios que también ella había hecho acababan de irse a la basura. Y todo por un polvo con una advenediza a la que no conocía nadie. ¿Quién era esa mujer? ¿Cómo se había colado en la cama de su marido? Recordó una vez más el vídeo. Vio otra vez en su mente las muecas de placer de Marc. No, nadie le había puesto una pistola en la sien para que se fuera a la cama con ella. Solo él tenía la culpa de todo lo que había sucedido.

Marta se puso de pie y apagó la televisión. No sería suficiente con la separación: le exigiría el divorcio a Marc. También pensaba averiguar quién era realmente aquella zorra que lo había hecho gemir de placer delante del mundo entero y había dinamitado su matrimonio. No pararía hasta averiguarlo. Y cuando lo averiguara se vengaría de ella, la dejaría públicamente como la puta que era.

Se limpió los mocos y llamó a Lola, su mejor amiga en el partido.

—Siento lo de tu marido. ¿Cómo estás?

—Necesito que nos veamos, Lola... —Dudó por un instante—. Por cierto, ¿todavía tienes acceso a las agendas de los cargos del partido?

—Sí, sí, por supuesto, controlamos todas las apariciones públicas y reuniones desde aquí.

—¿Tú podrías...?

—¿Quieres las reuniones de Marc?

—Sí. Si puedes traérmela sin generar ninguna sospecha...

—Tranquila, te lo imprimo y nadie se entera

—Gracias. Nos vemos luego entonces. A las siete, en la terraza del hotel de Paseo de Gracia. En el de siempre.

—De acuerdo... y escucha... no te preocupes demasiado por este escándalo. Con el tiempo la gente olvida y vosotros siempre habéis sido la pareja perfecta.

Marta se despidió y desconectó el móvil. Se quedó pensando en lo que había dicho Lola. «La pareja perfecta, pareja perfecta, pareja perfecta...». Las palabras resonaban una y otra vez en su cabeza. De pronto, le vino a la cabeza un dicho de su abuela sobre las mujeres que presumían de su matrimonio: «Dime de qué presumes y te diré de qué careces. La pareja perfecta... Dime de qué presumes... Perfecta... De qué presumes... Y te diré de qué careces». Parecía que tenía un martillo taladrándole la mente.



La terraza del hotel ofrecía una vista maravillosa del atardecer sobre la Ciudad Condal. Marta, la ya exmujer de Marc Llach, había pedido un Martini y esperaba a Lola dándole sorbos.

Lola era una mujer muy guapa, morena, de pelo oscuro y largo, ojos negros penetrantes. Tenía raíces andaluzas, aunque no se le notaban en el acento, y a menudo solía ir al sur de España a visitar a su familia. Hizo su entrada en la terraza vestida con un abrigo negro minimalista y un vestido verde de lana. Las botas negras planas favorecían su estilo de vanguardia urbanita.

Desde hacía años, Lola trabajaba como secretaria personal de Pol Rivelles. Se había ganado el respeto de todos los miembros del partido, y también la simpatía y la confianza de muchos. A menudo, sentía una mezcla de empatía y compasión por las mujeres de aquellos hombres que gobernaban el país. Aunque sus maridos llevaban a casa sueldos desorbitados, muchos las utilizaban como meras tapaderas. Simulaban matrimonios idílicos, cuando en realidad estaban enamorados del poder y de sus cargos. Lola los conocía demasiado como para no saber cómo eran.

Sonrió al ver a Marta en la mesa, abstraída en su copa delante del atardecer. Marta reparó en ella y le correspondió la sonrisa. Tenía puestas unas grandes gafas de sol para disimular los ojos hinchados de llorar. Sobre la mesa reposaba medio vacío su segundo Martini.

—¿Te importa si me pido otro mientras hablamos?

—Claro que no, cariño, te harán bien. Pídemelo a mí, el día en la oficina ha sido duro y así me relajo también un poco.

Marta pidió los dos Martinis muy fríos al camarero.

—Y bien... ¿me has traído la agenda? Quiero saber todos sus movimientos pero sin que nadie más sepa que los sé.

—No te preocupes, te lo he traído todo, impreso y en digital. Aunque ha dimitido esta mañana, yo aún tengo todo lo que tenía previsto hacer... Y también con quién se ha visto en los últimos cuatro años: reuniones, fechas, teléfonos de los asistentes, nombres y apellidos, cargos, empresas, secretarías... Si quieres información adicional solo tienes que decírmelo.

—Lola... muchas gracias... pero ¿por qué me ayudas?

—Somos mujeres ¿no? Las mujeres tenemos que ayudarnos. Y mucho más en política, con este cuadro de machistas gobernando. Tú podrías estar en un puesto de responsabilidad, ejecutando proyectos interesantes. En cambio, aquí estás llorando por tu marido, por el que lo has sacrificado todo... ¿te crees que la gente no sabe que eres mucho más válida que él? Revisa tu currículum, cariño... ¡Por favor!, ¡si te has hecho dos másteres en las universidades más prestigiosas de España! ¡Y ya eras asesora antes de acabar la carrera!

—Pues tú también tienes muy buen currículum —respondió Marta—, y aquí estás también, de secretaria de uno de esos mismos machistas...

Cuando se habían conocido, Lola acababa de volver de Washington, donde había hecho una especialización en Comunicación Política. Su tutor era uno de los mejores expertos en el área en Norteamérica.

—Efectivamente. Ahora, que ellos te llaman secretaria pero esperan que hagas milagros. No es solo contestarles el teléfono, llevarles la agenda y rectificar sus errores... —Lola empezó a reírse y de golpe dijo—: ¡también tienes que saber hacerles el café!

Ambas se rieron a carcajadas.

—No, ahora en serio —prosiguió Lola—. Entiendo cómo te sientes, por eso te digo: llámame para lo que necesites. Tu marido se ha portado como un hijo de puta. Te ha utilizado para subir él y luego te ha puesto los cuernos con la primera que le ha entrado por la vista.

—¿Sabes quién ha podido ser? —le preguntó Marta ajustándose las gafas mientras repasaba la versión impresa de la agenda de Marc—. ¿Has visto algo que te hiciera sospechar?

—¿Sospechar? En ese despacho se ven cosas raras a diario...Pero sí que es verdad...Por ejemplo, te habrás fijado en esa chica rusa que ahora se ha esfumado...

—¡La tal Irina Paulova!

—¡Sí! ¿De dónde ha salido? Yo nunca la había visto militar en ningún grupo local, y de pronto, así de golpe, aparece al lado de tu marido en las listas. En el despacho nadie la conoce y a mí me llegó que venía recomendada de muy, muy, muy arriba...

Lola se detuvo en una página de la agenda.

—Mira. Aquí tengo que mi marido se vio con ella en múltiples ocasiones: reunión de campaña, reunión de campaña, comida de campaña, cena de militancia, cena con presidencia... ¿Esa Paulova ha llegado a cenar con presidencia? Eso no lo hace nadie en el partido, a no ser que seas un alto cargo o un donante con mucho dinero... ¡o que le intereses al presidente por tus contactos! ¿Sabes si es propietaria de alguna empresa? ¿Su familia? ¿Quién la recomendó? ¿Quién es esa tía, joder? Y por qué solo apareció ahora durante la campaña final...

—En las campañas normalmente aparecen las aves de rapiña. Gente que está buscando un puesto cuando el partido gane las elecciones. Son como buitres sobrevolando el desierto, solo bajan a tierra cuando pueden robarles la comida a otros animales. Luego, si ven que no van a conseguir nada, vuelven a desaparecer... —Lola le dio un trago a su Martini—. Por ejemplo, el jefe de campaña de Marc: nunca fue un militante activo, y sin embargo, apareció como de la nada. Logró acercarse a tu marido y ahí lo tienes: jefe de campaña. De paso le dio la patada a mucha gente que llevaba años militando.

—Sí. Me llegaron los rumores. Pero él se mostraba tan leal a mi marido cuando nos veíamos, incluso leal a mí, realmente pensé que era un amigo sincero y verdadero...

—De verdadero nada, cariño. ¿Y sincero? —Lola se echó a reír—. La política es la profesión de los hipócritas. —Se volvió luego hacia las vistas maravillosas de los tejados—. Hace una tarde maravillosa, ¿no crees?



Irina no podía dejar de pensar en Marc Llach. En su habitación del CII en Venecia, seguía revisando una y otra vez el video viral en el que lo sometía en la cama. Media humanidad había visto ya aquel video. Sin embargo, no verían la mejor parte. La humillación pública, el dolor de perder la presidencia justo cuando estaba a punto de alcanzarla... Todo eso estaba muy bien. Pero Irina aún tenía que hacer justicia. Y pensaba disfrutarlo.

Su intención era que Marc Llach sufriera todo lo posible. Que se sintiera como seguramente se había sentido su mujer, Marta, en más de una ocasión. Por ejemplo, la ocasión en la que él había decidido dejarla tirada y marcharse con la propia Irina en el coche oficial. O la ocasión en la que Marta se había despertado con el video viral. O quién sabe cuántas ocasiones en las que habría cerrado los ojos cuando él se iba de putas.

Por supuesto, cumpliría a la perfección con la misión que le había encargado Lea. Pero además pensaba humillarlo, degradarlo, hacerle pagar por todo el dolor que él le había causado a los

demás, incluidas las personas que más lo querían, durante su miserable carrera de político mediocre.

Solo por eso lo había dejado vivo. Porque para un personaje como él, no podía haber peor tortura que perderlo todo y hacer el ridículo delante de todo el mundo. Pero tampoco ese castigo era suficiente. Después de analizarlo en profundidad, Irina había identificado el rasgo de carácter que hacía que Marc Llach le resultara aborrecible, despreciable. Lo había pasado por alto en medio de la vorágine del video y la huida inminente, pero era un defecto muy común en los hombres como él: la cobardía.

Cobardía para dar la cara. Cobardía para hablar con su mujer y decirle que ya no la quería. Cobardía para afrontar temporales y combatir adversidades. Cobardía para salir vencedor. Cobardía para salir adelante por sí solo. Marc carecía por completo de esa valentía que diferenciaba a los hombres que Irina odiaba de los hombres que Irina solía adorar. Nunca la había seducido con su presencia. Por el contrario, era el tipo de hombre del que las mujeres como ella huían horrorizadas: un cobarde. Eso era lo que distinguía a la gente que merecía seguir viviendo de la que no. La suerte de Marc estaba echada.

Tras la publicación del video, sabía Irina, la cobardía empujaría a Marc a refugiarse en algún lugar que conociera bien. Se escondería en algún sitio donde se sintiera protegido, donde no tuviera que dar la cara, donde pudiera llorar como un niño sin afrontar la situación. Según los análisis de conducta que había estudiado en el CII Belfast, un cobarde irredento como él podía caer luego en una depresión fulminante con alto riesgo de suicidio.

«Es tan cobarde que no será capaz», pensó Irina. No obstante, la psicología también deparaba sorpresas. No podía descartar que lo intentara. Irina no pensaba darle ese gusto. Quería ser ella misma quien lo mandara a ese infierno del que pretendía escaparse, aunque con eso lo librara de su pesarosa existencia.

Revisó la información de la que ella e Ingrid habían dispuesto al inicio del caso. Las carpetas incluían información sobre el partido y sus militantes y, en el caso de Marc, un alto cargo con visibilidad pública y escaño en el parlamento, también información de todos sus movimientos: dónde vivía, con quién cenaba, a qué actos benéficos asistía para recaudar votos, qué prostitutas de lujo frecuentaba... También figuraban sus misas de los domingos en Vic con la familia. Después de la misa comía en la casa familiar con sus hermanos y su mujer y, a última hora, todos los domingos, bajaba de vuelta a su casa en Barcelona, para encarar de nuevo la semana.

«Visita a la residencia paterna ubicada en el centro de Vic los domingos, donde durante las mañanas asisten a la Catedral de Vic a la misa matinal», volvió a leer Irina. De inmediato, tuvo un presentimiento. Marc no podía haberse escondido en una casa de putas, porque una de ellas habría vendido ya la historia y la noticia estaría en todos los medios. Aparte, por muy putero que fuera, un burdel tampoco era un lugar muy seguro.

Estaba en Vic. En la «residencia paterna». No había mejor guarida para un cobarde. Se había ido corriendo a la casa de sus padres, como un niño pequeño, a meterse debajo de la cama para que no lo regañaran, como si hubiera cometido una travesura. La travesura en concreto no iba a

saldarse apenas con una bronca con su madre. Sin embargo, él correría igualmente a esconderse tras sus faldas.

Irina ya no tenía ninguna duda. Ahora sólo quedaba descubrir si Llach estaba solo o acompañado. Averiguar si alguien más vivía en la casa entre semana o si era únicamente un punto de encuentro familiar para el fin de semana. Cogería de nuevo un avión de vuelta a Barcelona y pasaría la noche en el piso que Ingrid y ella aún tenían a su disposición en la ciudad. Por la mañana subiría en la moto a Vic y le echaría un vistazo al domicilio de Marc Llach.

Le mandó un mensaje a Lea, avisándole que regresaba a Cataluña. Hasta donde sabía, Ingrid estaba también allí: su jefa le había ordenado que volviera a Barcelona y asistiera a unas cuantas reuniones más para no despertar sospechas. Y también para estar al tanto de los movimientos dentro del partido hasta el último momento.

Cogió el ordenador y le envió un *email* encriptado a Ingrid, avisándole que necesitaba la moto al día siguiente. Como tenía una copia de las llaves, le pidió que se la dejara aparcada en la terminal internacional del aeropuerto. Ingrid le contestó enseguida y le recordó que fuera con cuidado en los espacios públicos, sobre todo en el centro de la ciudad. También debía evitar los lugares donde pudiera encontrarse con gente del partido, como las cafeterías cercanas a la sede o los restaurantes donde los militantes acostumbraban a ir. Irina lo sabía perfectamente, pero le agradeció el recordatorio de todos modos.

Empacó una pequeña mochila, se puso ropa cómoda y salió rumbo al aeropuerto. Le gustaba viajar ligera de equipaje. Además, tendría que transportar a bordo de la moto todo lo que llevara consigo. Al aterrizar en Barcelona, se dirigió a las coordenadas que le había enviado Ingrid por el móvil. Llegó en un minuto. Preparo la gran moto negra, se puso el casco negro, se ató bien el anorak también negro y puso rumbo a Vic, ya que aún no había anochecido. Tenía la certeza que no se equivocaba en su análisis: Marc era un tipo tan fácil como previsible, seguro que estaría en la casa familiar.



Marc estaba recluido en su guarida. No se atrevía a salir a la calle. No soportaba las miradas de la gente. La ansiedad le invadía el corazón y le impedía respirar con normalidad. Su propio cuerpo estaba pidiéndole morir lo antes posible, acabar de una vez con su maldita vida y todo aquel sufrimiento innecesario que se dilataba cada vez más...

Tras la ventana, la ciudad de Vic parecía la misma de siempre. Pero Marc sabía que ya no era así. Él ya no era el candidato ideal, admirado y querido por todos sus ciudadanos. El sueño de toda su carrera se había evaporado. «Tengo que ser valiente», se repetía. Pero, tenía que reconocerlo, no había sido valiente nunca. Abrió la ventana, sin pensarlo, en un arrebato de valentía. Llevaba encerrado demasiados días. Necesitaba un poco de aire. Aire libre. Aire de la calle.

Un soplo de viento le acarició la cara y asomó la cabeza a la ventana en busca de más. Cómo añoraba esa sensación de libertad, que había perdido en medio de sus miedos y lamentaciones... Bajo la ventana, la gente pasaba por la acera de su casa como si nada hubiera cambiado y todo fuera igual que hacía unos meses, cuando él todavía tenía posibilidades de convertirse en el presidente de aquel país que ahora lo repudiaba. Todo parecía exactamente igual.

En la esquina había aparcada una moto negra de alta cilindrada. No recordaba haberla visto en el barrio, pero tampoco le dio demasiada importancia. Su calle era la típica calle del centro donde todo el mundo dejaba el coche o la moto mientras iba a hacer un recado. «Rotación de coches alta». Aún recordaba los informes de tráfico de cuando trabajaba en el Grupo Municipal y soñaba todavía con tener todo aquello que más tarde casi había ganado, antes de perderlo de un día para otro.

Irina se había bajado de la moto de un salto al ver abrirse la ventana. Estaba escondida bajo la cornisa de un balcón, apenas a tres casas de la casa de Marc. No le interesaba que la reconociera, al menos de momento. Tenía que permanecer fuera de su campo de visión.

Marc dejó la ventana abierta y se sentó en una gran butaca. Era la misma donde solía sentarse su abuelo cuando él era pequeño. Arrellanado contra el respaldo, podía seguir sintiendo la corriente de aire fresco, escuchando los sonidos de la ciudad. Por instantes, incluso lograba huir de aquellos pensamientos obsesivos que siempre acababan en Irina. Cuando se dejaba arrastrar por aquel bucle vicioso, llegaba a pensar en quitarse de en medio. La muerte, sí, tal vez la muerte fuera la única vía de escape... No valía la pena seguir viviendo, a sabiendas de que Irina nunca iba a volver.



Irina llevaba dos días haciendo seguimiento. Mantenía las distancias, midiendo la espera. En esos dos días, nadie había salido ni entrado de la casa donde Marc se ocultaba de su antigua vida. Ningún familiar, tampoco ningún amigo. Ni siquiera había venido un repartidor a traer la compra telefónica o algún pedido *online*.

¿Que estaría haciendo Marc tanto tiempo ahí metido sin hablar con nadie? En cuarenta y ocho horas, Irina apenas se había alejado del portal para ir a dormir o a malcomer rápidamente en los bares cercanos. Le parecía triste, pero ese era Marc: una persona triste, sin valentía alguna, incapaz de superar las adversidades más estúpidas. Porque su vida misma era igual de estúpida. Lamentable, banal, había pasado años y años escamoteándose tras el trabajo de sus técnicos brillantes: esa era la fachada de aquel hombre que había soñado con ganar las elecciones y ser jefe del gobierno.

Decidió esperar un rato más. Asaltaría el nuevo hogar de Marc de madrugada. Tenía previsto forzar la puerta de entrada y colarse dentro. Había dormido un poco después de la cena, en el motel barato que había localizado para hacer breves siestas y aguantar así las largas noches de espera.

Cuando llegó la hora, se precipitó sobre el portal. Estaba a punto de entrar cuando, de repente, la puerta se abrió. Irina volvió atrás corriendo: no quería que él supiera que estaba allí, al menos por ahora.

Marc dejó la puerta entreabierta y salió con una bolsa de la basura en la mano. Caminó en la dirección contraria para tirarla en un contenedor. Era todo un golpe de suerte: Irina ya no tendría que forzar sin ruido la cerradura. Aprovechó el momento y corrió a meterse en la casa antes de que él se diera cuenta. Marc tiró la bolsa en el contenedor de basura, sin enterarse de lo que pasaba a sus espaldas. La mujer con la que había estado obsesionado en las últimas semanas

estaba ahora en su casa, aguardando el momento para lanzarse sobre él. Y él pensaba apenas que ya se había ocupado de la basura.

Volvió a entrar en la casa y se limpió los pies sin percibir que alguien más había pisado la alfombra. Cerró la puerta, todavía sin darse cuenta de que, cerca, muy cerca, había alguien espíándolo. No tenía modo de saber que ya no estaba solo en esa casa donde había pasado tantos domingos agradables en familia, que en otra época siempre estaba llena de alegría y movimiento. Ahora le parecía fría y oscura. Un lugar solitario y deprimente, que ya había dejado de ser su hogar.

La casa tenía largos pasillos y habitaciones de techos altos, ciertos aires del modernismo catalán. La gran sala del comedor estaba dividida en dos zonas por un gran fuego a tierra, la sala de estar y el comedor, detrás había un huerto privado que hacía las veces de jardín. Hasta el comedor, era un poco penumbrosa, pero una vez allí un gran ventanal deparaba una luz impresionante. En el jardín había árboles frutales, tomateras y pimenteros bajos a la sombra de higueras y limoneros. Unos pocos pinos perdidos completaban el paraje, que hacía sentir al visitante en plena naturaleza, aunque estaba en el centro de Vic. Marc se había criado correteando en ese jardín, jugando con sus primos al escondite inglés.

Como si aún estuviera jugando al escondite, Marc avanzó a tientas por el pasillo, todavía sin percatarse de que no estaba solo, de que en la penumbra de su vieja casa había alguien más.

Cuando el amanecer despuntó tras el ventanal del comedor, se quedó paralizado, como incapaz de reaccionar ante tanta belleza. Se sentó frente a la luz en el sofá, dispuesto frente al ventanal y de espaldas al pasillo, y contempló el nuevo día que nacía ante sus ojos, irradiando la oscuridad de los rincones.

Irina se había ocultado en uno de los dormitorios laterales. Salió al pasillo y esperó paciente en la penumbra. Estaba atenta a cualquier movimiento, porque desconocía la estructura de la casa, y aunque sabía que Marc estaba a solas en la casa, no dejaba de desconfiar.

Avanzó con pasos felinos y cautelosos. Vio a Marc sentado frente al ventanal. No sabía si se había quedado dormido o simplemente estaba contemplando la luz radiante de la mañana. El pasillo había quedado ya atrás. La oscuridad ya no podía camuflarla. Justo en ese instante, Marc se levantó del sofá, enfiló rumbo a la cocina y al girarse, se encontró de frente con ella.

Irina reaccionó con un rápido movimiento de ataque, a pesar del cansancio que arrastraba de los últimos días. Se lanzó sobre él antes de que Marc saliera de su sorpresa, prácticamente en décimas de segundo. Él intentó defenderse, sin acabar de creer que la mujer que lo atacaba fuera su amada Irina, la misma con la que se había acostado días atrás, con la que había hecho su campaña política: al parecer, su amante poseía además asombrosas capacidades en la lucha cuerpo a cuerpo.

Irina le asestó varios golpes certeros, sin margen de error. Tras una lucha breve e intensa, Marc se derrumbó en el suelo. Como una broma macabra del destino, nuevamente estaba a merced de su adorada Irina Paulova.

—Puto cobarde, no sabes ni pelear como un hombre —le soltó Irina furiosa, con su contundente acento ruso.

Arrastró el cuerpo de Marc, que se había desvanecido por los golpes, hasta la silla que había elegido en su recorrido por la casa: era una silla de madera, tiesa y estrecha, ideal para jugar con él. Quería asegurarse de que estuviera lo suficientemente incómodo cuando ella empezara a interrogarlo.

Mientras Marc despertaba, lo sentó y le colocó los brazos tras el respaldo. Sacó de la mochila las bridas de plástico y lo esposó para que no pudiera moverse, le ató también los tobillos a las patas. Quería que empezara a padecer desde el momento en que abriera los ojos. No tardaría en dar su brazo a torcer una vez que se viera completamente maniatado.

Marc tardó aún unos minutos en despertar. Cuando por fin abrió los ojos, lo primero que sintió fue un dolor insoportable en la espalda y unas ganas incontrolables de orinar. Intentó revolverse en la silla, pero no podía. Tenía las manos inmovilizadas, las bridas le apretaban las muñecas y le provocaban un dolor igual de agudo en los brazos y en las manos. También las piernas le temblaban de dolor.

Irina lo había colocado de cara a la pared del comedor. Marc no alcanzaba a ver más que esa pared lisa, de un blanco monótono: parecía un reflejo irónico de la monótona vida que había vivido. En el silencio, recordó la lucha cuerpo a cuerpo que acababa de librar con Irina. Por un momento, a causa del dolor, casi la había olvidado... Pero no estaba solo. Irina seguía allí.

A su espalda, Irina se había tumbado en el sofá, aprovechando el desmayo para bajar la guardia tras aquellos dos días eternos de vigilancia. Al verlo despertar, puso fin al descanso, y se levantó con la misma disciplina de siempre: era hora de trabajar. De camino hacia el comedor, sacó su Makarov de la funda oculta en su pantorrilla y la depositó sobre la gran mesa de madera.

Entre tanto, Marc movía la cabeza a un lado y al otro, tratando de averiguar el origen de aquellos ruidos. Volvió a forcejear tratando de soltarse de la silla. Irina se le acercó por detrás y le susurró sigilosa al oído:

—Buenos días, señor presidente.

La voz sedosa, con el temible acento ruso, le provocó a Marc un escalofrío que recorrió su cuerpo de arriba a abajo. Sentía otra vez miedo y, al mismo tiempo, se sentía de nuevo irremediabilmente atraído por aquella mujer que no dejaba de causarle tanto dolor. Su cerebro segregaba adrenalina y oxitocina cada vez que oía aquella voz ferozmente femenina de la rusa.

No fue capaz de articular palabra, ni siquiera para responder al saludo irónico. En realidad, estaba aterrado. El terror le impedía pensar con claridad. Sabía que, si intentaba hablar, no iba a poder reprimir todas esas emociones encontradas: tampoco quería que Irina lo viera llorando a moco tendido, como una nenaza, a pesar de todo el mal que ella le había hecho. La atracción que sentía por aquella mujer era realmente mortal.

—¿No te alegras de verme? —insistió Irina, y repitió con tono irónico—, pero presidente...

Marc seguía con los sentidos bloqueados por la angustia de lo que podía pasar. Sólo acertó a susurrar un *Pater Nostrium qui es ad caelis...*, cerrando los ojos con todas sus fuerzas para hacer más intensas y urgentes sus plegarias. Irina estalló en una carcajada al ver que su presa no encontraba escapatoria, aparte de rezar:

—No seas ridículo, señor presidente. Rezar no te servirá de nada conmigo.

Irina cogió su Makarov y se le acercó de nuevo por la espalda. Asomó la cabeza sobre el hombro izquierdo de Marc y le rodeó con el brazo el hombro derecho. Le posó en la sien derecha el frío cañón metálico de la Makarov.

—Vamos a jugar un ratito, presidente —susurró con voz amenazante.

Marc ya no pudo retener más las lágrimas. Las sintió correr por sus mejillas, incontrolables, sin ningún tipo de pudor. Ahora también estaba temblando de miedo. Presentía que iba a morir de un momento a otro.

Irina había vuelto a susurrar:

—Yo te voy a hacer unas preguntas y si creo que me estás mintiendo... —presionó con más fuerza la pistola contra la sien de Marc—: ¡Baaaang! Empecemos entonces. ¿Cuánto dinero te has embolsado con la subvención de la consultoría, presidente? ¡Contesta!

Marc se quedó atónito ante la pregunta. ¿Cómo podía estar enterada Irina del asunto de la consultoría? Era *top secret* y nadie estaba al tanto, únicamente las personas involucradas en la operación. Mientras la cabeza le daba mil vueltas de un pensamiento a otro, había empezado a preguntarse: «¿Quién era Irina Paulova realmente? ¿Por qué tenía acceso a aquella información privilegiada, que se suponía que estaba archivada y olvidada por todos?». No sabía qué contestar. Finalmente, en un atisbo inédito de valentía, le respondió con la voz tenue y debilitada por la angustia:

—Nada.

Sin pensárselo dos veces, Irina le presionó la pistola contra la sien y apretó el gatillo de la Makarov, gritando al mismo tiempo:

—Baaaannnnngggg. Respuesta falsa, querido presidente.

Marc sintió el aletazo frío de la muerte revoloteando sobre él. Notó a la vez que un líquido caliente le escurría de la entrepierna y le recorría los pantalones hacia abajo, dejando un charco de orines en el suelo. Con el terror del momento, se había meado encima, proclamando nuevamente su cobardía. Al terror se le añadía ahora la humillación que Irina le estaba haciendo sentir.

Entre tanto, Irina se había echado a reír. Había apretado el gatillo solamente para jugar con Marc, porque no había bala en la recámara. Sabía perfectamente que la sola presión del cañón en la sien y el chasquido del gatillo doblegarían su resistencia y lo hundirían un poco más. Sin darle tiempo a reponerse, volvió a apretarle la Makarov contra la sien de su víctima:

—Ahora contesta con la verdad o disparo. ¿Te ha quedado claro, presidente? —le ordenó con voz de mando militar.

Marc ya no podía aguantar más. Sentía la muerte tan cerca que un sudor frío empezó a empararle el cuerpo. Ya no soportaba el hedor de sus propios orines en la ropa, ese calor pegajoso que contrastaba con su propia piel yerta: un escalofrío lo recorrió de arriba abajo y lo dejó temblando. No, no veía ninguna señal de que hubiera luz al final del camino... Segundo a segundo, iba hundiéndose en la tristeza. Y también en el terror. El solo hecho de imaginar que no escaparía con vida lo empujaba a renunciar: ya no merecía la pena seguir luchando. Sintió que las pocas fuerzas

que le quedaban lo abandonaban y, sin pensarlo, dejó caer la cabeza, derrumbándose por completo en la silla.

—¡Cobarde de mierda! —gritó enfurecida Irina, al comprobar que había vuelto a desmayarse.

En ese preciso instante, oyó a su espalda el chasquido de la cerradura. Alguien estaba entrando en la casa. Echó una mirada veloz a su alrededor: en milésimas de segundo, debía decidir si se escondía o si se marchaba. ¿Quién estaría entrando por la puerta? ¿Cuántas personas serían? Decidió recoger rápido sus cosas y largarse.

Se enfundó la Makarov en la pierna y cogió la mochila y el anorak. Abrió la ventana, saltó al jardín y luego trepó por la pared y saltó al jardín de la casa de al lado. Había tenido suerte: no la había visto nadie. Con agilidad, fue abriéndose paso a través de los patios y los tejados y, cuando estuvo lo suficientemente lejos, trepó a una azotea, forzó una puerta y volvió a bajar por las escaleras del edificio hasta la calle. Se camufló entre la gente del barrio, como si fuera una ciudadana más.

Encontró la moto donde la había dejado, en la esquina de la casa de Marc. Desde la esquina, vio una ambulancia aparcando delante de la casa de Marc. En el portal, el hermano de Marc, José Luis, les metía prisa a los auxiliares de la ambulancia. «José Luis, cómo no», pensó Irina y recordó la información que había recabado sobre él: era el administrador en las empresas fraudulentas de Marc, ambos hermanos eran inseparables en los negocios sucios. Había sido una estupidez no prever que José Luis vendría de visita para paliar la soledad de su socio y hermano pequeño.

Arrancó la moto y pasó por delante de la ambulancia. La casa seguía con la puerta abierta. Por el pasillo, alcanzó a ver a los enfermeros poniendo a su víctima en una camilla: lo habían liberado. Sin embargo, ella no pensaba dejarlo escapar. Detuvo la moto algo más adelante para no levantar sospechas y esperó a que pasara la ambulancia. Estaba cansada de verdad. Necesitaba dormir, comer... Pero no pensaba dejar el trabajo a medias. Matar a Marc era más importante que cualquier otra necesidad vital.

La ambulancia pasó por delante de ella e Irina la siguió a cierta distancia para que no pudieran detectarla. Se saltó un par de semáforos en rojo y tuvo que esquivar coches y pasos de peatones. Sin perder su objetivo de vista, llegó hasta los servicios de urgencias del hospital. Vio cómo bajaban a Marc en la camilla. Un desmayo provocado por el stress. Estaba claro que no era más. Según los cálculos médicos de Irina, ya tendría que haber despertado. Había salido de la casa con demasiada prisa para comprobar sus constantes vitales.

Aparcó la moto en el *parking*, se quitó el anorak y lo guardó en el pequeño portaequipajes. Echó una mirada dentro de la mochila, sacó un pequeño frasco y dejó el resto de sus cosas guardadas junto al anorak. Se recogió el pelo en una cola de caballo y se puso la gorra negra que traía en el portaequipajes: no tenían intención de posar para las cámaras de seguridad. Sus neuronas, en esas situaciones, funcionaban a mil por hora. Y ella actuaba aún más rápido.

Entró decidida al hospital, cubriéndose la cara en todo momento. Una vez en el pasillo de urgencias, divisó a José Luis hablando por teléfono en una sala de espera. Por sus gestos, estaba bastante nervioso. Irina imaginó que estaría hablando con alguien de la familia, informándole del

estado en el que había encontrado a Marc. Sí, tenía que actuar rápido... Y también aprovechar la situación. Caminó por los pasillos hasta localizar una sala de acceso restringido. Probó suerte con la puerta. No estaba con llave. Dentro no había nadie.

Por lo que se veía, se trataba de una habitación de descanso para los enfermeros y los médicos de guardia. Había dos camas vacías, una de ellas a medio hacer, y varias batas blancas colgadas de unas perchas. Irina se quitó la gorra y se la guardó en un bolsillo, se soltó la cola de caballo y se puso una bata. Podía pasar fácilmente por una doctora o una enfermera. En un rincón encontró un carrito de medicinas con algunas jeringas sin usar. Las cubrió con unas gasas que había en una estantería y salió de la habitación empujando el carrito, simulando normalidad. Mantenía de todos modos la cabeza gacha para no quedar retratada por las cámaras de seguridad.

Por el camino, les sonreía a los pacientes, pero cuando se topaba con algún médico o algún enfermero bajaba la mirada y rehuía el contacto. Recorrió el largo pasillo del hospital, buscando alguna indicación que la llevara de vuelta a urgencias, donde suponía que estaría Marc. Tras doblar varias esquinas, finalmente la encontró. No había pasado demasiado tiempo desde que viera a José Luis hablando por el móvil en la sala de espera. Al fondo había una hilera de camas separadas con cortinas corredizas, que conformaban pequeños boxes individuales para salvaguardar la intimidad de cada paciente. La mayoría de los boxes tenían las cortinas abiertas pero las camas estaban vacías. Había una que otra ocupada, con la cortina medio corrida, por lo que se podía vislumbrar a los enfermos y a sus acompañantes.

Al final del pasillo, sin embargo, había un box con la cortina cerrada por completo, como si el paciente quisiera ocultar su identidad. Los enfermeros y los médicos iban y venían por el pasillo, pero Irina tampoco podía perder más tiempo. Se acercó al box y apartó las cortinas ligeramente. Tal como lo había imaginado, allí estaba Marc. José Luis lo había dejado solo, tan solo como el excandidato ideal había estado los últimos días. Estaba conectado a un respirador y a otra máquina que controlaba sus constantes vitales.

Irina se sorprendió al ver el daño que le había causado a Marc. ¿Por qué tantos aparatos, tantos cables conectados a su cuerpo? Tampoco serían de mucha utilidad cuando ella le inyectará la solución química que le habían preparado en el laboratorio de armas del CII... Pero tenía que ponerse manos a la obra: en cualquier momento podía entrar cualquiera, un médico, un enfermero, o incluso José Luis, el hermano de Marc. Se calzó unos guantes de látex del carrito, sacó la botellita de sus bolsillos y la abrió con extrema precaución, sin verter fuera ninguna gota del contenido letal. Aspiró con una de las jeringuillas nuevas el líquido grasiento y se lo introdujo a Marc a través de la vena del brazo. En cuestión de quince minutos, Marc bailarían en el infierno.

Irina recogió todo con sumo cuidado para no dejar rastro de su presencia. Ni siquiera se notaba el pinchazo en el brazo de Marc, que empezaba a respirar hondo como si el líquido que Irina le había inyectado fuera una dosis extra de adrenalina.

Comprobó que la ruta de salida estuviera más o menos despejada. Corrió la cortina del todo y le lanzó una última mirada a Marc, que ya tenía disparadas las constantes. Enfiló el pasillo a buen paso, disimulando la sonrisa de victoria.

De camino hacia la habitación, se cruzó con un hombre de zapatos caros y elegantes. Pasó a su lado cabizbaja pero luego giró la cabeza ligeramente para comprobar que era quién ella creía: efectivamente, se trataba de José Luis, que se dirigía hacia el box de Marc. No se habían encontrado en el box mismo por minutos. Por suerte, José Luis no la había reconocida con la bata de enfermera y el carrito. De hecho, ni siquiera la había mirado. Irina dejó todo en la habitación tal como lo había encontrado. Se volvió a coger el pelo, se puso la gorra y, con total naturalidad, aunque sin olvidar las precauciones de seguridad, salió por la puerta del hospital.

Ya en el *parking*, se puso el anorak y el casco y se dirigió al apartamento del que ella e Ingrid disponían en la zona alta de Barcelona.

Los informativos de televisión habían interrumpido la programación para dar la noticia de última hora: el excandidato Marc Llach había muerto de un fallo cardíaco esa mañana. Pol Rivelles Levantó un momento la vista del proyecto en el que estaba trabajando. Por costumbre, tenía puesto en todo momento el canal de noticias en su despacho de l'Eixample barcelonés. En cuanto vio la imagen de Marc en la pantalla, cogió el mando y subió el volumen de la televisión. «Una parada cardíaca repentina». Los periodistas no habían dado más datos sobre las causas de su muerte. Se embarcaron luego en un breve resumen de la carrera política de excandidato, haciendo hincapié en los escándalos sexuales que había protagonizado antes de su fallecimiento.

Pol recordó las palabras de Ingrid: «Acepto tu encargo». De repente, le entró un miedo escénico que no podía controlar. Pensó en las negativas de Ingrid a su propuesta de encontrarse clandestinamente. En la frialdad que le había demostrado cuando se reunieron en la playa de la Nova Icaria. No. No podía imaginarse que Ingrid fuera capaz de matar a alguien. «Parada cardíaca —empezó a repetirse en voz baja—. Parada cardíaca».

Entró en internet e hizo una búsqueda sobre la muerte de Marc. Quería tener más información sobre la noticia, encontrar en algún medio algún detalle adicional. Por un momento, pensó en llamar a algunos contactos del partido. «Mejor, no». Marc ya no era miembro del partido, había dimitido en plena campaña. Si Pol cometía la torpeza de interesarse por él, eso iría en contra de su propio estatus y socavaría su posicionamiento como posible líder.

Empezó a pensar en todos los sucesos de las últimas semanas. Todos habían traído cambios imprevisibles, totalmente inesperados. El suicidio de su padre, cuando nadie en su familia ni entre sus amigos más íntimos sospechaba que pudiera suicidarse. Su propio declive dentro del partido, y ahora... el escándalo sexual de Marc, su principal rival, y su posterior muerte, igualmente inesperada. De repente, le entró una especie de vértigo: ¿y si a él mismo le ocurría algo parecido? A su padre, el gran fundador del partido, lo habían encontrado muerto. Marc, que hasta hace unos días había sido el líder, también acababa de morir, tras protagonizar un escándalo que lo había convertido en objeto de la humillación general. «¿Qué está pasando?».

Efectivamente, el próximo en morir bien podía ser él. Con Marc muerto y su padre ya enterrado, lo más lógico era que él liderara la reconstrucción. Tras la muerte de su padre a su familia le habían aparecido detractores por todas partes, así que ya no podría coger las riendas como antes, pero la repentina muerte de Marc lo convertía en el único líder vivo. Si la militancia no se

pronunciaba en contra podría ser nuevamente el número uno, aunque daba por hecho que ya habría trepas pidiendo a gritos un congreso de refundación.

A pesar de la ansiedad, Pol era un buen estratega. El miedo nunca le paralizaba el cerebro y sus neuronas no paraban de analizar los diferentes escenarios que se presentaban ante él. Efectivamente, había demasiadas muertes relacionadas con el poder a su alrededor. Ninguna era natural, en el sentido de que no era fruto de una situación que aconteciera por sí misma. Existía una posibilidad bastante real de que alguien estuviera provocándolas, haciéndolas pasar por suicidios, accidentes de salud... Cerró los ojos y pensó de nuevo en Ingrid. Él mismo le había pedido que le ayudara a despejar el camino hacia el poder. Pulsó el botón del manos libres para hablar con su secretaria:

—Lola, convoca a Ingrid a una reunión lo antes posible, por favor. En el mismo sitio que tuvimos la reunión la última vez que nos vimos. Gracias.

Lola llamó ipso facto a Ingrid:

—Ingrid, buenas tardes, Pol quiere verte en la playa de la Nova Icaria nuevamente. Donde os visteis la última vez. ¿Te va bien de aquí a una hora?

—Sí, Lola. En una hora estoy allí.

—Bien, modifico unas reuniones de agenda. Gracias Ingrid.

Ingrid no había colgado el teléfono cuando Irina entró por la puerta del piso. Estaba cansada y soñolienta, pero ya no tenía que ocultar aquella sonrisa delatora, mucho menos delante de Ingrid, que intuía de donde venía:

—Ya has puesto la guinda al pastel, ¿verdad? —Ingrid la miró con cara de diversión—. La muerte de Marc ya ha salido en todos los medios. Pol quiere verme en una hora. Estoy harta de reuniones con políticos, Irina.

—Estará cagado de miedo. —Irina soltó una risita—. Yo como algo, duermo un ratito y vuelvo a Venecia.

—Vale. Yo iré a ver qué quiere Pol. Con la documentación que conseguí el otro día no le faltan motivos para tener miedo.

—Qué va. Ese tiene miedo de palmarla. Está viendo que todos caen a su alrededor y se huele que puede ser el próximo.

—Vamos a llamar a Lea para contarle cómo va todo. Seguro que la parada cardiaca de Marc ya ha llegado a sus oídos.

—Ese líquido es la hostia, Ingrid. En segundos ha empezado a actuar. ¿Llamamos a Lea ahora o después de que veas a Pol?

—Después. Tú descansa mientras yo me reúno con él.

—De acuerdo. —Irina hizo una pausa—. Además, puede que la visita nos genere más trabajo.

Ingrid la miró sin disimular su admiración. No entendía cómo Irina podía disfrutar tanto eliminando a sus objetivos. Su compañera ya iba rumbo de su dormitorio, desnudándose por el camino.

Tras el asesinato de su familia, algo en la mente de Irina no funcionaba del todo bien. Sin embargo, eso a Ingrid le parecía normal: superar un dolor tan inmenso no era fácil para nadie y las secuelas psicológicas eran lógicas. Lo que no acaba de explicarse era por qué matar le proporcionaba tanto placer... ¿Por la intensidad de los sentimientos que se le habían desatado tras la pérdida de su familia? ¿Por la extrema falta de empatía que había desarrollado? ¿O el nulo valor que le concedía a la vida de los malvados?

Su faceta asesina no dejaba de ser misteriosa. Ingrid tampoco había acabado de identificar la tecla exacta que convertía para ella el asesinato en un placer tan intenso, pero igualmente la admiraba. Le habría gustado ser igual de fría y distante ante los sentimientos ajenos: era esa característica lo que le permitía ejecutar a quien fuera en cada uno de sus casos.

Ella misma, en cambio, siempre que le disparaba a alguien trataba de neutralizarlo sin poner en peligro su vida, causándole sólo un mal menor. Normalmente tiraba a la pierna para reducir o bloquear a su enemigo, pero jamás disparaba a matar, a no ser que quisieran matarla a ella: entonces sí apuntaba al pecho o a la cabeza, obligada por las circunstancias.

Pero a Irina no le hacían falta excusas. No se andaba por las ramas. Atajaba el golpe antes de que se lo dieran y disparaba a matar sin ningún tipo de remordimiento. Antes de que nadie pudiera hacerle ningún daño.



El sol de mediodía centelleaba en el litoral catalán. Era la hora de comer en Barcelona y los restaurantes y los *chillouts* de la playa estaban atestados de turistas y gente de las oficinas cercanas. El buen tiempo, en pleno invierno, era siempre bienvenido en la ciudad: invitaba a salir a pasear, a correr por el paseo marítimo, incluso, a recorrer en bicicleta la ruta que discurría desde la puerta del hotel W hasta el Fórum.

Ingrid estaba de vuelta en el lugar donde se había encontrado con Pol al inicio del caso. Cerró los ojos un momento y una vez más acudió a su memoria el perfume de Pol, como si estuviera oliéndolo, cargado de sensaciones de seguridad y bienestar... Abrió los ojos de inmediato. No quería seguir pensando. Sabía que eran pensamientos de enamorada: por lo tanto, tenían que parar.

Justo en ese momento, Pol se le acercó por detrás y la agarró por la cintura. Intentó besarla en la mejilla, pero Ingrid se lo quitó de encima con una maniobra de defensa personal que puso en alerta a los guardaespaldas. Se tranquilizaron al ver que Pol se echaba a reír. Falsa alarma. Sin embargo, no podían bajar la guardia: había demasiada gente en la playa, no podían despistarse.

—No deberías ser tan arisca conmigo, Ingrid.

—Ni tú tan cariñoso conmigo —contestó Ingrid con tono de ironía—. ¿Qué quieres, Pol?

Pol guardó un silencio inquisidor y, tras ahogar un suspiro, decidió arriesgar:

—Saber, Ingrid. Quiero saber. —Pol la miró a los ojos y él mismo se contempló tenso en los cristales azules de las Ray-Ban de Ingrid—. ¿Qué le ha pasado a Marc realmente?

Ingrid sonrió en secreto: Irina llevaba razón. Pol estaba cagado de miedo y se olía que él podía ser el próximo en caer. Por suerte para Pol, ella era la que se encargaba de él y no Irina: saldría seriamente perjudicado de la situación, pero con vida. Pol podía aspirar a una posición determinada, incluso ser lo bastante hábil como para mover hilos y hacer ese anhelo realidad, pero también tenía que ser lo suficientemente maduro para entender que los sueños cumplidos

podían traer consecuencias inesperadas e indeseables. «Cuidado con lo que deseas, Pol, puede hacerse realidad», pensó Ingrid.

—No lo sé. Dime tú qué ha pasado con Marc, Pol —respondió Ingrid, que había decidido jugar al despiste para ponerlo a prueba.

—Marc ha muerto. —Pol la miró fijamente, esperando una reacción—. De una parada cardiaca.

—¿Que ha muerto? ¿Cómo? ¿De qué? —le siguió el juego Ingrid. Añadió despechada—: ¿Cómo pretendes que yo sepa qué le ha pasado? Por favor, Pol...

Renegó luego con la cabeza, en un gesto de total desaprobación. Pol la miró por unos instantes, se acercó a ella y le quitó las Ray-Ban de espejo azul. Ingrid le aguantó desafiante la mirada. Sin miedos, tal y como había practicado muchas veces con Irina en el CII Belfast. Para ella era una simulación más, una escena más que tenía que representar dentro de su papel de militante despechada. Pero para Pol no era un papel. Estaba tenso, quería mirarla a los ojos y saber si ella estaba mintiéndole. Tenía tanto miedo que ya no sabía ni qué pensar de su antigua amante.

—Ya no sé qué pensar, Ingrid. Disculpa.

Le devolvió las gafas a Ingrid, que se las puso de inmediato. Las gafas le ayudaban a ocultar sus sentimientos ante una situación así. No quería que Pol analizara nuevamente su expresión.

—Veo que todo el mundo está cayendo a mi alrededor —prosiguió Pol cabizbajo—. Gente que ha ocupado el cargo de presidente, o que lo quería ocupar, como Marc, o como yo. Tengo miedo de ser el próximo, Ingrid. Tengo miedo...

Parecía cada vez más nervioso. Mientras hablaba con Ingrid, miraba de reojo a sus guardaespaldas para comprobar que seguían ahí, alertas a cualquier imprevisto, a cualquier amenaza.

—El partido te necesita, Pol, necesita líderes como tú. No creo que te pase nada malo —intentó tranquilizarlo Ingrid, aunque sabía que no era cierto—. Además, alguien tendrá que asumir el liderazgo y tú eres el favorito. No te conviertas en un paranoico ahora.

—Me imagino que los trepas que no aguantaban a mi familia ya se están moviendo para convocar un congreso y tratar de desplazarme. Eso no me extrañaría nada. Pero la verdad es que tras la muerte de Llach yo vuelvo a ser el número uno. Y creo que yo debo ser el líder. Pero tengo miedo, Ingrid... miedo a que me asesinen... a que me maten, como le ha pasado a Marc...

—Vamos, Pol, no sabemos si eso es verdad. —Ingrid intentaba sacarle esa idea de la cabeza.

—Ingrid, por favor... ¿Una parada cardiaca? A mí no me engañan los medios de comunicación. Ahí hay algo más... La información cae por su propio peso. A Marc lo han matado.

Por un instante, Ingrid sintió la tentación de apiadarse de él. Una ridícula necesidad de ayudarlo. Como buena profesional, hizo a un lado esos pensamientos irracionales y esas ideas estúpidas y románticas. Se acordó de Lea, de Irina, de Piero, pensó en el cliente secreto que había encargado el caso. No, no podía cometer ningún fallo. Y tampoco podía volver a albergar sentimientos hacia las personas con las que coincidía en sus misiones.

Por supuesto, la propia Ingrid conocía técnicas para desterrar la empatía y garantizar su propio bienestar emocional. Se recordó que Pol tenía una fortuna que lo protegía por sí sola. Gozaba de

mucha influencia en personas poderosas y, aunque lo pareciera, no estaba solo. Cuando se conocieran los papeles que ella misma había descubierto, no podría volver nunca a la política. Por mucho que lo intentará, esa etapa de su vida ya estaba más que cerrada. Pero Pol jamás estaría solo.

Además, pensó en un *flash*, Pol tampoco saldría muerto, sino herido. Ella no era Irina, no disparaba a matar sino cuando era estrictamente necesario. Y con él, precisamente, no lo era. Pol mismo había firmado su sentencia «de muerte» en aquellos papeles de la subvención.

«Aun así, lo voy a echar de menos», pensó, sin poder reprimirse. Esa era justo la sensación que tenía que cortar de un tajo. Miró fijamente a Pol y decidió a engañarlo de la manera más cruel:

—¿Y si montas una campaña para recuperar el partido? Tú eres diferente de tu padre, Pol. Los militantes te perciben como alguien más cercano, más informal, pero al mismo tiempo creen que eres serio. Aprovecha esas cualidades, Pol, y trata de consolidar la confianza del electorado. Así es como vas a poder reflotar de nuevo el partido. Inténtalo, Pol. Ahora es tu momento. Vuelve a ganar el poder que tenías.

Mientras hablaba, veía la imagen de la firma de Pol Rivelles plasmada en la documentación que había encontrado. Ahí estaba su nombre, manuscrito con su mismo puño y letra, remachando una de las ilegalidades más burdas que podían imaginarse, el pago de aquella cantidad de dinero desorbitada nada menos que a una consultora fantasma. Evidentemente, Pol no tardaría en caer. Pero él mismo tampoco sabía hacer nada aparte de mover dinero sucio y manipular información: en otras palabras, hacer política de alto nivel. Desde niño, había crecido a la sombra del poder de su familia, había buceado entre viejos tiburones como su padre y jóvenes delfines como él. Ese era su hábitat natural y ahora que ya era adulto no sabría nadar en ningún otro lugar. ¿A qué más iba a dedicarse? Ingrid ni siquiera podía imaginárselo trabajando. Era un político, nacido y criado en la política, no había hecho otra cosa en toda su vida. Para él, cualquier otra ocupación era una pérdida de tiempo y, en consecuencia, una pérdida de dinero.

Recordó el perfil psicológico que ella e Irina habían creado antes de empezar a trabajar en el caso. Pol Rivelles: una serpiente de oficina. Con veneno o sin veneno, necesitaba establecer la estrategia, liderar el grupo, seducir al contrario. Lo suyo era el poder por el poder, ganar por ganar, salir siempre victorioso en sus hazañas. Quizá esta fuera la primera vez que iba a perder. De hecho, sin que él pudiera hacer nada al respecto, ya lo estaba perdiendo todo.

Por eso, la respuesta de Ingrid había sido despiadada. Quería animarlo a alcanzar un reto más difícil: reestructurar el partido y volver a ganar las elecciones. A pesar de los escándalos sexuales, de las muertes inesperadas, de los rumores de que el barco iba a la deriva y sin carta de navegación clara... Era una tentación demasiado grande para alguien como él. De paso, apartaría de su mente cualquier duda acerca de lo que realmente estaba pasando.

—Tienes razón, Ingrid. Tengo que hacerlo. Por mi padre. Por el honor de mi familia. Reformaré el partido, buscaré los nombres más fuertes y los uniré a mi nuevo proyecto de refundación. —De repente, volvía a hablar con pasión, olvidándose de sus temores—. Buscaré alianzas entre mis enemigos y la familia Rivelles volverá a ser lo que era.

Pol se acercó un paso y le hizo una ligera caricia en la cara. Le dio dos besos. Ingrid entendió que la reunión había terminado. Probablemente sería la última que tendría con Pol antes de dar por cerrado el caso. Sin querer, en un último impulso por evitar lo inevitable le dijo:

—Pol, cuídate.

Pol le sonrió. Y se quedó observándola mientras ella se alejaba.

En cuanto se había alejado unos veinte pasos, Pol le hizo un gesto a uno de sus guardaespaldas. El hombre asintió con la cabeza y echó a andar detrás de Ingrid. Tenía ya instrucciones previas de su jefe: tenía que recabar toda la información posible sobre aquella chica, con quién se veía, cuál era su rutina, todo.

En realidad, Pol se había reunido con Ingrid para ponerla a prueba. Hacía tiempo había aprendido a no confiar en nadie. «En la política no hay amigos, sino rivales», se recordó. Por eso había que jugar las cartas de la manera más beneficiosa para uno. Era justo lo que él acababa de hacer.

Había mirado a los ojos a Ingrid. Y ella lo había mirado a los ojos a él. Sin embargo, quería tener la absoluta seguridad de que Ingrid sí jugaba a su favor. Por eso esta vez había tomado precauciones, unas precauciones que tendría que haber tomado tiempo atrás. Y le había encargado a uno de sus hombres que la siguiera a todas partes.

Ingrid entró en la estación de Ciutadella para coger el metro de vuelta a su casa. Esperó a que pasará el siguiente metro hacia plaza Urquinaona, donde tenía previsto bajarse para coger el enlace de plaza Catalunya hasta Sarria. La pantalla anunciaba la llegada de otro tren en cuestión de segundos, así que se acercó al andén de la vía, como muchos otros pasajeros.

Entre los pasajeros estaba Jordi, el guardaespaldas al que Pol le había encargado el seguimiento. Sólo cinco personas lo separaban de Ingrid: estaba demasiado cerca y corría el riesgo de «quemarse» si ella se volvía hacia él. También estaba nervioso. Aquel era su primer seguimiento real. Nunca antes lo habían mandado a seguir a alguien por la calle. Su trabajo era de protección, no de investigación, y aquel extra que su jefe le pedía, y al que no se podía negar, podía costarle el empleo.

Dentro del vagón, Ingrid se distrajo observando a un carterista que estaba haciendo de las suyas. Casi por deformación profesional, detectó enseguida a un *mosso d'esquadra* de paisano, que estaba vigilándolo para pillarlo *in fraganti*. Recordó entonces los datos de entorno que había leído en los informes sobre la ciudad. La red de metro de Barcelona era una de las más peligrosas de Europa, por el alto índice de carteristas.

Al cabo de dos minutos, el carterista fue detenido por la pareja de *mossos* que iban de paisano. Totalmente pillado, con las manos en la masa. Chillaba blasfemando contra los *mossos* mientras que los turistas japoneses a los que había intentado robar no dejaban de darles las gracias. Ingrid disfrutó sonriente al observar la escena y sacó luego su móvil. Chequeó el correo cifrado: no tenía ningún mensaje de Lea. Podía descansar un poco de camino a casa.

Se puso los auriculares y se conectó a su lista preferida de Spotify. Cómo la relajaba escuchar a Carla Bruni cantando *The winner takes it all*. La vida cambia un poco a mejor cuando llevas tu propia banda sonora sonando de fondo.

A una docena de pasos, Jordi la observaba a través del reflejo de los cristales del vagón. Intentaba hacer bien su trabajo y observar a distancia. Se mezclaba entre la gente que buscaba dónde sentarse o de dónde agarrarse. Pero cuando faltaba una parada para plaza Urquinaona, Ingrid se puso de pie y se acercó a la puerta, con la Bruni sonando en sus oídos. Su mirada se cruzó sin querer con la de Jordi.

El guardaespaldas bajo rápidamente la mirada, tratando de evitar el contacto visual. Pero ya era demasiado tarde. Ella se había fijado en él, su cara le resultaba familiar. Ingrid esperó a que se abrieran las puertas y bajó al andén. La cara de Jordi se le había quedado grabada en la retina, y no paró de escanear caras mentalmente hasta que lo identificó: era uno de los guardaespaldas de Pol.

Se puso en alerta. Decidió cambiar de itinerario. En vez de seguir en el metro hasta plaza Catalunya, iría caminando. Desconectó a la Bruni, se sacó los auriculares y pensó rápidamente en su estrategia. Era el momento idóneo para volver a sentir la ciudad. Subió a la calle y se dirigió hacia plaza Catalunya. Pero antes de llegar a la plaza cambió de rumbo para dar una vuelta sin destino: así comprobaría si Jordi tenía órdenes de seguirla o si estaba allí por casualidad.

Cruzó el primer semáforo y apretó el paso como si llevara prisa. Decidió subir por Roger de Llúria en dirección a Gran Vía, pero al llegar a Caspe giró de nuevo inesperadamente en dirección a Pau Clarís. Se detuvo un momento, e hizo ver que se giraba de improviso: allí estaba Jordi, apenas a unos metros, retratado como un novato.

El guardaespaldas se dio la vuelta tratando de disimular. Estuvo a punto de estrellarse con el semáforo. Caminó aparentando dirigirse a otro lugar.

Ingrid soltó la risa y entonces decidió jugar con él: empezó a seguirlo. Él se dio cuenta y, en medio del desconcierto, entró en un bar y pidió un café. Ella lo vio entrar en el bar y pasó de largo, como si nada. En Gran Vía se detuvo en un escaparate de bolsos, esperando a que él apareciera por la esquina, siguiéndola de nuevo. Efectivamente, ahí estaba. Ahora sí que estaba comprobado.

«Demasiadas casualidades en un único punto. Piensa mal y acertarás. Bien, caballero, juguemos al gato y al ratón», pensó Ingrid.

Decidió pasearse por toda la zona, que estaba llena de comercios y bares. Entraba en tiendas pequeñas y lo pescaba esperándola afuera, sentado en un banco o haciendo ver que consultaba algo en el móvil. Ingrid alucinaba con lo mal que estaba realizando el seguimiento, así que decidió ponerle punto final.

Entró en el Zara de Paseo de Gracia y se adentró en la tienda. Él hizo lo mismo que ella. Ingrid reneó con la cabeza: «Gran error, acabas de perder el juego». Cogió varias prendas al azar y, asegurándose de que nadie la veía, envolvió con ellas su pistola. Dio un par de vueltas más, fingiendo que buscaba algo, con el arma camuflada a su costado y de repente apretó el paso. A Jordi no le dio tiempo de cambiar de posición. Se encontró con que Ingrid estaba justo su espalda, encañonándolo bajo la ropa.

—Tira hacia el probador —le susurró Ingrid—. Pobre de ti si haces un falso movimiento.

Jordi enrojació de vergüenza. Cazador cazado. De camino al probador, intentó hacerle gestos a un empleado de seguridad. Ingrid se dio cuenta, se acercó a él y le dio un mordisco en el cuello. Luego le dijo en voz alta, para que el chico de seguridad alcanzara a escuchar:

—Cuidado, cariño, hace días que no comemos juntos.

Jordi enrojació de vergüenza y el chico de seguridad se rio al contemplar la escena. Ingrid le sonrió al pasar, sin dejar de encañonar a Jordi bajo la ropa.

En los probadores apenas había cola. Las dependientas les dieran una ficha con el número de prendas que llevaban. Al verlos tan juntos ni siquiera les contaron la ropa, porque pensaron que eran una pareja de enamorados: no querían romper esa magia de amor que Ingrid, con inteligencia, se encargaba de proyectar simulando besitos, manoseos y arrumacos. El guardaespaldas se dejaba hacer por miedo a que aquella loca le pegara un tiro. Por momentos, trataba en vano de maniobrar para librarse de Ingrid, que era muy superior a él en fuerza y tenacidad.

Una vez dentro del probador, Ingrid corrió las cortinas rápido y puso contra la pared a Jordi, sin apenas dejarlo moverse. Las chicas que iban a los probadores vecinos se reían al oír los golpes contra la pared: creían que se trataba de una pareja teniendo sexo espontáneo en los probadores. Pero la realidad distaba mucho de las escenas que el ruido de los golpes estimulaba en su imaginación. En un momento, Ingrid presionó sus dedos sobre la yugular de Jordi, hasta que él dejó de patear y se quedó sin aliento. Al salir, les dijo a las chicas:

—Mi novio se está probando unas cosas aún, voy a traerle una talla más. Se ha engordado mucho estos días sin mí.

—De acuerdo —le respondió la dependienta, con una estúpida sonrisa tatuada en la cara.

Ingrid no esperó a coger el metro. Salió a Gran Vía con Paseo de Gracia y alzó la mano para llamar a un taxi. En menos de dos segundos, ya se había montado en un taxi barcelonés y se dirigía por Paseo de Gracia hacia la zona alta de Barcelona.



Ingrid entró en casa y encontró a Irina dormida como una marmota. Después de la experiencia con el guardaespaldas de Pol, había decidido que lo mejor era establecer comunicación enseguida con Lea. Si habían encontrado al guardaespaldas, lo más probable era que hubieran llamado a una ambulancia y el hombre recobrarla la consciencia. Ella e Irina tenían que desaparecer pronto, o se arriesgarían a que se conociera su verdadera identidad.

—Irina, despierta. —Ingrid sacudió a su amiga—. Irina, tenemos que hablar con Lea urgentemente.

En cuanto oyó la palabra «urgentemente», Irina se sentó de golpe en la cama y la miró con cara de sorpresa.

—¿Qué has hecho?

—Me ha seguido un hombre de Pol y lo he dejado inconsciente, temo que lo hayan descubierto...

—¿Dónde?

—En el Zara del Paseo de Gracia.

—Pide conexión con Lea mientras me visto. Tenemos que irnos. —Irina la miró con cara de pocos amigos—. Y recuérdame que te enseñe a matar de una puta vez como Dios manda. ¿Cómo se te ocurre dejar inconsciente a un guardaespaldas en un sitio público?

—Estábamos en un probador, estoy segura de que han tardado en descubrirlo... —se excusó Ingrid—. De todas formas, es lo más rápido que se me ha ocurrido para quitármelo de encima, Irina.

—¿Y las cámaras de seguridad? ¡Esos comercios están plagadas de cámaras, Ingrid!

—No creo que usen las cámaras de seguridad, no es tan fácil pedir las grabaciones. Y a Pol no le interesaría decir que uno de sus guardaespaldas estaba haciéndole seguimiento a una ciudadana. Desde que murió su padre ha perdido mucho poder y ya no mueve los hilos como antes. El responsable de lo que pasó es él. Nadie más. Como tú dijiste, está asustado. No confía en nadie que no sea de su círculo más cercano.

Mientras hablaba, Ingrid estaba mandando un mensaje para solicitar la videoconferencia con Lea. Irina seguía renegando.

—Irina, para ya, ¿quieres? ¡Ya sé que no es lo que tú hubieras hecho!

Ingrid intentaba mantener la calma, pero Irina había empezado a renegar a gritos. Ya se había vestido y estaba preparada para la reunión de trabajo.

—El secretario de Lea me ha dicho que en dos minutos y medio la tendremos disponible por cinco minutos —prosiguió Ingrid—. Irina, calma, por favor. Necesito explicarle bien a Lea.

—¡Buah! Cómo Lea haya pensado en ti como sucesora y se enteré de cómo has manejado esto da por hecho que te eliminaré de la lista... Le diremos que corrías el riesgo de que te delatara. Peligro de muerte. ¿Vale? Ya nos las arreglaremos en el informe final.

—Lo entenderá. No me ha seguido después. Es imposible, Irina, lo he dejado inconsciente en el probador.

—Si no, voy yo y me lo cargo dónde esté —insistió Irina, aunque ahora ya bromeando y riéndose de su amiga.

—Eso, tú sigue poniéndole guindas al pastel, ya verás...

La pantalla del ordenador se iluminó con la llamada de Lea desde Venecia.

—Rápido chicas, tengo una reunión en cinco minutos.

Las dos chicas respondieron a la vez. Se dieron cuenta y se cedieron la una a la otra la palabra.

—Un guardaespaldas de Pol me ha seguido —empezó Ingrid— y ha estado a punto de descubrir mi identidad.

—Hemos eliminado a Marc —interrumpió Irina—. Supongo que te ha llegado la noticia. Ha salido en todos los medios como parada cardíaca...

Ingrid retomó el hilo para tratar de arreglar lo del seguimiento.

—Me he reunido con Pol y lo he convencido de relanzar el partido político. Me dijo que tenía miedo a ser el próximo en morir, y se lo he quitado de la cabeza... Pero luego él me ha mandado seguir.

Lea las miró a las dos. Tras un silencio reflexivo, dictaminó:

—*Ok*, chicas. Recoged todo y volved a Venecia. Fin de la misión en Barcelona para vosotras. Seguiremos desde aquí, pero quiero un informe detallado de lo que ha pasado en ese seguimiento y por qué casi te delata.

—De acuerdo, Lea —dijeron las dos atropellándose de nuevo.

En cuanto acabaron la videoconferencia, ambas se miraron e Irina le espetó a Ingrid:

—A ver qué vamos a decir en el informe sobre tu seguimiento. ¿No has podido darle esquinazo? ¿En serio?

—Me seguía muy de cerca, Irina... Estoy segura de que era un novato. Ese tipo ha hecho el peor seguimiento de su vida.

—Pues nos va a salir cara la novatada. Venga, *¡andiamo a Venezia!*

—*¡Andiamo!*

Empezaron a recoger sus pocas pertenencias personales. Se deshicieron luego de los informes y análisis de trabajo que tenían en el área del piso que habían destinado a sus investigaciones. También limpiaron huellas para ahorrarse problemas en caso de que alguien diera con su residencia en Barcelona. En su situación, toda precaución era poca, sobre todo si querían continuar trabajando en otros casos. Ingrid, además, se había expuesto demasiado y había quemado su imagen: tendría que tomarse unas largas vacaciones si quería pasar inadvertida en Barcelona, o incluso no volver a trabajar en la ciudad durante un par de años.

En una hora ya iban camino al aeropuerto. Dejaron la moto en el *parking*, siguiendo las instrucciones del CII Logística, para que la recogiera más tarde un enlace del CII Venezia. Abordaron luego el *jet* privado que estaba a su disposición por si tenían que salir con urgencia de la ciudad.



Al día siguiente, en Venecia, Irina pasaba por una turista más de la alta sociedad europea. Entraba y salía de las tiendas de lujo seguida del chico del hotel, que le cargaba las bolsas repletas de ropa, bolsos y complementos que había comprado. Cuando llegaron al CII, el chico le subió todo a la habitación y ella le dio una propina generosa. El teléfono sonó cuando cerraba la puerta. Era Lea, la llamaba a su despacho. Por lo visto, había problemas con el caso.

—La mujer de Marc Llach se ha reunido con Lola.

—¿Lola? ¿La secretaria de Pol?

—En efecto —afirmó Lea sorbiendo su té blanco—. Y por lo que me ha dicho Pol, esa mujer pretende molestarnos. Puede ser un problema para el desarrollo del caso. Quiere saber más de la cuenta sobre ti. Ya sabes lo que tienes que hacer. Eso sí, procura pasar desapercibida cuando vuelvas a Barcelona, no quiero que se vuelva a repetir la historia del seguimiento de Ingrid.

Irina pensó un momento: «¿A Barcelona?».

—La mujer de Marc también está metida en política, ¿verdad?

—Sí. Realmente la política era ella, más que él.

—¿No podrían darle un ascenso y mandarla a Bruselas? Allá me será más fácil... ocuparme de ella.

Lea soltó una carcajada tenebrosa.

—Eres dulcemente cruel, Irina. Por eso me gustas... Se pondrá feliz cuando la nombren en Bruselas. Y allá será más sencillo eliminarla.

—Estoy deseando conocerla en persona. ¿Vamos a ello, entonces?

—De acuerdo. Moveré mis influencias. Será el mayor ascenso de su carrera profesional.

Marta acababa de conocer la muerte de Marc a través de su abogado. Se había quedado estupefacta. Ahora era la viuda de Marc Llach. Justo cuando pensaba divorciarse de él y darle la patada definitiva para echarlo de su vida, iba Marc y le hacía esa última putada.

Marta había decidido aislarse de los medios mientras siguiera circulando el video viral de su marido. Pero la muerte repentina de Marc era el divorcio definitivo que la alejaba para siempre de la vida que había soñado tener. Había llegado a creerse la mujer más afortunada del mundo y ahora, sin embargo, se creía la más miserable. El espejo de la realidad cambia muy rápidamente de ángulo: aquello que parecía inimaginable se hacía realidad en los momentos más inesperados y, a veces, también en los más inoportunos.

Durante unos años, había vivido convencida de que le había pasado a todos la mano por la cara: Marc, su marido, nunca había ganado unas elecciones, pero le dispensaban los mismos honores públicos que si las hubiera ganado. La gente los endiosaba por donde fuera que estuviesen, convirtiéndolos, sin pretenderlo, en líderes también.

«¿Y si mañana su marido llega a la presidencia?», pensaba la agente. Y con ese temor, le concedían a ella todos sus deseos: el puesto de mando en la oficina, el mejor despacho, el sueldo más alto, la plaza de *parking* más fácil de aparcar, todo se lo ponían a sus pies, por si algún día se convertía en primera dama. Entre tanto, Marta les contaba a todas sus amigas lo feliz que era estando casada con aquel hombre. Lo feliz que la había hecho ser madre de un niño fantástico. Lo bien que le iba en el trabajo. Solo de vez en cuando, para parecer humilde, tocaba madera y decía que ojalá les durase tanta felicidad. Pero sabía que esa humildad no era más que hipocresía, que sus amigas detectaban a la primera de cambio.

La verdadera felicidad, sin embargo, siempre duraba poco. Sobre todo, cuando uno pretendía volar más alto que nadie. Ella había volado muy alto, pero lamentablemente no había volado muy lejos. Esa era la triste historia de Marta.

Con la muerte inesperada de su marido, había vuelto a aterrizar en la dura realidad: ya no era una mujer más afortunada que las demás, sino que ahora era una más entre todas ellas, que además había renunciado a sus ambiciones para apoyar los ahora fracasos de su marido. En otras palabras, la máscara del éxito se le había caído de la cara y había dejado al descubierto su rostro real de fracasada. Ahora estaba en boca de todo el mundo. Después del video viral, había días que casi no se atrevía a salir a la calle, evitaba a toda costa el riesgo de encontrarse con sus amigas y sus antiguas compañeras de universidad. Ellas irían todas con sus familias y ella estaría sola con su hijo. «Tal vez debería mudarme a otra ciudad», se decía a veces. Ahora que conocía la muerte de su marido solo podía pensar: «No sé si voy a soportar esta situación».

Se sentó en el salón y miró los folios de la agenda que le había impreso Lola. Volvió a pensar en aquella mujer que había dinamitado la arquitectura de toda su vida, la otra, esa tal Irina. ¿Dónde

se habría metido? En algún lugar tenía que estar... El sonido del teléfono la devolvió a la realidad.

—Hola, Marta, soy Pol Rivelles.

Marta se levantó del sofá de golpe.

—Hola, Pol. Qué sorpresa.

—Te llamo porque quiero ofrecerte una colaboración.

La viuda de Marc todavía no se lo creía.

—Gracias por pensar en mí. La verdad, con lo de Marc lo estoy pasando muy mal... ¿te has enterado ya?

—Sí, mis condolencias, Marta. Me imagino que no están siendo días fáciles para ti. Yo nunca quise decirte nada sobre el comportamiento de Marc, porque sé que me consideras un rival, aunque siempre has sido correcta conmigo. Pero en la política las cosas se saben. Y cuando no se saben se palpan. O se huelen a kilómetros de la peste que echan. Hace mucho que Pol te pone los cuernos con toda falda viviente, y ahora esta repentina parada cardiaca... ¿os han dicho a qué se debió?

—No, no. Bueno, Pol, Marc y yo estábamos distanciados desde hace unos días. No estaba con él cuando ha sucedido todo. Y aún no he hablado con nadie de su familia —Marta elegía las palabras para no hablar más de la cuenta. Resolvió no dar más explicaciones y pensó en las palabras que le había dicho Pol—. Pero si crees que te considero un rival, ¿por qué quieres ofrecerme una colaboración?

—Porque quiero cambiar esa percepción, y que creo que ahora que Marc no está es el momento de intentarlo. Creo que ahora es tu momento de demostrar quién eres realmente Marta. Eres buena en política, tienes muchos años de experiencia y estás más que preparada a nivel académico, mucho más que otros, pero, cosas de este país, nadie te ha dado la oportunidad que te mereces. Sobre todo, porque eras la mujer de Marc. Pero ahora que ya él no está... es tu momento de brillar. De demostrarle al mundo la excelente profesional que eres.

—Bueno, Pol, te lo agradezco, no esperaba esta conversación contigo y me coges totalmente desprevenida.

—Necesito una persona como tú dentro del partido, con tu perfil, tu experiencia y tu diplomacia, con todo eso que tú y yo sabemos muy bien que tú tienes. Una consultora política experta. Y la necesito en...

—¿Sí?

—En Bruselas. En el Parlamento Europeo.

Un silencio se hizo a ambos lados del teléfono. Marta estaba impresionada con todo lo que le había dicho Pol, el famoso rival de su marido... ¿Qué debía hacer? ¿Unirse a él? ¿Y abandonar de una vez por todas el equipo perdedor? Bruselas. Todo el mundo anhelaba llegar a Bruselas. Y ahora ella tenía a Bruselas al alcance de su mano.

—Acepto —dijo y cerró los ojos, como deseando con todas sus fuerzas ese sueño que de otra forma no se haría realidad—. Seré consultora política en el Parlamento Europeo. En Bruselas.

Cuando Irina aterrizó en Bruselas, la viuda de Llach aún no había llegado a la ciudad. La agente estaba al tanto de todos sus movimientos gracias a la información de seguimiento que le proporcionaba el CII en tiempo real. Conocía la capital belga, pero no la había visitado en muchos años. Decidió darse una vuelta y pasear por las calles de Bruselas mientras su próxima víctima llegaba a su último destino.

En la Grande Place, se detuvo a contemplar las magníficas fachadas a su alrededor. La última vez, había estado allí con sus padres, y a su madre le habían fascinado aquellos edificios. Su familia ahorraba todo el invierno y, en verano, solían viajar a alguna ciudad europea. Irina había tenido la suerte de visitar así París, Londres, Berlín, Barcelona, Vigo, Madrid, Roma, Nápoles y Sicilia, y también Bruselas y Brujas. Como siempre que recordaba esa época, la nostalgia le removía el dolor y el odio. Algún día daría con los asesinos de su familia y haría justicia. Cuanto más cruel fuera su muerte, más justicia.

Entre tanto, Marta volaba ya en clase *excellence* a Bruselas. Se sentía contenta y relajada y decidió echar una cabezadita antes de aterrizar. No había vuelto a tener noticias sobre el motivo real de la muerte de su marido. Había decidido que realmente ya no debía importarle. Tampoco había avanzado mucho en sus averiguaciones para localizar a la zorra Paulova. De momento, había dejado a su hijo con sus padres mientras cerraba el acuerdo de colaboración y se establecía en Bruselas. Quería empezar una nueva vida y demostrarle al mundo lo mucho que valía. Al salir al aeropuerto, iría a visitar el piso que le habían asignado en el Quartier Européen.

Tras recorrer las calles del centro y la catedral, Irina enfiló despacio hacia el Parque de Bruselas, camino del Quartier Européen. No recordaba el barrio con detalle, pero tampoco era demasiado grande. Además, ya tenía las coordenadas del edificio y las llaves del piso donde se hospedaría la viuda de Marc Llach.

El día estaba nublado y algo melancólico. En las calles del Quartier, hacía un frío estremecedor. Sin embargo, Marta le había pedido al taxista que la dejara a cierta distancia y caminaba alegremente maleta en mano, siguiendo con su iPhone el recorrido que le indicaba Google Maps. Quería familiarizarse lo antes posible con su nuevo barrio, desde donde pensaba ir andando a su futuro lugar de trabajo. Por su proximidad al Parlamento, era una zona donde solían hospedarse muchos eurodiputados y sus asesores. Algunos solo acudían a reuniones puntuales y otros se iban rotando en los pisos que los grupos parlamentarios alquilaban para no pagar caras habitaciones de hotel. Uno de ellos estaba vacío y se convertiría en su nuevo hogar.

El CII le envió a Irina el mensaje convenido: su objetivo estaba a punto de llegar. La agente había estado esperándola tumbada en el sofá, leyendo una *Vogue* antigua en francés que había dejado alguna parlamentaria. Se levantó en estado de alerta e impregnó el pañuelo en la morfina que le había proporcionado el CII: quería darle la mejor de las bienvenidas a su invitada. Al oír las llaves del otro lado de la puerta, atravesó el salón a toda velocidad y se pegó a la pared para atacarla en cuanto entrara.

En el apartamento hacía casi tanto frío como afuera. Era un piso más bien masculino, con muebles negros y paredes blancas, vanguardista e impersonal. Sin embargo, Marta estaba demasiado contenta: lo miró aún desde la puerta y decidió que le iba a gustar. Cruzó entonces el

umbral, como el que entra en un paraíso, dejando que la puerta se cerrara por su propio peso. Justo en ese instante, Irina se lanzó sobre ella y le tapó la nariz y la boca con el pañuelo. La mujer de Llach intentó liberarse lanzando patadas y manotazos, pero al cabo de un instante, se escurrió entre los musculosos brazos de Irina. Ni siquiera le dio tiempo a verle la cara. Cayó redonda bajo la eficiencia de la morfina.

Mientras preparaba la escena del crimen, Irina pensó que empezaba a cansarse de matar políticos de mierda. Lo disfrutaba también, eso era cierto, y apaciguaba con ellos su ansia de matar, pero todos resultaban igual de fáciles y aburridos. Mujeres u hombres, no importaba: estaban tan convencidos de que eran perfectos que ni siquiera sabían defenderse. No representaban ningún desafío para una agente con su entrenamiento y su coeficiente intelectual.

Irina tendió el cuerpo flácido de la mujer de Llach en el sofá. Se paró a mirarla un momento y su lado cruel empezó a despertar. Se fijó en su cuerpo fofo y feo. «¿Habrás tenido alguna vez vida este puto cuerpo? ¿Alguna vez la habrán follado de verdad?», Irina nunca podía evitar pensar en sexo cuando se disponía a matar.

En otros encargos de Lea, Irina tenía libertad para hacer lo que quisiera. Sin embargo, la localización del piso cerca del Parlamento entrañaba riesgos y esta vez tenía instrucciones de no improvisar nada. Pero cuando vio el bolso de su víctima, y la tableta a punto de caerse, no pudo evitar cogerla. La abrió y la hackeó con cuatro trucos rápidos, se metió en la aplicación de música y recorrió las listas de reproducción de aquella mujer tan poco deseable.

Encontró por fin algo interesante. *Sweet Dreams*, interpretada por Marilyn Manson. Parecía increíble que una mujer tan fea hubiera escuchado alguna vez esa música tan hermosa, la versión noventera de aquella conocida canción de los ochenta.

Se sacó el silenciador del bolsillo y lo enroscó con extremo cariño en la pistola que traía escondida en sus botas militares. Se la puso en la mano a Marta.

—*Sweet dreams are melodies* —empezó a canturrear, marcando el ritmo con el pie—. *Everybody is looking for something...*

Al final de un acorde, cogió el índice de la viuda de Marc Llach y apretó con el gatillo. La sangre empezó a borbotar por su boca de labios delgados.

«Jódete, puta cabrona», pensó Irina y revisó que no hubiera ningún rastro suyo. La vida se despedía de su víctima al compás de la canción, de la manera más irónica imaginable. «Sí, de esto están hechos los dulces sueños...».

Cuando salió a la calle, seguía tarareando la versión de Manson. Entre las anónimas tribus urbanitas, su aspecto apenas llamaba la atención. Empezaba a relampaguear y se resguardó en un bar hípster del centro. La sonrisa le había vuelto a los labios. Un trabajo más. Más dinero en la cuenta corriente. Más hijos de puta muertos. Pidió una taza de chocolate negro y un *croissant* de mantequilla y empezó a mojar el crujiente *croissant* en el líquido humeante. No quería dejar de trabajar para Lea jamás.

7

Ámsterdam irradiaba felicidad. El sol brillaba con fuerza y las bicicletas avanzaban coreografiadas a los lados de los canales. La ciudad latía ya a un ritmo intenso, aunque apenas había empezado la mañana.

Marcos y Miriam habían viajado otras veces a Ámsterdam para colaborar con Sergei y sabían que estaría ocupado hasta la hora de dejar a su hija en el colegio. Quedaron más tarde en Haarlemmerstraat, una calle comercial con tiendas escondidas donde podían entretenerse y encontrar auténticos tesoros. Sobre las nueve y media, tomaron asiento en las mesas de la terraza del Café Harlem y pidieron dos *capuccinos*. Sergei no tardó en llegar a bordo de su bicicleta *trendy*, siguiendo la localización que Miriam había enviado a su móvil.

Sergei tenía unos cuarenta años, pelo rubio y unas gafas metálicas que lo hacían parecer más culto de lo que era. Marcos y Miriam lo habían descubierto años atrás durante la investigación de un cibercrimen cometido en Rusia y en España. Aunque trabajaban para sus respectivos gobiernos habían colaborado en el caso y, desde entonces, se contactaban cuando surgía algún asunto en el que podían sumar y ganar.

—¿Qué es lo que tenemos? —tras los saludos iniciales, Sergei fue directo al grano.

—Hay que rastrear el pago de una subvención —empezó a explicar Marcos—. Origen, recorrido y destino final. Por los datos que tenemos, puede tratarse de un desvío...

Miriam le quitó la palabra a su socio y marido:

—La idea es confirmar si los funcionarios que la aprobaron están comprometidos.

—En otras palabras —retomó Marcos—, queremos cazar a unos marranos que andan sueltos ensuciando el bosque.

Los tres rieron de la ocurrencia.

—Pues a mí me gusta proteger los bosques —dijo Sergei—. Y dar caza a los cerdos que se escapan de su hábitat natural. Creo mucho en el medio ambiente.

Volvieron a soltar la carcajada. A la despedida, acordaron que Sergei les avisaría cuando tuviera rastreado el pago.

—No va a ser difícil. Sobre todo, si hay un ordenante de ese perfil. Nos vemos pronto.

Se montó en la bici y dio un paseo pedaleando hasta su casa. Al llegar, se hizo un café con leche caliente y subió al altillo, donde trabajaba con vistas a uno de los canales más turísticos de Ámsterdam. Allí tenía montado todo su equipo: monitores, cables por todos lados, ese zumbido

tan característico de los ventiladores de los ordenadores antiguos. Conectó el iPod *vintage* y puso una selección de música electrónica de cadencia repetitiva, solo apta para aficionados al *house* más duro.

Empezó a teclear a toda velocidad. Sus manos se movían tan rápido que él mismo no alcanzaba a verse los dedos: números, direcciones IP... No sabía quién podía estar detrás del encargo, pero si venía de Miriam y Marcos, seguro que venía de muy arriba: decidió darle máxima prioridad.

Cuando llevaba más de una semana trabajando, encontró un hueco para meterse dentro e ir tirando de la cuerda. Empezó a inquietarse a medida que salía la información. Era el momento de volver a hablar con Miriam y Marcos.

—Ya falta poco para el San Martín —le dijo a Marcos por teléfono—. Tenemos que volvernos a ver.

Miriam y Marcos volaron de nuevo a Ámsterdam y esta vez fueron a su casa. Sergei les explicó sus hallazgos con ayuda de sus múltiples pantallas de ordenador.

—Mira, esto es una transferencia a una cuenta que pertenece a esta empresa. Y esta empresa... pertenece a la familia Rivelles.

Miriam miró la pantalla atónita.

—No me lo puedo creer. ¿Esa cifra con tantos ceros? ¡Por Dios!

El propio Sergei no acababa de creerse lo que acababa de descubrir.

—Va a ser un San Martín grande. Caerán muchos cerdos.

—Pero, además, viene de una cuenta pública. Y va a parar directamente a una cuenta privada. —Miriam seguía asombrada—. Hoy te has ganado bien el pan, Sergei. El cliente va a estar encantado.

—¿Y esta tía de aquí? —señaló Marcos—. Ese nombre me suena... ¿Hay algo más sobre ella?

—Espera un momento —Sergei empezó a teclear a velocidad de vértigo. La pantalla empezó a escupir más datos—. Ana María no sé qué... Casada con Ernesto...

—¡Ese tal Ernesto es un pez gordo de la administración! —exclamó Miriam—. ¡Está desviando dinero público a una cuenta corriente a nombre de su esposa!

—¿De verdad? —preguntó Sergei incrédulo.

—Creo que sí. A ver, déjame comprobar unos datos

Miriam cogió un ordenador, hizo un par de indagaciones y confirmó sus suposiciones.

—Ahí lo tienes. Cada cerdo tiene su San Martín. Y a estos les quedan pocas horas de vida. Por cerdos.



Era un día frío y Venecia había amanecido envuelta en la niebla. A Lea, sin embargo, el frío le gustaba, porque curtía y fortalecía. Y llegado el caso, la niebla también podía ser útil: si uno era tenaz y paciente, podía esconderse tras ella para sorprender al enemigo. No tenía por qué ser un mal presagio.

Miriam y Marcos le habían pedido una reunión urgente. Lea les ha enviado su *jet* privado a Ámsterdam y los esperaba para desayunar. Si sus amigos decían que era urgente, era que tenían

evidencia que les quemaba las manos.

Se saludaron efusivamente y el mayordomo trajo una gran bandeja con el desayuno.

—Gracias, Lea, esto es todo un banquete —dijo Marcos.

Miriam lo interrumpió y fue al punto de interés que los reunía:

—Hemos descubierto que la familia Rivelles desvió dinero público a un paraíso fiscal a través de una empresa ficticia. Tenías razón.

—Y no solo eso —Marcos sacó los papeles y le mostró a Lea la documentación que comprobaba los movimientos.

—¿Hay más? —Lea dejó de revolver su té verde con la cucharilla de plata.

—Sí. —Miriam le dio un mordisco a una succulenta tostada bañada en aceite de oliva y decorada con trocitos de parmesano—. Varios altos cargos están implicados, incluido ese tal Ernesto —señaló los papeles y volvió a masticar—. Su mujer tiene una consultora y él mismo le autorizó el desvío económico de la subvención. Tienes toda la información ahí registrada—añadió, dándole un USB externo—. Otra persona también firma, seguro que algún jefe intermedio puesto a dedo. Además, están las firmas de Pol Rivelles y Marc Llach.

—Buen trabajo, amigos míos —los felicitó Lea—. Quedaros el tiempo que queráis en mi casa, sois mis invitados.

Cogió su móvil e hizo una llamada.

—Avísale a nuestro cliente que tenemos que vernos. No hace falta que venga él a Venecia. Iré yo a su despacho de Barcelona.

Miriam y Marcos se miraron cómplices y se sonrieron.

—Prueba el parmesano, Marcos —le recomendó Miriam a su marido, como si los dos fueran niños pequeños—. Está delicioso.



A la mañana siguiente, Lea desembarcó de su *jet* privado en el aeropuerto de Barcelona. Un chófer privado la recogió y la condujo a las oficinas centrales del holding empresarial de Sainz de Reyes, ubicadas en Avenida Diagonal con Paseo de Gracia. La fachada del edificio era bastante sencilla, pero los interiores eran majestuosos. Lea entró con paso firme, como si hubiera estado allí otras veces. Le encantaba darles buenas noticias a sus clientes, sobre todo cuando eran ricos y poderosos.

Sainz de Reyes la esperaba en su despacho regio con uno de sus abogados de confianza. Se puso de pie y le dio la mano con una sonrisa. Lea le sonrió a su vez y saludó con exquisita educación.

—Es un placer tenerla en mi despacho, Lea —dijo Sainz de Reyes, con una mirada seductora—. Sobre todo, si me trae buenas noticias, como me ha anticipado Piero.

—El placer es mío. Efectivamente. Creo que mi equipo ha resuelto el caso a su entera satisfacción.

Sainz la miró expectante, ansioso por conocer todos los pormenores. Lea se percató de su impaciencia disimulada y sacó el USB de su cartera de trabajo.

—El operativo no era fácil, pero di total libertad a mis agentes sobre el terreno para que obtuvieran resultados rápidamente, dadas las implicaciones políticas y económicas.

Sainz de Reyes y su abogado asintieron absortos en sus palabras.

—En este USB encontrarán información que compromete a sus... —Lea se detuvo un instante—: ¿amigos?, ¿o cómo deberíamos llamarlos? Amigos entonces. Sus «amigos» han realizado operaciones ilegales que con la ayuda de un buen abogado y esas operaciones pueden llevarlos a la cárcel. Por otra parte —prosiguió—, debo confesarles que tuvimos algo de suerte. Justo cuando empezábamos a trabajar, Pol Rivelles nos pidió que lo ayudáramos a salvaguardar su estatus dentro de su partido y eso nos permitió infiltrar a alguien y trabajar desde dentro. Simultáneamente, el Sr. Llach también se acercó a nosotros para pedirnos exactamente lo mismo que nos pedía Pol Rivelles.

—Bueno, eso era de esperar a las puertas de las elecciones —comentó sonriente Sainz de Reyes—. Esas personas nunca han sido fieles a su partido, sino a su bolsillo.

—Sin embargo, les aclaro que ellos no venían en calidad de clientes —Lea le lanzó una mirada significativa—, sino como «amigos», en este caso de una agente que se había infiltrado en el partido en un caso anterior y los conocía a ambos. Tanto Rivelles como Llach querían servirse de algunas de sus habilidades para alcanzar sus propias ambiciones.

—¿Pero ellos sabían que era una agente infiltrada? —preguntó el abogado atónito.

Sainz de Reyes negó con la cabeza instintivamente.

—No —sonrió Lea—, por supuesto que no. Nuestras agentes trabajan siempre con identidades falsas. Estos «amigos» solo sabían de ella lo que nosotros les habíamos hecho creer. En concreto, que era una excelente profesional y una militante del partido que había renegado de la política hacía unos años y no quería volver a ella. En este operativo infiltramos también una segunda agente que hizo donaciones sustanciosas al partido y accedió así a uno de los primeros puestos de la lista electoral y a los líderes del partido. Evidentemente, estas identidades son ficticias y desaparecen una vez concluido el trabajo y ninguna de ellas está ya en contacto con las personas involucradas. Nuestro objetivo ahora es que esas personas se olviden de ellas para que nuestras agentes puedan dedicarse en un futuro a trabajar en otras investigaciones.

El abogado miró a Sainz de Reyes:

—Es posible que el juez llame a una de ellas a declarar a juicio. Si presentamos las pruebas que hay en el USB vamos a tener que testificar cómo las obtuvimos.

—Estas pruebas se han obtenido de manera estrictamente legal —replicó Lea—. El propio señor Sainz de Reyes solicitó la autorización del juez para llevar a cabo el rastreo.

—Sí, yo mismo me encargué de la gestión —confirmó Sainz de Reyes ante la sorpresa de su empleado—. Y estas personas ya no tendrán cómo defenderse. Con los cargos que se le imputaran, Pol Rivelles irá a la cárcel por muy buenos abogados que tenga. Según dice la prensa, Marc Llach ha sufrido un paro cardíaco en casa de su familia en Vic y su mujer ha aparecido muerta en Bruselas, en los apartamentos del Parlamento... —El empresario miró a Lea con cierto aire de pregunta—. Suicidio también, al parecer, como César Rivelles.

—En cuanto se difunda más toda esta información, el partido de los Rivelles acabará de hundirse —reflexionó el abogado en voz alta—. Nadie con dos dedos de frente volvería a apoyarlos con dinero.

—No hay que descartar que algunos militantes intenten renacer con otras siglas —añadió Sainz de Reyes—. Pero Pol Rivelles irá a la cárcel. Sin fianza. ¿Por desvío de dinero público a paraísos fiscales? Por supuesto.

—Confiemos en que ese sea el dictamen del juez —valoró el abogado, anticipando el trabajo que se le venía encima.

—Miren las pruebas ustedes mismos. —Lea señaló el USB y miró luego al empresario—: En todo caso, me pongo a su disposición para lo que haga falta.

Sainz de Reyes cogió el USB y lo abrió en su ordenador. Él y el abogado estudiaron en silencio el expediente. De cuando en cuando, el empresario soltaba algún comentario:

—No me lo podía imaginar, ¡con los sueldos que cobran! No. No podemos permitir esta situación.

Finalmente alzó la vista y guardó silencio, como si estuviera meditando una decisión. Volvió a mirar a los ojos a Lea.

—Por otro lado, teniendo estos datos no es necesario apresurarnos. También podemos dispensarles una muerte lenta... ¿Usted qué opina, Lea? Creo que su equipo entiende de estas cosas.

Lea sonrió al registrar el tono de ironía.

—Nuestro departamento de comunicación tiene experiencia en dosificar este tipo de información. Primero corre un rumor, luego surge una noticia, después la confirmación... Todo poco a poco, para que se alargue lo más posible la agonía. ¿Eso os suena bien?

—No se merecen menos —asintió Sainz de Reyes—, después de todo el daño que le han hecho a esta sociedad. Y a muchas personas de esta sociedad.

Lea recordó la conversación que había sostenido con Piero sobre el hijo de Sainz. Los medios habían difundido que se había suicidado, pero el responsable de su muerte había sido César Rivelles. Lo había mandado matar para despejarle el camino a su hijo Pol.

—En cuanto llegue al CII nos pondremos en movimiento.

Se despidió educadamente de Sainz y de su abogado. Y puso rumbo de nuevo hacia Venecia.

De vuelta en las oficinas del CII, Lea convocó a sus expertos en prensa para orquestrar la campaña informativa. El equipo estaba formado por periodistas internacionales y expertos en comunicación corporativa de amplia experiencia, personas que habían trabajado bajo mucha presión y en casos complicados, algunos históricos en la comunicación empresarial y gubernamental contemporánea. Después de barajar diversas posibilidades, optaron por empezar a trabajar con Eduardo Pérez, un periodista que comentaba la actualidad política en varios canales de televisión. Era un abanderado de la lucha contra la corrupción, que además contaba con la enemistad pública del partido de los Rivelles. Eso contribuiría a que el rumor calara más pronto en la sociedad y fuera más creíble. Piero se ofreció a actuar de enlace para irle soltando la información con cuentagotas.

La primera reunión tuvo lugar en el Círculo Ecuéstre de Barcelona. Piero había contactado previamente a Pérez, con la promesa de una noticia de interés. Había investigado también al

periodista y estaba en poder de cierta historia escabrosa que ocultaba su nuevo aliado.

—Eduardo. —Piero se sentó a su lado y entró en materia—: Antes que nada, quiero que quede claro que nunca vas a citarme como fuente. Si lo haces te desmentiré y te hundiré con una contrainformación que tengo sobre ti.

Pérez se quedó patidifuso con esa entrada. Asintió con la cabeza.

—No suelo desvelar mis fuentes. No juego sucio y, mucho menos, si la información es tan explosiva como me comentas. Si estoy donde estoy y no me falta el trabajo, es porque soy profesional con quien es profesional conmigo.

Hasta donde sabía Pérez, Piero era un empresario resentido con el poder político, que le había ocasionado grandes pérdidas y casi lo había llevado a la ruina. Escuchó atento la revelación que quería hacerle el supuesto empresario: al parecer, ciertos dineros públicos podían haber acabado en cuentas privadas de altos cargos del gobierno. Piero se sacó del bolsillo un USB y se levantó sin decir nada más.

El periodista volvió a su casa y comprobó que la acusación podía ser cierta. Se pasó varias horas trabajando, hasta que esa misma noche, lanzó la noticia en horario *prime time* atribuyéndosela a un rumor. Los columnistas de opinión se hicieron eco en los diarios digitales y echaron a rodar la bola de nieve. ¿Qué uso estaba dando el gobierno al dinero público? ¿Funcionaban las supuestas leyes de transparencia? El debate prendió muy pronto en las redes sociales. Piero, que monitoreaba la situación, dejó pasar unos días, siguiendo las recomendaciones de los expertos de comunicación del CII.

Tras esos días de maduración del primer mensaje en la opinión pública, se encontraron de nuevo en el Círculo Ecuestre y se sentaron en la misma mesa. Esta vez, Piero tenía previsto ofrecer detalles adicionales.

—Ya sé quién desvió los fondos —le aseguró a Pérez—. Fue un alto cargo del gobierno.

—¿Qué alto cargo?

Piero fingió dudar un instante:

—Ernesto... no hace falta que te diga el apellido, ¿verdad?

—¿El perro faldero del viejo César y de su heredero? No, no hace falta. Sé perfectamente quién es.

Nada más despedirse de Piero, Eduardo acudió corriendo al canal y solicitó una reunión urgente con el director. Su jefe decidió volcarse con la noticia y transmitió dos días después un reportaje en negativo sobre el clan Rivelles. Los canales rivales no tardaron en sacar sus propios reportajes mediáticos. Pese a las presiones del gobierno, esta vez las acusaciones eran demasiado escandalosas: los periodistas se conjuraron para no dar su brazo a torcer.

En paralelo, el abogado de Sainz de Reyes y su equipo habían interpuesto ya la demanda correspondiente contra Pol Rivelles, su esbirro Ernesto y otros miembros de su círculo íntimo. El departamento de prensa del CII se ocupó de facilitar nuevas revelaciones a los medios españoles y proporcionarles la historia completa, excluyendo el papel que habían desempeñado Irina e Ingrid. La noticia corrió como la pólvora, pues implicaba a diversos personajes de la alta sociedad, tanto de Barcelona como de Madrid.

El espectáculo mediático estaba servido. La opinión pública se vio acribillada durante unos días sólo por mensajes sobre el escándalo político y económico. Los miembros del clan Rivelles agonizaban a la vista del público como en un circo romano. Cada comparecencia ante el juez era un nuevo fogueo de cámaras, abucheos, manifestaciones. Acorralados por la evidencia, los sobrevivientes del partido de los Rivelles acordaron expulsar a Pol y al resto de los imputados que permanecían con él en prisión preventiva. La mayoría de los militantes habían dejado de pagar sus cuotas en señal de protesta y, en la recta final de las elecciones, el partido se quedaba sin ingresos. Ya ni siquiera tenían candidato, ni tiempo para montar una nueva campaña y limpiar la imagen de sus siglas, condenadas a hundirse en la ignominia.

Desde su celda, Pol Rivelles intentó lanzar la tesis de que una «mano negra» pretendía ahogarlo en la miseria. Ya no solo como político, sino como persona, y no solo a él sino a todos sus colaboradores, de hecho, a todo su partido. Pensó mucho en Ingrid, pero no acababa de creerse la versión de Jordi, el novato de seguridad. Era imposible que la Ingrid que él conocía pudiera luchar contra un hombre, como decía su supuesto guardaespaldas. Lo había despedido sin más. Primero, porque no le había proporcionado información alguna, y luego por inventarse que Ingrid lo había dejado tirado en los probadores de una tienda de ropa.

Pol había pagado mucho dinero por sentirse protegido, por cuidar de los suyos y, sin embargo, ahora estaba solo. Nadie se hizo eco de su teoría. Nadie le ofreció ayuda. Él había ayudado a muchos desde el poder, y, sin embargo, ahora nadie venía a ayudarlo. Sus contactos, sus colegas, incluso sus amigos: todos habían empezado a alejarse de él ahora que ya no tenía poder ninguno. Pol se había convertido en el perdedor que siempre había evitado tener cerca de él. Al fin y al cabo, esa era la ley de política: pobre o rico, peón o rey, si te equivocabas de movimiento estabas sentenciado. Él mismo la había aplicado muchas veces. No podía quejarse. Le tocaba perder. Reflexionar. Aprender. Asumir su derrota.

—Así es el juego —le dijo resignadamente a su abogado, la víspera de la sentencia—, cuando te empeñas en enterrar a alguien para abrirte camino pasa esto. Cazador cazado. Blancas juegan. Negras ganan.

Al día siguiente, como esperaba Sainz de Reyes, Pol Rivelles fue declarado culpable de desvío de capitales, tráfico de influencias y malversación de fondos públicos y condenados a prisión sin fianza junto con Ernesto y el resto de sus cómplices. Una semana más tarde, mientras trataba de adaptarse a la rutina diaria de la prisión, se enteró del hundimiento de su partido en las elecciones: apenas habían logrado arañar un par de escaños en el parlamento. Sus hermanos y su madre, sitiados por la opinión pública, se instalaron en su casa de Suiza por un tiempo indefinido. Lejos del país que les había proporcionado tan buena vida, pero cerca del dinero que la habían robado a sus conciudadanos durante décadas.

Epílogo

Lea estaba sentada en su despacho, cerrando el expediente del último trabajo de Ingrid e Irina. Les había dado unos días de vacaciones mientras maduraba qué hacer con ellas. Esa misma mañana las había citado para comunicarles su decisión.

—Buenos días, chicas —las saludó cuando entraron—. Tengo un nuevo trabajo para vosotras.

Las dos se miraron entusiasmadas y sorprendidas:

—¿Ya? —dijo Irina.

—¿Tan rápido? —dijo Ingrid—, pero si solo hemos tenido siete días de vacaciones...

Ambas se echaron a reír.

—Será un trabajo tranquilo. —Lea las miró atentamente—. Aunque eso no quiere decir que no sea intenso. Creo que es el momento de que os incorporéis como profesoras a la unidad formativa que tenemos en Belfast.

La nueva cara de sorpresa de las dos hizo que se le escapara una sonrisa.

—Los buenos profesionales no solo aprenden trabajando —prosiguió—, sino enseñando a otros a ser tan buenos como ellos. Por eso quiero que el próximo curso enseñéis en Belfast. Empezaréis colaborando con el departamento de admisiones y seleccionando a los candidatos a ser agentes del CII. Luego quiero que los forméis para que sean agentes de vuestros propios equipos. No solo los vais a formar, sino que los dirigiréis a posteriori en casos que yo os asignaré. Por eso me interesa que aprendan a actuar como un equipo.

—¿Este cambio tiene algo que ver con el rumor que corre en el CII, Lea? —se atrevió a preguntar Irina.

—¿El rumor de que estoy buscando sucesor para mi cargo? —respondió directamente Lea. Irina e Ingrid asintieron—. No os engañaré, chicas. Confío en vosotras como agentes, pero también confío en Piero: me parece bueno para este puesto también.

Lea hizo un silencio y añadió como reflexionando en voz alta:

—Sí, es verdad. Estoy barajando la posibilidad de tomarme un descanso. Pero antes quiero dejar el CII en buenas manos. Primero quiero ver como trabajáis en Irlanda, formando a otros agentes. Os asignaré algún caso más y luego valoraré quién se merece el cargo.

—¿Piero también viene a Belfast? —inquirió Ingrid—. ¿O se queda trabajando aquí a tu lado?

—Piero ya ha sido formador en el CII. Quiero tenerlo en Venecia durante una temporada. Pero eso ya se lo comentaré a él. —Lea hizo un silencio—. Estoy segura de que haréis un trabajo

espléndido en Belfast. Además, yo os supervisaré personalmente desde aquí. Haced maletas para un año. Empezáis esta semana.

Les agradeció de nuevo sus servicios y dio por terminada la reunión. Cuando las chicas enfilaban hacia la puerta llamó a Irina.

—Irina, por favor, quédate un momento, quiero hablar contigo a solas.

Ingrid le hizo una mueca en broma a su amiga y se marchó. Irina se volvió a sentarse ante el escritorio.

—Irina, te he estado observando en estos días. Sé que aún sientes dolor por lo que pasó con tu familia. Quiero que sepas que voy a reabrir el caso. He pedido ayuda a colegas en otros países para localizar a los asesinos.

Los ojos de Irina se humedecieron por primera vez en mucho tiempo. Pero fiel a su frialdad, contuvo las lágrimas.

—En realidad, yo nunca lo di por cerrado. Pero estaba esperando el momento. Creo que pronto estarás preparada para dar caza a los asesinos. Pero antes necesito que aproveches este año en Belfast, no solo para formar futuros agentes, sino para formarte y fortalecerte tú. Sí, te quiero más fuerte todavía, Irina. Cuando termine el año empezaremos la cacería.

—Estaré lista más rápido, Lea —objetó Irina.

—Sin prisas, Irina. Te necesitamos al cien por cien. Y supongo que tú querrás estarlo. No sólo tienes que entrenar físicamente. También quiero que mejores tu acento, aún lo tienes muy marcado en los idiomas latinos. Quiero que vuelvas a Rusia y no sientas dolor cuando recuerdes. Que revises todo lo que sabes sobre sociedades criminales. Que investigues desde Belfast. Tienes que hacer justicia para quitarte esta obsesión que tienes con matar. Por eso serás tú quien cierre el caso.

Irina estaba visiblemente conmovida. Nunca le había mostrado sus emociones a nadie, ni siquiera a Lea, que era sin duda la persona que mejor la conocía y la entendía. Sus niveles de psicopatía habían sido útiles para el CII. Pero ella misma no sería mucho mejor agente sin ellos.

—Gracias, Lea —dijo Irina con voz temblorosa, esmerándose ya en suavizar su acento—. Llevo años preparándome para ese día. Y me prepararé todavía más. Juntas haremos justicia.

—Gracias a ti, Irina.

Lea se levantó, rodeó el escritorio y le dio un abrazo, rompiendo la frontera entre jefa y agente. Irina se dejó abrazar. Se apartó, todavía sin palabras: tan solo una mirada y una sonrisa. Salió del despacho con la sensación de que ahora su vida tenía otro sentido. Posiciones tan valoradas por otras agentes como ser instructora en Belfast o suceder a Lea eran asuntos de poca importancia para ella, comparados con la posibilidad de reparar el dolor de la muerte de su familia.

Se cruzó por el pasillo con Piero, pero iba tan absorta en sus pensamientos que no lo vio. El veneciano se volvió a mirarla algo sorprendido: parecía que la agente estaba en otro planeta. Tocó a la puerta del despacho de Lea, pues ya era la hora de su reunión.

—*Buongiorno*, Piero. ¿Cómo va todo? —preguntó Lea para disimular la emoción que le había dejado la reunión anterior.

—*Buongiorno*, Lea. Acabo de ver a Irina y estaba un poco rara. No parecía ella.

—Normal. Acabo de comunicarles a ella y a Ingrid que las he destinado a Belfast —Lea no quería entrar en detalles, y no solo para proteger la intimidad de Irina. Tampoco pensaba decirle a Piero que ella e Ingrid eran también candidatas para sucederla—. Quizás le ha pillado por sorpresa. Ya sabes que lo suyo es la acción.

—Sí, sí... De hecho, yo pensaba que trabajaríamos juntos en el próximo caso.

—Por el momento no habrá próximo caso, Piero —dijo Lea con firmeza—. Quiero te quedes en Venecia una temporada, colaborando conmigo en la reestructuración del CII. Por eso te he llamado.

El CII, según le explicó, necesitaba una renovación interna para responder a la demanda de nuevos mercados y nuevos clientes que requerían nuevos servicios. Entre ellos estaba Sainz de Reyes, que quería que el centro supervisara la seguridad de su holding empresarial.

—Hay demasiadas cosas por hacer como para mandarte a una operación por ahí. Deja ese trabajo a otros agentes.

Piero asintió, todavía sorprendido: no se esperaba esa nueva responsabilidad.

—¿Te parece si vamos a comer? Esta misma tarde empezamos.

—Por supuesto. Gracias, Lea.

Cuando salieron al pasillo, Piero se detuvo en los grandes ventanales que daban al Gran Canal. La luz de Venecia refulgía en la fachada del antiguo hotel que albergaba el CII.

En la recepción, Ingrid había decidido dar un paseo para despedirse a solas de la ciudad. Se dirigió primero a la plaza de San Marcos y cogió una góndola como una turista más. Le indicó al gondolero que subiera por el Gran Canal y cogiera después cualquier ruta, con tal de que pasara por el puente de Rialto y el de la Academia. Quería volver a verlos, dejándose arrullar por el vaivén de la góndola sobre las aguas. Quería sentir la calma, la serenidad, también saborear la satisfacción de haber concluido la misión con éxito. Todos aquellos políticos corruptos estaban ahora muertos o en la cárcel. Entre tanto, ella era otra vez libre, por lo menos hasta que abordaran el vuelo a Belfast.

Cerró los ojos y aspiró la brisa de los canales. Escuchó el chapoteo del remo del gondolero. Cuando volvió a abrirlos, estaba en uno de esos hermosos canales que la ciudad reservaba solo para sus elegidos. Echaría de menos a su bella Venecia, hasta el día que volviera.

Agradecimientos

Escribir una novela por primera vez es una tarea ardua, no por el hecho de escribir en sí mismo, que resulta placentero, sino porque durante el proceso de edición a menudo te encuentras con obstáculos y vendedores de aire que te entorpecen el camino. Se requiere auténtica vocación literaria y mucha determinación para llegar hasta el final del recorrido.

Como en todo proyecto, es necesario rodearse no solo de personas que te quieren y te apoyan, sino también de aquellas que te ayudan a elegir el rumbo correcto. Solo así es posible que la novela cumpla su cometido y llegue a tus manos, apreciado lector.

Quiero agradecer a mi familia por estar siempre junto a mí y respaldar mis decisiones, y por acompañarme en las diferentes situaciones que esta novela me ha hecho vivir.

A mi padre, que desde que era niña hizo despertar en mí la vocación literaria, enseñándome el hábito de la lectura y el gusto por los buenos autores y las historias bien narradas. Si soy escritora, es gracias a esta educación literaria y al interés por la cultura que él me ha regalado. Gracias, papá, por compartir conmigo esta inquietud apasionante.

A mi madre, por su tesón conmigo y la paciencia eterna con la que ha intentado inculcarme la constancia. Por su ejemplo de persona fuerte, con grandes dosis de energía y capacidad de trabajo. Gracias, mamá, por contagiarme con tu fuerza para seguir adelante en los momentos difíciles, pero sobre todo gracias por confiar siempre en mí.

A mi hermana por su continuo apoyo y por hacer la función de lectora cero, a menudo de manera improvisada y casi inmediata. Por escuchar activamente mis comentarios incansables sobre la evolución de mi novela y las ideas que se me ocurren y no puedo evitar compartir con ella. *Thanks so much, dear sister*, por estar ahí siempre.

Agradezco también a Enric Arranz, amigo y reconocido profesional de la investigación privada, que desde *Infodetec*, la ayuda que me ha ofrecido siempre con su tiempo y con su apoyo como amigo para responder a todas mis dudas sobre su profesión. Quiero comentar que, en una primera versión, esta historia estaba protagonizada por investigadores privados, pero al cabo de muchas horas de escritura y muchas licencias literarias, aquellos investigadores privados sobre el papel acabaron transformándose en agentes infiltrados, escapándose totalmente a las leyes de la realidad para introducirse de lleno en las leyes de la ficción literaria. Muchas gracias, Enric, por tu amistad y por confiar en mí siempre, sabes que te estoy muy agradecida por abrirme las puertas de una profesión tan apasionante como la investigación privada, aunque finalmente haya decidido darle un giro a mis personajes y convertirlos en algo muy diferente a lo imaginado inicialmente.

A Avelina Benito Santos, enfermera y nutricionista en *Actual Diet*, por su amistad y su continuo respaldo, y por su asesoramiento desde los primeros borradores acerca de las sustancias tóxicas que podían influir en la conducta de los personajes.

A José Antonio Aguado, crítico literario, profesor de literatura, y experto dramaturgo, por su lectura profesional de mi trabajo y sus buenas recomendaciones de lectura. Gracias también por esas palabras que me has regalado para la contraportada de *Clandestina*.

A Víctor Soto, estupendo fotógrafo, por las sesiones de fotos hechas de manera desinteresada para mis redes sociales y sobre todo por el magnífico retrato que ilustra mi biografía en este libro. Y con él a Eva Guiteras, por su profesionalidad como maquilladora en dichas sesiones fotográficas. Os estoy agradecida a ambos, no solo por el estupendo resultado, sino por lo bueno vivido en esas sesiones de fotos. *Vi voglio bene, amici*.

Por supuesto, gracias a Penguin Random House por esta oportunidad que nos ofrece a los autores noveles a través de Caligrama Editorial, para que nuestro trabajo llegue a los lectores de la manera más profesional y cuidada.

Gracias a Miriam Barroeta, de Caligrama, por su trato cercano y su empatía conmigo, su paciencia y su buen hacer durante el proceso de publicación, y al resto de compañeros de la editorial por vuestro trabajo profesional con nuestras publicaciones.

Agradezco también al resto de mis amigos, por esperar tanto tiempo la publicación de esta historia y por sus comentarios, sus palabras de aliento y por hacerme llegar siempre sus ganas de leerme. Por supuesto, incluyo también aquí a mis amigos en redes sociales, en muchas ocasiones, lectores cercanos.

Por último, pero no por ello menos, quiero agradecerme a ti, lector, el hecho de que hayas decidido creer en mi historia y la hayas leído. Gracias por tener este libro en tus manos y por llevarlo a tu biblioteca.

Gracias a esa confianza que todos depositáis en mí, yo sigo trabajando a diario para que en el futuro podáis seguir leyendo otras historias mías.

Hasta muy pronto y... ¡nos vemos en la próxima!

1 11

2 17

3 39

4 53

5 61

6 75

7 137

Epílogo 153

Agradecimientos 159